CENIZAS DE OTRA VIDA

MAEVE FITZGERALD



Atreyu

CENIZAS DE OTRA VIDA

Maeve Fitzgerald

Atreyu Servicios Digitales

Derechos de autor © 2025 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
cenizas de otra vida
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO

CENIZAS DE OTRA VIDA

Maeve Fitzgerald

PRÓLOGO

El armario olía a naftalina y a zapatos viejos de cuero. Era un olor seguro. Un olor a papá.

Me abracé las rodillas contra el pecho, haciéndome un ovillo tan pequeño como pude entre los abrigos de invierno y las cajas de zapatos apiladas. La oscuridad allí dentro era densa, pesada, pero no daba miedo. La oscuridad del pasillo sí.

«Cuenta hasta diez, Sloane. No salgas hasta que llegues a diez».

Eso había dicho mamá. Su voz había sonado extraña. Apretada. Como cuando se le rompía un plato y trataba de no gritar. Pero yo ya había contado hasta diez. Tres veces.

Uno, dos, tres...

Apreté los párpados. El abrigo de lana que rozaba mi mejilla picaba, pero no me moví. Las reglas del escondite eran sagradas, y si mamá decía que no saliera, yo no salía. Yo era una niña buena. Siempre lo era.

Cuatro, cinco, seis...

Entonces, el olor cambió.

Primero fue sutil. Una hebra fina y gris que se coló por la rendija inferior de la puerta del armario. Olía acre. Amargo. Como cuando se te olvidan las tostadas en la tostadora, pero más fuerte. Más sucio.

Arrugué la nariz. Me picaba la garganta.

Quise toser, pero me tapé la boca con ambas manos. Si tosía, me encontrarían. Y si me encontraban antes de que mamá dijera «ya», perdía el juego.

Siete...

El aire empezó a calentarse. No era el calor agradable de la calefacción en invierno. Era un calor que pesaba, que se pegaba a la piel debajo del pijama. Sentí una gota de sudor bajarme por la sien. El olor a zapatos viejos desapareció, devorado por algo mucho peor. Ahora olía a plástico derretido. A madera gritando. A cosas que no deberían estar calientes, hirviendo.

Algo se rompió fuera. Un estruendo sordo, como si el techo del salón hubiera decidido sentarse en el suelo de golpe. El suelo vibró bajo mis pies descalzos.

Me mordí el labio tan fuerte que noté el sabor metálico de la sangre.

—¿Mamá? —susurré.

Nadie respondió. Solo el rugido. Un sonido grave, constante, como el de un animal hambriento masticando huesos. Crak. Pop. Fzzzt.

El calor se volvió insoportable. Los abrigos ya no picaban; ardían al tacto. El pomo de la puerta, ese pomo dorado que brillaba cuando le daba el sol, empezó a irradiar una temperatura que sentía a medio metro de distancia.

Tuve miedo. Un miedo frío y líquido que se me instaló en la barriga. Sabía que tenía que salir. Sabía que el juego había terminado y que algo iba muy mal.

Estiré la mano hacia la puerta.

Y entonces, lo escuché.

No fue un grito. No fue una sirena.

Fue un silbido.

Alguien estaba silbando al otro lado de la puerta. Justo ahí, en el pasillo, donde el aire debía de ser irrespirable.

Era una melodía sencilla. Cuatro notas que subían, una pausa, y dos que bajaban. Alegre. Saltarina. Una melodía que uno silbaría mientras pasea al perro o riega las plantas un domingo por la mañana. No una melodía que silbas cuando el mundo se está acabando.

Congelé la mano en el aire, a centímetros del pomo ardiente.

El silbido se acercó. Fiuu-fiuu, fiuu-fiuu...

Era tranquilo. Aterradoramente tranquilo.

El rugido del fuego parecía bajar de volumen para dejar paso a esa tonada. Quienquiera que fuese, caminaba despacio. Escuché el crujido de las tablas del suelo bajo unas botas pesadas. Cric. Cric.

El silbido se detuvo justo delante de mi puerta.

Contuve la respiración hasta que mis pulmones ardieron tanto como el aire de fuera. Me pegué al fondo del armario, cerrando los ojos tan fuerte que vi estrellas de colores en la negrura. Por favor, que no abra. Por favor, que no abra.

La melodía se reanudó, pero esta vez más suave. Casi un susurro de aire entre los dientes. Como una nana para dormir a un monstruo.

Esperé el sonido del pomo girando. Esperé que la puerta se abriera y el infierno entrara a buscarme.

Pero los pasos se alejaron.

El silbador continuó su camino por el pasillo, llevándose su melodía alegre hacia las habitaciones de mis padres.

Me quedé allí, abrazada a los abrigos que olían a humo, escuchando cómo el silbido se desvanecía y el rugido del fuego volvía a reclamarlo todo.

No salí hasta que los bomberos echaron la puerta abajo, mucho tiempo después. Para entonces, la melodía se había grabado a fuego en mi cerebro, más profunda que cualquier cicatriz que las llamas pudieran dejarme en la piel.

Cuatro notas que subían. Dos que bajaban.

La banda sonora de mi fin del mundo.

CAPÍTULO 1

Hay una diferencia muy específica entre el olor de la madera quemada por un accidente y la madera quemada con intención.

La mayoría de la gente no lo nota. Para ellos, el humo es solo humo. Un recordatorio acre de que algo se ha perdido. Pero para mí, es un lenguaje. El pino quema rápido y furioso, dejando un rastro dulce y resinoso. El roble es terco, arde lento y huele a tierra antigua.

Y luego está el olor de la desesperación. Ese no sale de la madera. Ese se queda impregnado en los objetos que sobrevivieron.

Pasé el hisopo de algodón empapado en solvente químico sobre la esquina de la fotografía. La capa de hollín, negra y grasienta, se levantó con suavidad, revelando la sonrisa congelada de una mujer de los años cincuenta.

—Ya casi estás —murmuré, cambiando el hisopo por uno limpio.

Mi taller era mi santuario. Un sótano reconvertido con control de humedad, luces de espectro completo y un sistema de ventilación tan potente que podría purificar el aire de una morgue. Aquí abajo no había fuego. Solo el silencio meticuloso de la restauración. Aquí, yo tenía el control. Yo decidía qué se salvaba y qué se dejaba ir.

El timbre de la puerta principal sonó arriba, rompiendo mi concentración.

Fruncí el ceño. No esperaba clientes. Mi trabajo me llegaba a través de aseguradoras y museos, no de gente que pasaba por la calle y

decidía entrar. Me quité los guantes de nitrilo, me alisé el delantal manchado de disolventes y subí la escalera de caracol.

Al abrir la puerta, el aire fresco de la tarde de Seattle chocó contra el olor estéril de mi taller.

Había un hombre de pie bajo el toldo de mi tienda.

Fue lo primero que noté: su tamaño. Ocupaba demasiado espacio. Era alto, con hombros anchos que tensaban la tela de una chaqueta de traje gris oscuro, de esas que cuestan más que mi alquiler de tres meses. Pero no llevaba corbata, y el primer botón de su camisa blanca estaba desabrochado, revelando la base de un cuello fuerte y tenso.

Lo segundo que noté fueron sus ojos. Eran del color de la tormenta que amenazaba con romper sobre la ciudad: grises, fríos y absolutamente carentes de paciencia.

—¿Sloane Mercer? —Su voz era grave, rasposa. Como si hubiera pasado demasiado tiempo sin usarla o hubiera estado gritando hacía poco.

—Soy yo —me crucé de brazos, una barrera instintiva—. El cartel dice «Cerrado».

Él no miró el cartel. Me miró a mí. Sus ojos recorrieron mi cara, deteniéndose un segundo en la pequeña cicatriz blanca que cruzaba mi ceja izquierda, y luego bajaron a mis manos manchadas de negro.

—Me han dicho que eres la mejor —dijo, ignorando mi comentario—. Dicen que puedes recuperar cosas que otros dan por perdidas.

No sonó como un cumplido. Sonó como una acusación.

—Tengo una lista de espera de seis meses, señor...

—Vane —interrumpió—. Declan Vane. Y no tengo seis meses.

El nombre aterrizó en mi estómago con el peso de una piedra. Declan Vane. La familia Vane. Los dueños de medio sector inmobiliario de la costa oeste y, más recientemente, los

protagonistas de los titulares sensacionalistas locales. La tragedia de Blackwood Manor.

Todo el mundo sabía lo del incendio. Había ocurrido hacía tres meses. Un cortocircuito, dijeron las noticias. Una tragedia doméstica en la mansión del acantilado.

Y su esposa...

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Señor Vane —dije, tratando de mantener la voz profesional—, lamento lo de su casa. Pero como le dije, mi agenda está completa. Si quiere, puedo recomendarle a un colega en Portland.

Declan dio un paso adelante. Inconscientemente, yo di uno atrás. Invadía mi espacio personal con una intensidad que hacía que el aire se sintiera eléctrico. Olía a lluvia, a jabón caro y, muy al fondo, a algo que hizo que se me erizara el vello de la nuca. Tabaco frío.

—No quiero a un colega en Portland —dijo. Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y la sostuvo entre dos dedos largos y elegantes—. Necesito a alguien que entienda el daño por fuego. Alguien que no tenga miedo de mancharse las manos.

Miré la tarjeta, pero no la tomé.

—¿Qué necesita restaurar? ¿Muebles? ¿Arte?

—Libros.

Parpadeé.

—¿Libros?

—Una biblioteca entera —dijo, su mandíbula tensándose—. Primeras ediciones. Manuscritos. Documentos familiares. Todo está cubierto de hollín, agua y espuma química. Necesito que los salves.

—Eso es un trabajo monumental —dije, mi mente de restauradora calculando automáticamente las horas, el equipo, el coste—. Tendría que trasladarlos a una instalación segura, congelarlos para detener el moho, luego...

—No. —La palabra fue un latigazo.

—¿Disculpe?

—No saldrán de la casa.

Me reí, un sonido seco y sin humor.

—Señor Vane, si la casa ha sufrido un incendio estructural, no es un ambiente seguro para la restauración. Necesito un entorno controlado. Humedad constante, temperatura...

—La biblioteca es segura —insistió. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento. Había algo en ellos... dolor. Un dolor crudo, abierto, que trataba de ocultar bajo capas de arrogancia—. Trabajarás allí. Te pagaré el triple de tu tarifa habitual. Más un bono por cada libro que recuperes en estado legible.

El triple. Eso pagaría las facturas médicas de mi abuela por un año. Podría comprar el equipo nuevo que necesitaba.

Pero mi instinto gritaba. Gritaba que cerrara la puerta, echara el cerrojo y volviera a mi sótano seguro. Este hombre era peligroso. No de una manera física, tal vez, pero traía el caos pegado a la piel.

—No trabajo a domicilio —dije firmemente—. Son mis reglas.

Declan Vane me miró como si estuviera evaluando el precio de mi alma.

—Las reglas se hicieron para cuando no hay nada importante en juego, señorita Mercer. —Dio un paso más hacia mí, obligándome a levantar la barbilla para mantener el contacto visual. Estábamos demasiado cerca. Podía ver las motas doradas en el iris de sus ojos grises. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo—. Esta es la única condición. No tocas la casa. No tocas las paredes. No haces preguntas sobre la estructura. Solo tocas los libros. ¿Puedes hacerlo o no?

Su hostilidad era palpable, una armadura erizada de púas. Pero debajo de esa agresión, vi la desesperación. Era la misma mirada que yo tenía en el espejo algunas mañanas, cuando las pesadillas

del fuego eran demasiado vívidas. La mirada de alguien que intenta sostener un mundo que ya se ha hecho cenizas.

La curiosidad, ese defecto fatal, empezó a ganar terreno al miedo.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué es tan importante que sea allí?

Declan desvió la mirada por primera vez. Miró hacia la calle, hacia la lluvia que empezaba a caer.

—Porque es lo único que queda de ella —dijo en voz baja, casi para sí mismo—. Y no voy a dejar que salga de esa casa.

Ella. Celeste. La esposa desaparecida.

Mi corazón dio un vuelco estúpido y traidor. La vulnerabilidad en su voz duró un microsegundo antes de que la máscara de hielo volviera a caer sobre su rostro.

Me tendió la tarjeta de nuevo. Esta vez, la tomé. El papel era grueso, negro con letras plateadas. Frío al tacto.

—Mañana a las ocho —dijo, dándose la vuelta sin esperar mi respuesta.

—No he dicho que sí —le lancé a su espalda.

Declan se detuvo antes de bajar el escalón hacia la acera. Giró la cabeza, y por un momento, una sombra de algo parecido a una sonrisa torcida y amarga cruzó su rostro.

—Vendrás —dijo—. Eres una sanadora de cosas rotas, Sloane. No puedes resistirte a un caso perdido.

Se metió en un coche negro que esperaba con el motor en marcha y desapareció en el tráfico de la tarde, dejándome de pie bajo la lluvia, con su tarjeta quemándome los dedos y un nudo de ansiedad y excitación apretándome el pecho.

Tenía razón, el maldito arrogante.

Tenía razón.

CAPÍTULO 2

Blackwood Manor no era una casa; era una advertencia.

Situada en el borde de un acantilado de granito, con el Pacífico rompiendo violentamente cincuenta metros más abajo, la estructura se alzaba contra el cielo gris como un hueso roto que sobresale de la piel. Era victoriana, inmensa y, en su mayor parte, una ruina ennegrecida.

Detuve mi vieja furgoneta al final del camino de grava. El motor tosió y murió, dejando solo el sonido del viento silbando a través de los andamios que cubrían el ala oeste.

Mis manos se apretaron sobre el volante hasta que los nudillos se pusieron blancos.

Puedes dar la vuelta, susurró una voz en mi cabeza. Puedes arrancar el coche, devolver el cheque del anticipo y volver a tu sótano seguro donde el aire está filtrado y la historia está muerta.

Pero no lo hice. No podía. La curiosidad y la necesidad financiera eran una mezcla potente, pero había algo más. Una atracción magnética hacia el desastre.

Bajé del coche. El olor me golpeó al instante. Incluso aquí fuera, con la brisa salada del mar, el hedor a carbón húmedo era dominante. Era el perfume de la tragedia.

Caminé hacia la entrada principal. La puerta de roble macizo estaba intacta, pero la piedra alrededor del marco estaba manchada de

hollín, como si la casa hubiera estado intentando exhalar humo negro por cada poro.

Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió.

No era Declan. Era una mujer mayor, con un uniforme gris impecable y el cabello recogido en un moño tan tirante que parecía doloroso.

—La señorita Mercer —dijo. No fue una pregunta—. El señor Vane la espera en la biblioteca. Sígame, por favor.

El interior de la casa estaba en penumbra. Las ventanas estaban cubiertas con plásticos gruesos o tablas de madera. El vestíbulo era una caverna de sombras y ecos. Hacía frío. Un frío húmedo que se te metía en los huesos.

—No toque nada —dijo la mujer sin girarse mientras caminábamos por un pasillo largo. El suelo de parqué crujía bajo mis botas de trabajo—. La estructura es... temperamental.

La casa parecía respirar. Podía escucharlo. El viento se colaba por las grietas de los muros quemados, creando un sonido sibilante, como una inhalación asmática y dolorosa. Hiiisss. Hiiisss. Me recordaba al sonido de un pulmón colapsado. Esta casa no estaba simplemente dañada; estaba sufriendo.

Llegamos a unas puertas dobles al final del pasillo. La mujer se detuvo, asintió una vez y se marchó, dejándome sola frente a la entrada de la biblioteca.

Empujé las puertas.

El olor aquí era diez veces más fuerte. Me llevé la mano a la boca instintivamente, luchando contra la náusea familiar que siempre me asaltaba en los primeros minutos de un trabajo.

La biblioteca era monumental. Dos pisos de estanterías de caoba oscura que subían hasta un techo abovedado. O, al menos, lo que quedaba de ellas.

El fuego había sido caprichoso aquí. Había lamido el lado izquierdo de la habitación con furia, carbonizando los estantes y convirtiendo

cientos de libros en ladrillos negros e irreconocibles. Pero el lado derecho estaba extrañamente intacto, aunque cubierto de una capa gruesa de hollín y polvo de extintor. En el centro, una gran mesa de lectura estaba sepultada bajo escombros caídos del techo.

Y allí estaba él.

Declan Vane estaba de pie junto a la chimenea (irónicamente, la única cosa diseñada para contener fuego), de espaldas a mí. Llevaba una camisa negra remangada hasta los codos, y sus antebrazos estaban manchados de ceniza.

—Llegas tarde —dijo sin girarse.

Miré mi reloj.

—Son las ocho en punto, señor Vane.

Él se giró lentamente. En la penumbra de la biblioteca, sus ojos grises parecían casi plateados. Parecía más cansado que ayer. Había sombras oscuras bajo sus ojos y una tensión en su mandíbula que sugería que no había dormido en días.

—El tiempo corre diferente en esta casa —murmuró, pasando una mano por su cabello oscuro y desordenado—. Bien. Aquí está el desastre. ¿Por dónde empiezas?

Dejé mi maletín de equipo en una zona despejada del suelo y me puse los guantes. Mi actitud cambió al instante. Ya no era la invitada nerviosa; era la profesional.

—Evaluación de daños —dije, caminando hacia la sección más afectada—. Necesito separar lo recuperable de lo perdido. Los libros que están mojados tienen prioridad para evitar el moho. Los carbonizados son... probablemente una causa perdida, a menos que quiera conservar los fragmentos por valor sentimental.

Declan se tensó visiblemente ante la palabra «sentimental».

—Salva lo que puedas. Tira lo que no sirva. Pero nada sale de esta habitación sin mi aprobación final.

Empecé a moverme entre los escombros con cuidado. Mis botas levantaban pequeñas nubes de polvo gris. Era un cementerio de literatura. Toqué el lomo de una primera edición de Dickens; se deshizo en escamas bajo mis dedos enguantados.

—Lástima —susurré.

Avancé hacia la zona de la mesa central, donde los escombros eran más densos. Había una viga del techo caída que había aplastado una pila de enciclopedias. Me agaché para inspeccionar el daño debajo de la viga.

Fue entonces cuando vi el brillo.

Entre la ceniza gris y la madera negra, algo reflejaba la poca luz que entraba por las rendijas de las ventanas tapiadas. No era papel. Era metal.

Estiré la mano y aparté un trozo de yeso quemado.

Era un relicario. O lo que quedaba de uno. El oro se había derretido parcialmente, deformando el óvalo perfecto en una gota retorcida y grotesca. La cadena estaba fusionada con la tapa. Parecía una lágrima de oro congelada en medio de un grito.

Lo levanté con delicadeza. Todavía se sentía pesado. Importante.

—¿Qué es esto...? —empecé a preguntar, girándome.

No tuve tiempo de terminar la frase.

Una mano grande y fuerte se cerró alrededor de mi muñeca. El agarre fue tan repentino y firme que solté un grito ahogado.

—¡No toques eso!

Declan estaba allí, invadiendo mi espacio, su pecho subiendo y bajando con violencia. Me arrancó el relicario de los dedos con un movimiento brusco, casi salvaje, como si le hubiera quitado un órgano vital.

Retrocedí, tropezando con mis propios pies, y choqué contra una estantería. El corazón me martilleaba en la garganta. Por un

segundo, solo un segundo, vi algo aterrador en su cara. Una furia ciega y defensiva.

—Dije que solo los libros —gruñó, apretando el relicario deforme en su puño hasta que sus nudillos crujieron.

Me froté la muñeca. No me había hecho daño físico real, pero el susto había disparado mi adrenalina.

—Estaba entre los escombros —dije, mi voz temblando un poco—. Solo estaba haciendo mi trabajo. No sabía...

Declan bajó la mirada hacia su puño cerrado. Respiraba con dificultad, como si acabara de correr una maratón. El silencio en la biblioteca se hizo espeso, asfixiante. Solo se oía el viento silbando fuera, esa respiración enferma de la casa.

Entonces, la tensión salió de su cuerpo como si alguien hubiera cortado los hilos de una marioneta. Sus hombros cayeron. La furia en sus ojos se disolvió, dejando paso a un pozo de tristeza tan profunda que me dolió mirarlo.

Abrió la mano lentamente. El relicario brillaba tristemente en su palma manchada de ceniza.

—Lo siento —su voz fue un susurro roto.

Levantó la vista hacia mí. Ya no había arrogancia. Ya no había hostilidad. Solo un hombre parado en medio de las ruinas de su vida, sosteniendo un pedazo de metal derretido como si fuera lo único que lo mantenía anclado a la tierra.

—Lo siento, Sloane —repitió, y el uso de mi nombre sonó íntimo, prohibido—. No quería asustarte. Es solo que... esto era lo que ella llevaba puesto. La última vez que la vi.

La vulnerabilidad en su voz fue desarmante. Fue un golpe directo a mi pecho. Toda mi precaución, todas mis alertas de «peligro», se silenciaron ante la imagen de su dolor.

Era un monstruo herido. Y yo, estúpidamente, quería curarlo.

Di un paso cauteloso hacia él, bajando las manos.

—Está bien —mentí suavemente—. Está bien, Declan.

Él cerró los dedos sobre el relicario de nuevo y se lo llevó al pecho, justo sobre su corazón, cerrando los ojos.

—No —murmuró, con una sonrisa triste que no llegó a sus ojos—. Nada en esta casa está bien.

CAPÍTULO 3

El silencio, descubrí rápidamente, era la tercera persona en la habitación.

Habían pasado tres días desde que empecé a trabajar en la biblioteca de Blackwood Manor. Tres días de una rutina extraña y claustrofóbica que oscilaba entre la paz absoluta y una tensión eléctrica que me erizaba la piel de los brazos.

Mi estación de trabajo estaba montada en el rincón menos dañado de la sala, una isla de luz blanca y herramientas quirúrgicas en medio de un mar de sombras de caoba.

Declan estaba allí casi todo el tiempo.

Al principio, pensé que me vigilaba. Que estaba allí para asegurarse de que no me metiera otro trozo de oro fundido en el bolsillo. Se sentaba en un sillón de cuero agrietado cerca de la chimenea apagada, con un portátil sobre las rodillas o revisando documentos legales que parecían infinitos.

Pero no me miraba con sospecha. De hecho, apenas me miraba.

Hasta hoy.

—Estás usando demasiado disolvente —dijo su voz desde la penumbra.

Levanté la vista, sobresaltada. Tenía una edición de 1920 de La edad de la inocencia abierta sobre mi mesa de luz.

—Disculpe, ¿ahora es restaurador? —pregunté, arqueando una ceja. La hostilidad de nuestro primer encuentro se había suavizado hasta convertirse en una especie de esgrima verbal. Afilada, pero no letal.

Declan se levantó y caminó hacia mi mesa. Llevaba las mangas de la camisa remangadas, revelando unos antebrazos fuertes marcados por venas prominentes. Se movía con esa gracia depredadora que parecía fuera de lugar en una biblioteca llena de polvo.

—No —dijo, deteniéndose justo al borde de mi espacio personal. Olía a café negro y a esa colonia de madera que empezaba a resultarme peligrosamente familiar—. Pero conozco ese libro. La encuadernación es de tela Buckram, no de cuero. Si usas ese químico, vas a decolorar el azul cobalto de la tapa.

Me quedé helada, con el hisopo a medio camino. Miré el libro. Miré el bote de disolvente. Miré a Declan.

Tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté, bajando la herramienta lentamente.

Declan se encogió de hombros, un gesto que restaba importancia a su inteligencia, pero sus ojos brillaron.

—Mi abuelo coleccionaba ediciones de Edith Wharton. Pasé muchos veranos aquí, escondido de mis padres, leyendo sobre la alta sociedad de Nueva York mientras fuera llovía. —Sus dedos rozaron el lomo del libro, a milímetros de los míos. No me tocó, pero sentí el calor de su piel como si lo hubiera hecho—. Aprendes a cuidar lo que te salva del aburrimiento, Sloane.

Era la primera vez que compartía algo personal que no estuviera manchado de dolor.

—Bueno —dije, carraspeando para aclarar mi garganta seca—. Buen ojo. Gracias.

Él no se apartó. En lugar de eso, se inclinó un poco más sobre la mesa, apoyando las manos a ambos lados del libro, atrapándome efectivamente entre su cuerpo y el mueble.

—¿Qué tal va la página setenta y cuatro? —pregunté en voz baja.

—¿La setenta y cuatro?

—Hay una mancha de té. O eso creo. Se me cayó una taza cuando tenía doce años. —Una sonrisa, pequeña y genuina, curvó la comisura de sus labios. Fue como ver el sol salir en medio de un invierno nuclear. Transformó su cara por completo, borrando años de amargura—. Pensé que me matarían, así que intenté secarlo con mi camiseta. Probablemente lo empeoré.

Busqué la página con dedos temblorosos. Allí estaba. Una mancha ocre, difusa, en el margen inferior.

—Restaurable —diagnostiqué, sonriendo a mi pesar.

—Déjala —dijo él, mirándome a los ojos. La distancia entre nosotros se había evaporado. Podía ver una pequeña cicatriz en su barbilla. Podía contar sus pestañas—. Es parte de la historia del libro ahora. Las cicatrices cuentan historias, ¿no?

El aire de la biblioteca cambió. Ya no olía a humo y ceniza. Olía a posibilidad.

Declan bajó la mirada a mis labios, luego volvió a mis ojos. Fue un movimiento sutil, casi imperceptible, pero mi cuerpo reaccionó como si hubiera tocado un cable pelado. El corazón me golpeó contra las costillas.

Era un momento de película. El meet-cute entre las ruinas. Dos almas dañadas encontrándose sobre una mancha de té de hace veinte años.

—Tengo... —Su voz bajó una octava, volviéndose ronca—. Tengo que hacer una llamada.

Se apartó bruscamente, rompiendo el hechizo con la violencia de un cristal roto. La frialdad volvió a sus ojos, como un mecanismo de defensa automático.

—Claro —susurré, sintiéndome tontamente decepcionada.

Declan salió de la biblioteca a zancadas, dejándome sola con mis latidos acelerados y la edición de La edad de la inocencia.

Solté un suspiro tembloroso y traté de volver al trabajo. Céntrate, Sloane. Te paga por limpiar libros, no por fantasear con el viudo torturado.

Para distraerme, decidí cambiar de sección. Me moví hacia la estantería D, cerca de donde había encontrado el relicario el día anterior. Esta zona estaba peor iluminada, las sombras se aferraban a las esquinas como telarañas.

Empecé a retirar volúmenes para inspeccionarlos. Dostoievski. Dumas. Dante.

Mis manos se detuvieron en un libro grueso encuadernado en piel roja. No tenía título en el lomo, solo un grabado dorado de unas flores entrelazadas. Rosas, tal vez. O amapolas.

Lo saqué del estante.

Era extrañamente ligero.

Demasiado ligero para un libro de ese grosor.

Mi instinto profesional se activó. Daño interno. Termitas. Papel calcificado.

Lo llevé a la mesa de luz y lo abrí con cuidado, esperando encontrar páginas devoradas por el fuego o los insectos.

La portada crujió. Poemas escogidos, decía la primera página.

Pasé la hoja. Y la siguiente.

Y entonces, el libro se terminó.

No había poemas.

A partir de la página diez, el interior del libro había sido vaciado meticulosamente con una cuchilla. Un rectángulo perfecto excavado en el corazón de la literatura, creando una caja secreta.

El hueco estaba vacío, salvo por una única hoja de papel doblada en cuatro.

Mi corazón, que apenas se había calmado del encuentro con Declan, volvió a acelerarse. Pero esta vez no era excitación. Era un miedo frío, instintivo.

No lo toques, advirtió mi cerebro. Cierra el libro. Devuélvelo al estante. Olvida que lo has visto.

Pero yo era Sloane Mercer. Yo arreglaba cosas. Yo descubría secretos bajo capas de suciedad.

Dejé mis pinzas y tomé el papel con mis dedos enguantados.

El papel no era antiguo. Era una hoja arrancada de un cuaderno moderno, de esos con espiral. Los bordes estaban irregulares.

Lo desdoblé.

La caligrafía era elegante, picuda, apresurada. La tinta azul había sido presionada con fuerza sobre el papel, dejando surcos que podía sentir incluso a través del guante.

No había fecha. Solo texto.

Leí la primera línea. Y luego la segunda.

El aire de la biblioteca pareció bajar diez grados de golpe.

«A veces creo que él me ama tanto que quiere consumirme. Como el fuego. Dice que soy suya, solo suya. Al principio sonaba romántico, como en las novelas que leo. Ahora suena como una sentencia. Ayer cerró las puertas con llave. Dijo que era por mi seguridad. Pero cuando me mira, ya no veo a mi marido. Veo a un hombre que preferiría verme convertida en cenizas antes que dejarme ir».

Se me secó la boca.

«Cenizas».

Miré hacia la puerta doble por donde Declan había salido hacía solo unos minutos. El hombre que recordaba manchas de té. El hombre que había estado a punto de besarme.

«Veo a un hombre que preferiría verme convertida en cenizas...»

Un ruido sordo vino del piso de arriba. Un paso pesado.

Metí el papel en el bolsillo de mi delantal con un movimiento reflejo, el corazón martilleándome en la garganta como un pájaro atrapado.

Cerré el libro hueco de golpe.

La mancha de té ya no parecía una historia entrañable. Ahora parecía el rastro de un accidente en una casa donde los accidentes, al parecer, eran una forma de vida.

CAPÍTULO 4

Mi apartamento olía a trementina y soledad.

Era un olor limpio, aséptico. Nada que ver con el aroma a humo y madera vieja de Blackwood Manor. Aquí, las paredes eran blancas. Los muebles eran funcionales. No había rincones oscuros donde esconder secretos, ni pasillos que respiraban como pulmones enfermos.

Dejé las llaves en el cuenco de la entrada y me quité el abrigo, sintiendo el peso del papel doblado en mi bolsillo como si fuera un trozo de plomo radiactivo.

Durante todo el trayecto de vuelta a Seattle, con la lluvia golpeando el parabrisas de mi furgoneta, había intentado convencerme de no leerlo. No es asunto tuyo, Sloane. Es la privacidad de una mujer muerta. Es morboso.

Pero la curiosidad es una comezón que no puedes ignorar, especialmente cuando eres alguien que se dedica a desenterrar el pasado.

Me serví una copa de vino barato, me senté en el sofá y encendí solo la lámpara de lectura. La luz amarilla creó un círculo de intimidad alrededor de mis manos.

Saqué el papel.

Estaba arrugado, manchado de polvo de ladrillo en los bordes. Lo alisé sobre mis rodillas, tratando de ignorar el temblor en mis dedos.

La caligrafía de Celeste Vane era hermosa y caótica. Las letras se inclinaban hacia la derecha, como si escribiera con prisa, corriendo hacia el final de la línea antes de que se le acabara el aire.

Respiré hondo y empecé a leer.

No sé qué día es. Supongo que es martes, porque he oído al jardinero podar los setos bajo la ventana. Declan no me deja bajar.

Dice que es por mi bien. Dice que estoy pálida, que me ve frágil. Me ha traído el desayuno a la cama —tortitas con arándanos, mis favoritas— y me ha besado la frente con esa ternura que me hace querer llorar. «Descansa, mi amor», me ha susurrado. «El mundo es demasiado ruidoso para ti hoy».

Cualquier otra mujer se sentiría atrapada. Lo sé. Sé cómo suena. «Encerrada».

Pero ellas no entienden cómo me mira. Cuando Declan me mira, no ve a una persona. Ve su centro de gravedad. Ve lo único que le impide salir disparado hacia el espacio.

Ayer discutimos. Fue culpa mía. Le sonreí al chico que trajo la compra. Fue solo cortesía, un reflejo estúpido. Pero vi cómo la mandíbula de Declan se tensaba, cómo sus ojos se volvían de ese gris tormentoso que precede al huracán.

Me agarró del brazo. No me hizo daño, no realmente. Pero dejó una marca. Sus dedos se cerraron sobre mi piel con la desesperación de un náufrago aferrándose a una tabla. «Eres mía, Celeste», me dijo, pegando su frente a la mía, respirando mi mismo aire. «Nadie más te ve. Solo yo. Solo yo sé quién eres por dentro».

Me asusté. Sí. El corazón me latía tan rápido que pensé que explotaría.

Pero luego me hizo el amor. Y no fue suave. Fue una reivindicación. Fue fuego. Me hizo olvidar mi nombre, el nombre del chico de la compra, el mundo entero. Me hizo sentir que si él dejaba de tocarme, yo desaparecería.

¿Es eso locura? Tal vez.

La gente quiere amores tranquilos. Quieren a alguien que les dé la mano en el parque y les pregunte qué tal les fue en el trabajo. Yo no. Yo quiero esto. Quiero ser consumida. Quiero saber que soy tan vital para alguien que la simple idea de compartirme le provoca violencia.

Su posesividad no es control. Es la medida de su amor. Y si duele un poco, si aprieta... es solo porque es inmenso.

Bajé el papel. El vino en mi copa estaba intacto.

Me llevé la mano al brazo, al mismo lugar donde Celeste describía que él la había agarrado. Apreté mis propios dedos sobre mi piel, intentando imaginar la sensación.

Intenso y posesivo.

Las palabras flotaban en el aire silencioso de mi apartamento.

Debería estar horrorizada. Mi parte racional, la parte que leía las noticias y sabía reconocer las señales de alerta, me gritaba que Declan Vane era peligroso. Que cerrar a tu mujer en la habitación y marcarle la piel no era amor, era abuso.

Pero había otra parte de mí. La parte rota. La parte que había sobrevivido a un incendio y se había quedado fría por dentro.

Pensé en mi última relación. Mark. Un contable amable que me traía flores los viernes y siempre me preguntaba si tenía frío. Era seguro. Era correcto. Y yo me sentía tan sola a su lado que a veces tenía ganas de gritar solo para ver si él reaccionaba.

Declan Vane no era seguro.

Recordé cómo me había arrancado el relicario de las manos. La furia en sus ojos. Y luego, la devastación absoluta.

«Nada en esta casa está bien».

Celeste lo llamaba pasión. Decía que su violencia era la medida de su amor.

Me descubrí sintiendo algo oscuro y vergonzoso en el estómago. Envidia.

Envidia de ser amada con esa ferocidad. De ser tan importante para alguien que el mundo entero desaparece. ¿Qué se sentiría al ser el centro de gravedad de un hombre como Declan? ¿Qué se sentiría al ser la causa de esa tormenta?

Me sentí sucia por pensarlo. Está muerta, Sloane. Y él es un sospechoso, aunque nadie lo diga en voz alta.

Volví a mirar el papel. Había unas líneas más al final, escritas con una letra más pequeña, más temblorosa. Como si la mano le hubiera fallado al escribirlas.

Pero hoy tengo miedo. No por mí. Nunca por mí.

Tengo miedo por lo que llevo dentro.

Aún no se lo he dicho. Llevo tres semanas de retraso. Me hice la prueba esta mañana, mientras él estaba en el despacho. Dos líneas rosas. Dos líneas que cambian todo.

Un bebé.

Debería ser una buena noticia. Debería bajar corriendo y decírselo. Él quiere una familia. Siempre habla de llenar esta casa enorme de vida.

Pero... si ya es así conmigo... si ya tiene miedo de que el mundo me toque... ¿qué hará con algo tan frágil? ¿Qué hará si siente que su atención se divide?

O peor. ¿Qué hará si piensa que el bebé me alejará de él?

No puedo decírselo. No todavía. Tengo que encontrar el momento perfecto. Porque si ve el miedo en mis ojos cuando se lo diga, sabrá que dudo de él. Y Declan no perdona la duda.

Él lo quema todo.

El papel se me resbaló de las manos y cayó al suelo, aterrizando suavemente sobre la alfombra barata.

Un bebé.

Ella estaba embarazada.

El aire salió de mis pulmones en un soplido doloroso. Me llevé las manos a la boca, tapando un sollozo que no esperaba.

La imagen de Declan en la biblioteca, sosteniendo el relicario fundido contra su pecho, cambió de repente. Ya no era solo un viudo llorando a su esposa. Era un padre llorando a un hijo que quizás nunca supo que existía.

¿O sí lo sabía?

La pregunta se clavó en mi mente como una astilla. «Declan no perdona la duda. Él lo quema todo».

Si ella se lo dijo... si ella intentó irse...

Un escalofrío recorrió mi espalda. Miré hacia la puerta de mi apartamento, asegurándome de que el cerrojo estaba echado. De repente, la soledad ya no parecía paz. Parecía vulnerabilidad.

Recogí la carta del suelo con cuidado, como si fuera una prueba de un crimen. La doblé y la metí dentro de mi libro de contabilidad, entre las facturas pagadas y los recibos de impuestos. El lugar más aburrido y seguro del mundo.

Mañana tendría que volver a Blackwood Manor. Tendría que volver a esa biblioteca, mirar a Declan a los ojos y trabajar codo a codo con él, sabiendo que bajo esa fachada de dolor exquisito y trajes caros, podría esconderse un hombre capaz de quemar lo que más amaba solo para que nadie más pudiera tenerlo.

Y lo peor de todo, lo más aterrador, era que una parte de mí estaba deseando volver. No para huir. Sino para acercarme más al fuego.

Notas de Corrección Ortotipográfica (Bloque 1):

- **Unificación de pensamientos:** Se ha estandarizado el uso de *cursiva* para los pensamientos directos internos de Sloane, reservando las comillas latinas (« ») para diálogos recordados o citas.
- **Corrección gramatical (Concordancia):** Se corrigió "Primera ediciones" por "Primeras ediciones" en el Capítulo 1 y

"No toquen nada" por "No toque nada" en el Capítulo 2.

Títulos de obras: Se han puesto en cursiva los títulos de libros (*La edad de la inocencia*, *Poemas escogidos*) siguiendo la norma.

Onomatopeyas: Se han puesto en cursiva los sonidos (*Crak, Pop, Hiiisss*) para distinguirlos de la narración.

CAPÍTULO 5

La cena no debería haber sucedido.

Técnicamente, mi horario terminaba a las seis. Pero la tormenta que había estado amenazando todo el día finalmente se rompió, convirtiendo la carretera del acantilado en un río de lodo intransitable.

Así que allí estaba yo. En el comedor de Blackwood Manor.

La habitación estaba casi vacía, salvo por una mesa larga de madera oscura y dos sillas colocadas en un extremo, íntimamente cerca. La única luz provenía de un candelabro de hierro forjado sobre nosotros y del fuego que crepitaba en la chimenea.

Fuego controlado. Fuego seguro. Pero no podía dejar de mirar las llamas.

—No comes —dijo Declan.

Levanté la vista de mi plato de risotto. Él me observaba con esa intensidad que hacía que el aire pareciera más fino, más difícil de respirar. Se había quitado la chaqueta y la corbata, y parecía menos el dueño de un imperio y más un hombre agotado que acaba de llegar a casa.

—No tengo mucha hambre —mentí.

La verdad era que tenía el estómago cerrado por la culpa. La carta de Celeste seguía doblada dentro de mi libro de contabilidad, a kilómetros de distancia, pero sus palabras («Declan no perdona la

duda») resonaban en mi cabeza. Estaba cenando con el hombre al que su esposa temía.

Declan dejó su copa de vino. El cristal tintineó contra la madera.

—¿Qué te pasa, Sloane? —Su voz era suave, pero tenía un borde. No le gustaba no saber cosas—. Has estado... vibrando todo el día. Como una cuerda a punto de romperse. ¿Es la casa?

—Es todo —admití, soltando el tenedor—. La casa. El trabajo. El clima.

—Soy yo.

Lo dijo con tanta certeza que me quedé helada.

—¿Por qué dices eso?

Declan se reclinó en su silla, pasando una mano por su cara. El gesto arrastró la piel bajo sus ojos, revelando el rojo de la fatiga.

—Porque la gente suele ponerse nerviosa cerca de los desastres naturales. Y eso es lo que soy ahora mismo. —Me miró directamente —. Sé lo que dicen en el pueblo. Sé lo que piensas cuando ves las paredes quemadas.

—No sé lo que pienso —dije, y por primera vez en horas, fui honesta.

—Piensas que fue mi culpa.

El silencio que siguió fue absoluto. Solo el crujido de la leña y el golpe de la lluvia contra las ventanas tapiadas.

—¿Lo fue? —pregunté. La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla. Era peligrosa. Imprudente.

Declan no se enfadó. No gritó, como temía. En lugar de eso, soltó una risa corta y seca, carente de cualquier humor.

—Sí.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—Yo no encendí la cerilla, Sloane —continuó, mirando el vino rojo oscuro en su copa como si fuera sangre—. Pero yo preparé el escenario. Yo la dejé sola esa noche. Discutimos. No recuerdo por qué. Algo estúpido. Salí a conducir para calmarme. Y cuando volví...

Se le quebró la voz. No fue un sollozo dramático. Fue una grieta en la piedra.

—Cuando volví, el cielo era naranja.

Cerró los ojos con fuerza, como si intentara borrar una imagen que estaba grabada en el interior de sus párpados.

—Debería haber estado aquí. Debería haberla sacado. Ella... ella era frágil. Se asustaba con facilidad. Y yo la dejé sola en la oscuridad.

La imagen de la carta de Celeste —ella embarazada, asustada— chocó violentamente con el hombre destrozado que tenía delante. ¿Podían coexistir ambas verdades? ¿Podía un hombre amar tanto que asfixiara, y luego odiarse tanto por haber soltado el agarre?

Su dolor era palpable. Llenaba la habitación más que el calor de la chimenea.

Y mi barrera se derrumbó.

—Yo sé lo que es —susurré.

Declan abrió los ojos.

—¿La culpa?

—El fuego.

Me levanté de la silla. Mis piernas temblaban, pero me obligué a caminar hacia él. No sabía qué estaba haciendo. Solo sabía que necesitaba nivelar la balanza. Él me había dado su dolor; yo tenía que darle el mío.

Me detuve a su lado. Él giró la silla para mirarme, confuso.

Llevaba una blusa de seda con botones en la espalda. Con manos torpes, desabroché los tres primeros botones y dejé que la tela se deslizara por mi hombro izquierdo.

Declan contuvo el aliento.

La cicatriz era fea. No había nada poético en ella. Era una masa de piel rosada y brillante, arrugada como papel derretido, que cubría mi omóplato y bajaba hasta la mitad de mi brazo. La marca de donde una viga ardiendo me había rozado mientras los bomberos me sacaban de aquel armario hace veinte años.

—Tenía siete años —dije, mirando a la pared, incapaz de mirarlo a él —. Perdí a mis padres. Perdí mi casa. Perdí todo mi mundo en una noche.

Sentí sus dedos.

Eran fríos al principio, rozando el borde de la piel sana. Luego, su palma cubrió la cicatriz. No con asco. Con reverencia. Su mano era grande, caliente, cubriendo la zona insensible de mi piel, pero yo sentí el contacto en el centro de mi pecho.

—Sloane —susurró.

Me giré para mirarlo, subiéndome la blusa apresuradamente, sintiéndome expuesta y vulnerable.

Declan se puso de pie. Ahora estábamos a centímetros.

—Eres una superviviente —dijo. Sus ojos recorrían mi cara como si estuviera memorizándola—. Por eso eres tan buena en lo que haces. Entiendes lo que significa ser reconstruido.

—No me siento reconstruida —confesé, la voz temblorosa—. Me siento pegada con cinta adhesiva. Todo el tiempo tengo miedo de que el pegamento ceda.

Declan negó con la cabeza. Levantó la mano y, con una delicadeza que desmentía su tamaño, acunó mi mejilla. Su pulgar rozó la pequeña cicatriz de mi ceja.

—Eres lo más sólido que ha entrado en esta casa en años.

La distancia entre nosotros se cerró. No sé quién se movió primero.

Su boca encontró la mía.

No fue un beso de película romántica. No hubo música de violines. Sabía a vino, a desesperación y a humo. Fue un beso hambriento, urgente. Sus manos fueron a mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo duro, como si quisiera fundirme con él. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando de él, buscando anclarme.

Había dolor en ese beso. El dolor de él por la pérdida. Mi dolor por el miedo. Y una necesidad compartida de olvidar, aunque fuera por un segundo, que estábamos parados sobre las cenizas de una tragedia.

Él gimió contra mi boca, un sonido roto que vibró en mi garganta.

En ese momento, olvidé el diario. Olvidé la advertencia de Thea. Olvidé las «banderas rojas».

Solo existía Declan. El hombre que se sentía culpable por sobrevivir. El hombre que me tocaba como si yo fuera la única cosa real en un mundo de fantasmas.

Si era un monstruo, entonces yo quería ser devorada.

Me separé milímetros, jadeando, nuestras frentes apoyadas la una contra la otra.

—Te voy a ayudar —prometí, y las palabras sonaron a juramento—. Vamos a arreglar esta casa, Declan. Vamos a arreglarlo todo.

Él abrió los ojos. Eran pozos oscuros, insondables.

—Ten cuidado, Sloane —susurró, y no supe si era una advertencia o una súplica—. No todo se puede arreglar. Algunas cosas... algunas cosas solo están esperando a quemarse de nuevo.

Pero yo no le escuché. Ya había tomado mi decisión. Había decidido ser la restauradora. Había decidido salvarlo, sin saber que, al intentar apagar su incendio, estaba a punto de prenderle fuego a mi propia vida.

CAPÍTULO 6

Dicen que el fuego necesita tres cosas para existir: calor, combustible y oxígeno. Si le quitas una, se apaga.

El amor, o lo que sea que estaba creciendo entre Declan y yo esas dos últimas semanas, funcionaba con una química similar. Él era el calor. Yo me había convertido voluntariamente en el combustible. Y Blackwood Manor, extrañamente, era nuestro oxígeno.

Habían pasado quince días desde esa cena. Quince días desde el beso que no habíamos vuelto a repetir, pero que flotaba entre nosotros cada vez que nuestras manos se rozaban al pasarnos un libro o una herramienta.

La restauración avanzaba rápido. Demasiado rápido. A veces me descubría trabajando más despacio a propósito, limpiando el mismo centímetro de cuero dos veces, solo para prolongar mi estancia allí.

—Ven conmigo —dijo Declan esa mañana, apareciendo en la puerta de la biblioteca. No llevaba traje. Llevaba vaqueros y una camiseta negra que se ajustaba a su pecho. Parecía más joven. Menos atormentado.

—Tengo que terminar con los registros de la sección C...

—Deja la sección C. —Entró y me quitó el libro de las manos con suavidad, dejándolo sobre la mesa. Sus dedos se entrelazaron con los míos. Su piel estaba caliente—. Quiero enseñarte algo.

Me dejé llevar. Esa era la nueva dinámica. Yo, que siempre había controlado cada aspecto de mi vida, ahora me dejaba arrastrar por su gravedad.

Me guio a través del vestíbulo, hacia el ala este de la mansión. Esta parte de la casa había sufrido menos daños estructurales, pero había estado cerrada desde que llegué.

—¿A dónde vamos? —pregunté, sintiendo esa mezcla de ansiedad y emoción que ahora era mi estado natural.

Declan se detuvo frente a una puerta de doble hoja al final de un pasillo iluminado por el sol de la mañana. Se giró hacia mí, y la intensidad en sus ojos gris tormenta me robó el aliento.

—Me dijiste que antes de ser restauradora, pintabas —dijo.

—Eso fue hace mucho. En la universidad. Lo dejé porque... bueno, el arte no paga las facturas de hospital.

—El arte sana —corrigió él—. Tú te pasas el día curando las cosas de los demás, Sloane. Arreglas mis libros. Arreglas mi casa. Pero nadie te da espacio para crear algo nuevo.

Empujó las puertas.

El olor a trementina fresca y óleo me golpeó antes de que pudiera procesar lo que veía.

Era una habitación circular, con ventanales de suelo a techo que daban al océano. La luz entraba a raudales, limpia y blanca, sin el tinte gris de la ceniza que cubría el resto de la casa.

En el centro, había un caballete de madera maciza. Y alrededor, mesas llenas de suministros. Tubos de pintura de las mejores marcas, pinceles de pelo de marta, lienzos en blanco de todos los tamaños, espátulas, disolventes...

Era el sueño de cualquier artista. Era una fortuna en materiales.

—Declan... —Mi voz salió estrangulada.

—Es tuyo —dijo él, colocándose detrás de mí. Sus manos se posaron en mis hombros, pesadas, posesivas—. Mientras estés aquí. Quiero que tengas un lugar donde no haya ceniza. Un lugar donde puedas mancharte las manos de colores, no de hollín.

Me giré para mirarlo.

—Esto es demasiado. No puedo aceptarlo. Solo soy una empleada, Declan.

Él negó con la cabeza, una pequeña arruga formándose entre sus cejas, como si mi rechazo le causara dolor físico.

—No eres una empleada. —Sus manos bajaron de mis hombros a mi cintura, atrayéndome hacia él hasta que nuestros cuerpos chocaron —. Eres la única persona que ha conseguido que esta casa deje de gritar por las noches. Lo he hecho para ti. Solo para ti.

«Solo para ti».

Las palabras eran dulces, embriagadoras. Pero en algún lugar profundo de mi cerebro, una alarma sonó. Era demasiado. Demasiado rápido. Demasiado perfecto. Un regalo así no solo decía «te aprecio». Decía «quédate». Decía «ahora me debes algo».

Pero luego él me besó la frente, y la alarma se apagó bajo la calidez de su tacto.

—Gracias —susurré contra su pecho.

—No me des las gracias —murmuró él contra mi pelo—. Úsalo. Pinta algo para mí.

El sonido de un motor potente rugiendo en la entrada de grava rompió la burbuja.

Declan se tensó. Lo sentí en cada músculo de su cuerpo. Se separó de mí, y la suavidad en su rostro se evaporó, reemplazada por esa máscara de hielo que yo odiaba.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—No —dijo secamente—. Pero ella nunca avisa.

«Ella» resultó ser Thea Vane.

La hermana de Declan era una versión femenina y afilada de él. Tenía los mismos ojos grises, pero mientras los de Declan eran tormentosos, los de ella eran acero pulido. Llevaba un traje de chaqueta blanco impoluto que parecía un desafío directo a la

suciedad de la casa, y tacones de aguja que repiqueteaban como disparos sobre el suelo de madera.

Nos encontró en el vestíbulo.

—Hermanito —dijo, sin sonreír. Su mirada pasó de Declan a mí, escaneándome de arriba abajo como si fuera un mueble barato que no encajaba en la decoración—. Veo que la restauración incluye... personal nuevo.

—Thea —Declan se cruzó de brazos, una barrera física entre su hermana y yo—. Esta es Sloane Mercer. La restauradora de libros. Sloane, mi hermana Thea.

Extendí la mano.

—Un placer.

Thea miró mi mano —que todavía tenía una pequeña mancha de pintura azul del estudio— y no la estrechó.

—Libros —dijo, arrastrando la palabra—. Qué pintoresco. Pensé que habías quemado todo lo que valía la pena leer, Declan.

El aire en el vestíbulo bajó diez grados.

—¿A qué has venido, Thea?

—A ver si seguías vivo. Mamá está preocupada. No contestas al teléfono. —Thea dio un paso hacia él, ignorándome deliberadamente —. Y a asegurarme de que no estás cometiendo más... errores.

Declan soltó una risa amarga.

—Mis errores son míos, Thea. Vete a casa.

—Esta es mi casa también —espetó ella, y por un segundo, la máscara de frialdad se deslizó, revelando un miedo genuino—. Declan, por favor. No puedes seguir escondiéndote aquí como un fantasma. Tienes que vender. Tienes que dejarlo ir.

—Nunca.

La palabra fue un gruñido.

Declan se giró hacia mí.

—Sloane, por favor, vuelve a la biblioteca. Necesito hablar con mi hermana a solas.

No fue una petición. Fue una orden.

Asentí y me retiré, sintiendo la mirada de Thea clavada en mi espalda como un cuchillo.

Media hora después, estaba en el invernadero quemado, buscando un poco de aire. La «conversación» entre los hermanos se había convertido en gritos que resonaban a través de las paredes huecas de la mansión, y yo necesitaba escapar.

El invernadero era una estructura esquelética de hierro retorcido y cristales rotos. Aquí fue donde empezó el fuego, según el informe oficial. Aquí es donde...

—Es romántico, ¿verdad?

Salté, girándome.

Thea estaba parada en la entrada del invernadero, fumando un cigarrillo largo y delgado. El humo blanco se mezclaba con la niebla del mar.

—No sé si «romántico» es la palabra —dije, a la defensiva.

Thea caminó hacia mí, sus tacones crujiendo sobre los cristales rotos.

—Oh, claro que lo es. El héroe torturado en su castillo en ruinas. La chica sencilla que viene a «arreglarlo». Es el cuento más viejo del mundo. —Dio una calada profunda y exhaló el humo hacia mí—. Te he visto, ¿sabes? He visto cómo lo miras.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —mentí.

Thea soltó una carcajada seca.

—Por favor. Le has mirado como si fuera agua en el desierto. Y él te ha mirado como si fueras su próxima comida.

Tiré de mi dignidad como si fuera una armadura.

—Declan ha sufrido mucho. Solo intento ser comprensiva.

La cara de Thea cambió. La burla desapareció, dejando una seriedad fría y aterradora. Se acercó hasta invadir mi espacio personal. Olía a perfume caro y a nicotina.

—Escúchame bien, restauradora —susurró—. Tú ves el dolor. Ves al viudo triste y piensas: «Oh, pobre hombre, necesita amor». Pero no tienes ni idea de lo que estás mirando.

—¿Y qué estoy mirando, según tú?

—Estás mirando a un agujero negro —dijo Thea. Sus ojos grises brillaron—. Declan no ama a la gente, Sloane. Declan la consume. La absorbe hasta que no queda nada de ella, solo una cáscara vacía que él puede moldear a su antojo.

Sentí un escalofrío. Sus palabras resonaron inquietantemente con la entrada del diario de Celeste: «Quiere consumirme... Como el fuego».

—Eso es horrible —dije, dando un paso atrás—. Es tu hermano.

—Exacto. Es mi hermano. Lo conozco mejor que nadie. —Thea tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con su tacón de aguja—. Celeste también pensaba que podía salvarlo. Celeste también creía que su intensidad era pasión. Y mira dónde acabó.

Señaló las ruinas carbonizadas del invernadero a nuestro alrededor.

—Fue un accidente —dije, repitiendo la mentira oficial que Declan me había contado.

Thea me miró con una lástima que me dolió más que su desprecio.

—En esta familia no hay accidentes, cariño. Solo consecuencias.

Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el marco de hierro retorcido.

—Él no es lo que crees —dijo sin mirarme—. Si eres lista, terminarás tu trabajo, cobrarás tu cheque y correrás tan lejos como puedas. Antes de que él decida que eres demasiado valiosa para dejarte ir.

Se marchó, dejándome sola entre los cristales rotos y el eco de su advertencia.

Miré hacia la casa. En la ventana del segundo piso, una figura oscura me observaba. Declan.

Mi instinto me gritó que corriera. Que hiciera caso a Thea. Que recordara el diario.

Pero entonces recordé el estudio de arte. La luz blanca. Los lienzos esperando. «Lo he hecho para ti».

Nadie había hecho nunca nada así por mí.

Apreté los puños. Thea estaba celosa. Thea estaba amargada. Ella no sabía lo que nosotros compartíamos.

Ignoré el frío en mi estómago y caminé de vuelta hacia la casa, hacia el hombre que me esperaba en la ventana.

CAPÍTULO 7

La felicidad, cuando eres alguien que está acostumbrado al desastre, se siente sospechosa. Se siente como la calma antes de un terremoto.

Llevaba tres días pintando en el estudio por las mañanas y restaurando libros por las tardes. Declan me visitaba en ambos lugares. A veces me traía café. A veces simplemente se quedaba en la puerta mirándome con esa intensidad silenciosa que hacía que se me calentara la sangre.

No habíamos vuelto a hablar de Thea. No habíamos vuelto a hablar del pasado. Vivíamos en una burbuja de presente absoluto, construida con olor a óleo, polvo de libros y una tensión sexual que se podía cortar con un cuchillo.

Esa tarde, la lluvia había dado una tregua. La luz dorada del atardecer se colaba por las rendijas de la biblioteca, iluminando el polvo en suspensión como si fuera oro molido.

Estaba trabajando en la sección de «Hogar y Jardín». Era una colección irónica para una casa que se había quemado hasta los cimientos.

Saqué un volumen pesado: El arte del hogar feliz: Guía para la esposa moderna, edición de 1955.

—Vaya ironía —murmuré, pasando el trapo antiestático por la cubierta.

El libro se abrió con facilidad, como si alguien hubiera forzado el lomo repetidamente en una página específica.

No había un hueco cortado esta vez. Solo un sobre azul pálido, delgado, deslizado entre el capítulo de «Cómo recibir a los invitados» y «La importancia de la cena caliente».

Mi pulso se aceleró.

Sabía lo que era. Reconocía el papel. Reconocía el color.

Miré hacia la puerta. Declan había salido a una reunión con sus abogados en el pueblo. Estaba sola. La casa estaba en silencio, salvo por el crujido habitual de las vigas asentándose.

Dejé el libro sobre la mesa y tomé el sobre. Tenía un número escrito en la esquina con esa caligrafía picuda y nerviosa: 5.

Entrada 5.

Me faltaban las entradas 2, 3 y 4. No sabía cuánto tiempo había pasado entre la primera nota (el embarazo) y esta. No sabía si ella se lo había dicho.

Mis dedos temblaron al abrir el sobre.

No lo leas, Sloane. Estás feliz. Él te ha regalado un estudio. Te mira como si fueras el sol. No dejes que un fantasma te arruine esto.

Pero abrí el papel. Porque la verdad es una droga, y yo ya era adicta.

Martes, 14 de noviembre.

Hoy he vuelto a ser torpe. Mamá siempre decía que tenía pies de pato, que me tropezaba con mi propia sombra. Declan dice que es porque tengo la cabeza en las nubes.

Bajaba las escaleras para la cena. Llevaba el vestido verde que a él le gusta, el que deja la espalda al aire. Quería estar guapa. Quería que, cuando me viera, se olvidara de la discusión de la mañana sobre el teléfono.

(¿Por qué le molesta tanto que llame a mi hermana? Dice que ella me mete ideas en la cabeza. Que me pone en su contra. Tal vez tiene razón. Thea siempre ha sido celosa de lo que tenemos).

El caso es que tropecé. No sé cómo. Iba agarrada a la barandilla, lo juro. Pero de repente, el suelo desapareció bajo mis pies.

Rodé tres escalones. Me golpeé el hombro contra el poste de roble. Dolió. Dolió tanto que vi blanco durante un segundo.

Declan estaba allí en un instante. Me levantó en brazos como si no pesara nada. Estaba pálido, asustado. «¿Qué has hecho, Celeste?», me preguntaba una y otra vez mientras me llevaba al sofá. «¿Por qué no tienes cuidado? ¿Por qué siempre me haces esto?»

Me hace esto.

Me puso hielo en el hombro. Me besó la piel amoratada. Pero luego, cuando me estaba ayudando a subir a la cama, vi su cara en el espejo. No parecía asustado. Parecía... enfadado.

Me dijo que no podía salir así. Que la gente haría preguntas. «Pensarán que no te cuido, Celeste. Y yo te cuido. Te cuido mejor que nadie».

Tiene razón. Me cuida. Me trajo analgésicos. Se sentó a mi lado toda la noche vigilando mi sueño.

Pero hay algo que no le he dicho. Algo que no escribí en el informe del médico.

Cuando «tropecé»... sentí algo en mi espalda. No fue un resbalón. Sentí una mano.

No. No puede ser. Estoy imaginando cosas. El embarazo me tiene paranoica. Las hormonas me hacen dudar de la realidad.

Él estaba arriba, sí. Detrás de mí. Pero él no me empujaría. Él me ama. Él me construiría una escalera de almohadas si pudiera.

Es solo que... el moratón en mi brazo, donde me agarró para «ayudarme» a levantarme, tiene la forma perfecta de cuatro dedos. Y duele más que el golpe de la caída.

Soy muy torpe. Tengo que ser más cuidadosa. Tengo que dejar de provocarlo con mi torpeza.

El papel se me cayó de las manos.

El silencio de la biblioteca cambió. Ya no era pacífico. Era expectante.

Miré la escalera de caracol que subía al segundo piso de la biblioteca. La madera oscura, pulida. La barandilla sólida.

«Sentí una mano».

Me llevé la mano a la boca. La náusea me subió por la garganta, ácida y caliente.

No era solo posesividad. No eran solo palabras intensas en un diario de adolescente enamorada.

Era violencia física.

Celeste describía un empujón. Describía moretones con forma de dedos. Y lo peor de todo, describía la manipulación posterior. «¿Por qué me haces esto?» Convertir su dolor en una ofensa contra él.

Me obligué a respirar. Inhala. Exhala.

—Es su versión —susurré a la habitación vacía—. Es la versión de una mujer que, según Thea, tenía problemas psiquiátricos.

Intenté aferrarme a esa idea. Celeste estaba inestable. Celeste estaba embarazada y hormonal. Celeste podía haberse tropezado y, en su paranoia, haber imaginado la mano.

Pero entonces pensé en mi muñeca.

Pensé en el momento en que Declan me arrancó el relicario. La fuerza repentina. La furia ciega en sus ojos antes de que la tristeza la lavara.

Él tiene esa fuerza. Él tiene esa furia.

Y ahora, cada vez que él me tocara... ¿vería yo la sombra de esos moratones?

Escuché el sonido de neumáticos sobre la grava.

Declan había vuelto.

Recogí la carta con manos torpes y la metí dentro de mi bota, contra el tobillo. No quería dejarla en el libro. No quería dejarla en mi bolso. Necesitaba tenerla pegada a mí, como un secreto sucio que me quemaba la piel.

La puerta principal se abrió.

—¿Sloane? —Su voz retumbó en el vestíbulo. Grave. Profunda. La voz que me había susurrado promesas de libertad artística hacía unas horas.

—¡En la biblioteca! —grité. Mi voz sonó demasiado aguda, demasiado brillante.

Declan apareció en la puerta. Llevaba el traje gris otra vez, y parecía cansado. Pero cuando me vio, sonrió. Y fue esa sonrisa genuina, la de la mancha de té, la que transformó su cara.

—Te he traído algo —dijo, sacando una bolsa de papel de una pastelería del pueblo—. Esos bollos de canela que te gustan. Estaban a punto de cerrar, pero les convencí.

Se acercó a mí.

—¿Estás bien? —preguntó, deteniéndose a un metro. Sus ojos escanearon mi cara, buscando el problema. Siempre estaba buscando el problema—. Estás pálida.

Di un paso atrás. Fue instintivo. Un reflejo de supervivencia que mi cerebro no pudo controlar a tiempo.

La sonrisa de Declan vaciló.

—¿Sloane?

Miré sus manos. Grandes. Elegantes. Manos de pianista. Manos que podían sostener un pincel o... empujar a una mujer embarazada por las escaleras.

—Estoy bien —dije rápido, forzando una sonrisa—. Solo... el olor a disolvente. Me ha mareado un poco.

Declan dejó la bolsa sobre la mesa y se acercó. Levantó la mano para tocarme la frente.

Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no apartarme. Sentí su palma caliente contra mi piel fría.

—No tienes fiebre —murmuró. Su pulgar acarició mi sien. Fue un gesto tierno. Exquisitamente tierno.

Y eso fue lo que más me aterrorizó.

Que Celeste probablemente sintió esa misma ternura mientras él le ponía hielo en el hombro que él mismo había roto.

—Gracias por los bollos —dije, apartándome suavemente con la excusa de recoger mis cosas—. Me tengo que ir. Hoy... hoy estoy agotada.

Declan bajó la mano lentamente. La luz en sus ojos se apagó un poco.

—Claro. Descansa. —Se quedó allí parado, mirándome mientras yo guardaba mis cosas con una prisa que rozaba el pánico—. Sloane.

Me detuve en la puerta, con la carta en mi bota quemándome el tobillo.

—¿Sí?

—Ten cuidado al conducir. La carretera está resbaladiza.

Era una advertencia normal. Una frase de preocupación. Pero en mis oídos, sonó como otra cosa.

«¿Por qué no tienes cuidado? ¿Por qué siempre me haces esto?»

—Lo tendré —dije.

Y salí de la casa casi corriendo, sintiendo su mirada clavada en mi nuca hasta que doblé la esquina, preguntándome cuántos «accidentes» más esconderían esas paredes antes de que yo descubriera la verdad completa.

CAPÍTULO 8

La duda es un ácido. Corroe lentamente, goteando sobre tus certezas hasta que no queda nada sólido a lo que agarrarse.

Llevaba todo el día con las palabras de Thea y la entrada del diario luchando en mi cabeza. «Declan la consume». «Sentí una mano en mi espalda».

Debería haberme ido. Debería haber inventado una excusa, recogido mis herramientas y huido a mi apartamento seguro. Pero estaba allí, en la biblioteca, esperando a que él bajara. Porque la curiosidad era fuerte, sí. Pero la atracción era más fuerte. Y eso me hacía sentir enferma y viva al mismo tiempo.

Declan entró como una tormenta eléctrica.

Traía el aire del exterior pegado a la ropa, frío y húmedo. Se había quitado la chaqueta y se estaba desabrochando los gemelos de la camisa con movimientos bruscos y eficientes.

—El abogado dice que Thea no tiene base legal para reclamar la propiedad —dijo sin saludar, tirando los gemelos de plata sobre la mesa. Tintinearon como balas—. La casa es mía. El dinero es mío. El desastre es mío.

Se sirvió un whisky en la mesita auxiliar. No me ofreció uno.

—Ella parecía muy segura —dije. Mi voz sonó demasiado pequeña en la inmensidad de la habitación.

Declan se giró, vaso en mano.

—Thea siempre parece segura. Es su mecanismo de defensa. —Dio un trago largo—. ¿Qué más te dijo? Sé que hablasteis en el invernadero.

Era el momento.

Dejé el bisturí con el que estaba trabajando sobre la mesa. Me obligué a mantener el contacto visual, aunque sus ojos grises parecían querer atravesarme.

—Dijo que eres peligroso.

El silencio cayó sobre la biblioteca como una manta pesada. Declan no parpadeó. No se defendió. Simplemente se quedó allí, mirándome con esa quietud depredadora que había aprendido a reconocer.

—¿Y tú la crees?

—Dijo que consumes a la gente —continué, dando un paso hacia él. Necesitaba ver su reacción de cerca—. Dijo que Celeste pensaba que podía salvarte, y que mira dónde acabó.

La temperatura de la habitación pareció descender bajo cero.

Declan dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco. Caminó hacia mí. No corrió, no se apresuró. Simplemente devoró el espacio entre nosotros con zancadas largas y deliberadas.

—Celeste —dijo, su voz bajando a un susurro peligroso— estaba enferma, Sloane. Veía fantasmas donde no los había. Y Thea... Thea odia cualquier cosa que no pueda controlar.

—¿Y tú? —pregunté, con el corazón golpeándome la garganta—. ¿Tú qué odias, Declan?

Se detuvo a centímetros de mí. Podía oler el whisky en su aliento, mezclado con la menta y ese aroma a madera quemada que era puramente suyo.

—Yo odio —dijo, inclinándose hasta que su boca estuvo a la altura de mi oído— que me miren como si fuera un monstruo cuando estoy intentando ser un hombre.

Me estremecí.

—No te miro como a un monstruo.

—Sí, lo haces. —Su mano subió a mi garganta. No apretó. Solo apoyó el pulgar sobre mi pulso, que latía desbocado—. Lo veo en tus ojos. Tienes miedo. Estás temblando.

—Tengo frío —mentí.

—Mentirosa.

La palabra fue un latigazo. Pero no hubo ira en ella. Hubo deseo.

Declan me agarró de la cintura con su otra mano y me subió a la mesa de trabajo, apartando los libros y las herramientas con un barrido de su brazo. El sonido de los objetos cayendo al suelo fue violento, pero a ninguno de los dos nos importó.

—Tienes miedo de que Thea tenga razón —murmuró, metiéndose entre mis piernas. Sus muslos eran duros, sólidos contra los míos—. Tienes miedo de que te consuma.

—Declan... —Mi protesta murió en mi garganta cuando sus manos se metieron bajo mi blusa, tocando la piel desnuda de mi espalda.

Sus dedos eran fuego.

—Dime que pare —desafió, sus ojos clavados en los míos, oscuros y dilatados—. Dímelo, Sloane. Dime que me vaya y no te volveré a tocar. Te dejaré trabajar en paz con tus libros muertos.

Abrí la boca para decirlo. Para decir «para», «vete», «esto es una locura». Tenía la carta de Celeste en mi bota. Tenía las advertencias gritando en mi cerebro.

Pero mi cuerpo no escuchaba. Mi cuerpo se arqueó hacia él, buscando su calor, buscando esa presión que borraba el pensamiento racional.

—No pares —susurré.

La frialdad de Declan se rompió.

Me besó como si quisiera robarme el aire de los pulmones. No hubo dulzura esta vez. No hubo la vacilación del primer beso. Esto era posesión pura. Sus labios eran exigentes, sus dientes rozaron mi labio inferior, enviando una descarga eléctrica directa a mi centro.

Mis manos fueron a su camisa, arrancando los botones que quedaban. Necesitaba tocar piel. Necesitaba comprobar que era real, que no era el fantasma del diario.

—Eres mía —gruñó contra mi cuello, mordiendo suavemente la piel sensible bajo mi oreja—. Mientras estés en esta casa, eres mía.

—Sí —gemí, echando la cabeza hacia atrás.

«Eres mía, Celeste. Nadie más te ve».

La frase del diario cruzó mi mente por un segundo, pero la sensación de las manos de Declan subiendo por mis muslos la borró.

Me levantó, rodeando su cintura con mis piernas, y la fricción fue insoportable. Todo el miedo, toda la sospecha, se transmutó en una necesidad desesperada. Era química básica. Adrenalina y dopamina mezclándose en un cóctel letal.

Hicimos el amor allí mismo, sobre la mesa de roble, rodeados de libros que valían miles de dólares y ceniza que no valía nada.

Fue rápido. Fue sucio. Fue devastador.

Declan se movía con una intensidad que rozaba la violencia, pero cada vez que yo soltaba un sonido, él me besaba para ahogarlo, susurrando mi nombre como una oración o una maldición. Me hacía sentir el centro del universo. Me hacía sentir que si él me soltaba, yo dejaría de existir por falta de gravedad.

Cuando terminamos, ambos jadeando, con la ropa deshecha y la piel brillante de sudor, él no se apartó.

Apoyó la frente en mi hombro, respirando pesadamente. Sentí los latidos de su corazón contra mi pecho, rápidos, furiosos.

—No escuches a nadie —dijo, su voz ronca vibrando contra mi piel —. Solo escúchame a mí. Yo te protejo. Yo te mantengo a salvo.

Levanté la mano y acaricié su pelo húmedo. Mis dedos temblaban.

—Te creo —dije.

Y en ese momento, con las endorfinas inundando mi sistema y su peso anclándome a la tierra, era verdad.

Thea podía decir lo que quisiera. El diario podía decir lo que quisiera. Pero este hombre, este hombre que temblaba en mis brazos, me necesitaba. Y yo necesitaba ser necesitada con esta intensidad.

Había cruzado la línea. Ya no era la restauradora.

Ahora era parte del incendio.

CAPÍTULO 9

El olor a trementina tiene una cualidad engañosa. Es fuerte, penetrante, un aroma químico que debería ser desagradable, pero para cualquiera que haya sostenido un pincel con la intención de crear un mundo nuevo, huele a posibilidad. Huele a borrón y cuenta nueva.

Esa mañana, el estudio que Declan había montado para mí en el ala este de Blackwood Manor olía a eso: a un comienzo limpio.

Me aparté del caballete, limpiando mis manos en un trapo manchado de azul cerúleo y gris tormenta. Fuera, a través de los ventanales de suelo a techo que miraban al Pacífico, el cielo real imitaba los colores que yo intentaba capturar en el lienzo. Una masa de nubes de plomo rodaba sobre el océano, pesada y baja, prometiendo una de esas tormentas que hacían vibrar los cimientos de la casa.

Pero aquí dentro, la luz era perfecta. Artificial, blanca, calibrada para no mentir sobre los colores.

—Le falta algo —murmuré para mí misma, entrecerrando los ojos ante la pintura.

Era un paisaje marino, la vista desde el acantilado. Pero parecía... plano. Le faltaba la violencia que yo sentía cada vez que miraba el agua golpear las rocas negras abajo. Le faltaba el peligro.

—Le falta luz —dijo una voz a mi espalda.

No salté. En las últimas dos semanas, mi cuerpo había desarrollado un radar específico para Declan Vane. Sabía cuándo entraba en una

habitación por el cambio en la presión del aire, por la sutil carga eléctrica que parecía erizar el vello de mis brazos.

Me giré.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, sosteniendo dos tazas de café humeante. Llevaba esa ropa que se había convertido en su uniforme de «casa»: vaqueros oscuros gastados y un jersey de cachemir negro que suavizaba la dureza de sus hombros anchos. Parecía relajado, pero sus ojos, esos ojos grises que a veces me recordaban al humo y otras al acero, estaban fijos en mí con una intensidad que nunca disminuía.

—¿Luz? —pregunté, cruzándome de brazos. El gesto manchó un poco de pintura en mi manga, pero no me importó—. Es una tormenta, Declan. No hay luz.

Él entró en la habitación, caminando despacio, como si estuviera acercándose a un animal salvaje que no quería asustar. Me tendió una de las tazas.

—Siempre hay luz, Sloane. Incluso en las tormentas. —Se paró frente al lienzo, estudiándolo con una seriedad que me resultaba entrañable y aterradora a la vez. No miraba mi pintura como un aficionado; la miraba como si buscara un código oculto—. Aquí. —Señaló el centro del agua revuelta—. Donde rompe la ola. El agua no es gris ahí. Es blanca. Es espuma. Es energía liberándose. Si no pones ese blanco, solo es oscuridad. Y la oscuridad sin contraste es aburrida.

Tomé un sorbo de café. Estaba perfecto. Negro, fuerte, sin azúcar. Exactamente como me gustaba. El hecho de que él hubiera memorizado cómo tomaba el café después de solo dos semanas hizo que algo cálido se desenroscara en mi pecho.

—Eres un crítico duro para ser alguien que contrató a una restauradora para limpiar libros viejos —bromeé, pero me acerqué al lienzo, tomando la espátula.

Cargué el borde con blanco de titanio puro. Con un movimiento rápido, casi agresivo, rasgué la pintura húmeda en el centro de la ola gris. Una línea blanca, cruda, brillante.

Retrocedí.

El cuadro cambió. De repente, ya no era una mancha gris. Era un mar en movimiento. La violencia cobró vida gracias a ese único corte de luz.

Declan sonrió. No fue su sonrisa de «hombre de negocios», ni la sonrisa triste y rota que me había dado en la biblioteca el primer día. Fue una sonrisa de orgullo.

—Ves —susurró, acercándose a mí por detrás.

Sentí su pecho contra mi espalda. Sus brazos rodearon mi cintura, atrapándome suavemente. Apoyó la barbilla en mi hombro, respirando el aroma de mi cuello. Olía a jabón caro, a café y a él. Ese olor almizclado y amaderado que se había convertido en mi droga personal.

—Tienes talento, Sloane —dijo contra mi piel, enviando escalofríos por mi columna vertebral—. Tienes el talento de ver lo que está roto y saber exactamente dónde tocar para que tenga sentido otra vez.

Cerré los ojos, dejándome caer un poco contra él. Era tan sólido. Tan real.

—Solo es pintura —susurré, mi voz temblando ligeramente.

—No. —Sus brazos se apretaron—. Es visión. La mayoría de la gente mira esta casa y ve una ruina. Tú entraste y viste una biblioteca que podía salvarse. Me miraste a mí... —hizo una pausa, y sentí cómo su corazón golpeaba contra mi espalda, un ritmo fuerte y constante—... y no saliste corriendo.

—Thea dice que debería haberlo hecho —dije. Las palabras salieron antes de que pudiera filtrarlas.

La tensión en su cuerpo fue instantánea. No se apartó, pero sus músculos se endurecieron como piedra bajo mi contacto.

—Thea no ve —dijo, su voz bajando una octava, perdiendo toda la calidez—. Thea solo recuerda. Hay una diferencia. Ella vive en el pasado, revisando las cenizas una y otra vez buscando algo que ya no está. Tú y yo... nosotros estamos construyendo algo nuevo. ¿Verdad?

Me giré en sus brazos para mirarlo a la cara.

Estaba tan cerca que podía ver los pequeños flecos dorados en sus iris grises. Podía ver la necesidad desnuda en su expresión. No era solo deseo, aunque había mucho de eso. Era hambre. Un hambre existencial de ser validado, de ser perdonado, de ser amado a pesar de todo.

Era el mismo hambre que yo había sentido durante veinte años. El hambre de la niña que sobrevivió al incendio y se quedó sola en el mundo.

—Estamos construyendo algo nuevo —afirmé. Y en ese momento, lo creía. Quería creerlo con cada célula de mi cuerpo.

Declan me miró un segundo más, como si buscara cualquier rastro de duda en mis ojos. Al no encontrarlo (porque lo había enterrado muy hondo, bajo capas de negación y deseo), su expresión se suavizó.

Se inclinó y me besó.

Fue un beso lento, perezoso, que sabía a café y a mañana de domingo. Un beso doméstico. El tipo de beso que se dan las parejas que tienen todo el tiempo del mundo. Mientras sus labios se movían sobre los míos, mi mente racional, esa voz crítica que solía advertirme sobre los peligros, se quedó en silencio.

Se sentía tan bien. Se sentía tan seguro.

—Tengo que ir al pueblo un par de horas —murmuró contra mi boca, rompiendo el beso a regañadientes—. Reunión con los contratistas para el techo del ala oeste. ¿Estarás bien aquí?

—Tengo mucho trabajo —dije, acariciando su mejilla. La barba de un día raspaba mis dedos—. Libros que limpiar. Cuadros que pintar.

—Bien. —Me dio un beso rápido en la frente—. Volveré para la cena. Cocinaré yo. Pasta.

—¿Sabes cocinar?

—Sé hervir agua y abrir un bote de salsa de primera calidad. No esperes milagros.

Nos reímos. Fue un sonido ligero, fácil, que rebotó en las paredes del estudio.

Cuando salió de la habitación, me quedé mirando la puerta vacía con una sonrisa tonta en la cara.

Esto es real, pensé. Esto no es lo que decía Thea. Esto no es lo que decía el diario. Un monstruo no te trae café. Un monstruo no te mira con ese orgullo. Un monstruo no intenta arreglar el techo.

Volví al caballete, sintiéndome ligera, casi flotando.

Decidí que necesitaba más blanco. Más luz. Más esperanza en el lienzo.

Busqué en mi mesa de trabajo, pero mi tubo de blanco de titanio estaba casi vacío, estrujado hasta la última gota.

—Maldición —susurré.

Recordé que Declan había traído varias cajas de suministros el día anterior, compradas en una subasta de un estudio de arte en Seattle. Las había dejado apiladas en el rincón, cerca del armario de almacenamiento.

Caminé hacia allí. Las cajas eran de madera vieja, robustas, con cierres de latón. Me arrodillé en el suelo y abrí la primera.

El olor a aceite de linaza rancio y a polvo antiguo me golpeó.

Estaba llena de pinceles viejos, espátulas con mangos de madera manchados de mil colores y trapos endurecidos por el tiempo.

—Vamos, tiene que haber pintura... —murmuré, apartando los pinceles.

En el fondo de la caja, debajo de una paleta de madera agrietada, vi varios tubos de óleo. Winsor & Newton. Antiguos, de metal plomizo. Perfecto.

Estiré la mano para cogerlos.

Al levantar los tubos, algo se movió debajo. Un papel.

No era un papel cualquiera. No era una factura, ni una lista de la compra.

Era una hoja arrancada de un cuaderno de espiral. El borde superior estaba rasgado de forma irregular, con los flecos de papel todavía colgando de los agujeros.

Y el papel era azul pálido.

Mi corazón dio un vuelco doloroso, golpeando contra mis costillas como un pájaro atrapado en una jaula demasiado pequeña.

No.

Mis dedos se congelaron a centímetros del papel.

Habían pasado dos semanas. Dos semanas sin diarios. Dos semanas sin la voz fantasma de Celeste susurrándome al oído que mi novio perfecto era un carcelero. Había llegado a convencerme de que tal vez no había más notas. Que tal vez las cinco primeras eran producto de una mente enferma y paranoica, tal como Declan sugería.

Pero ahí estaba. Escondida en una caja de pinturas que Declan había traído ayer.

¿Cómo había llegado ahí? ¿Acaso Celeste escondía sus notas en los objetos que sabía que él conservaría? ¿O era casualidad? ¿Una broma cósmica macabra?

Déjalo, susurró mi instinto de conservación. Cierra la caja. Levántate. Vuelve a pintar tu mar con luz. Si lo lees, la luz se apagará.

Pero la curiosidad de Sloane Mercer, la restauradora, la mujer que necesitaba saber qué había debajo de la suciedad, ganó. Siempre

ganaba.

Tomé el papel.

Estaba doblado en cuatro. Lo desdoblé con manos que temblaban tanto que el papel crujió ruidosamente en el silencio del estudio.

Había un número en la esquina superior derecha. Un 12 rodeado de un círculo nervioso, trazado con tanta fuerza que el bolígrafo casi había perforado el papel.

Leí.

Octubre, 23.

Hoy el aire de la casa pesa. Pesa tanto que me cuesta expandir los pulmones. Es como si la presión atmosférica dentro de Blackwood Manor hubiera bajado de golpe, anunciando un huracán.

Declan volvió a casa tarde. Pasadas las diez. Entró por la puerta de la cocina, tratando de no hacer ruido. Yo estaba allí, sentada a oscuras, bebiendo un vaso de leche para la acidez (el bebé me está matando hoy).

Cuando me vio, saltó. Literalmente. Sus ojos se abrieron de par en par, blancos en la oscuridad, como los de un animal sorprendido por los faros de un coche.

—Celeste —dijo, y su voz sonó estrangulada—. ¿Qué haces aquí?

Me acerqué a él para darle un beso. Para olerlo, para asegurarme de que era él y no el fantasma en el que se está convirtiendo últimamente.

Y entonces lo olí.

No olía a su colonia de madera. No olía a la oficina estéril en la ciudad.

Olía a gasolina. Un olor acre, químico, picante. Le impregnaba la ropa, el pelo, las manos.

Retrocedí, tapándome la nariz. El olor me dio náuseas instantáneas.

—Declan, por Dios... apestas a gasolina.

Él se miró las manos. Sus dedos temblaban. Un temblor fino, constante, que intentó ocultar cerrando los puños.

—Se me derramó al repostar —dijo rápido. Demasiado rápido. Ni siquiera me miró a los ojos—. La manguera estaba defectuosa. Me manché el pantalón.

—¿A las diez de la noche? —pregunté—. ¿Dónde has estado? Llamé a tu oficina a las cinco. Susan dijo que no habías ido en todo el día. Dijo que cancelaste todas tus reuniones.

El silencio que siguió fue terrible. Declan levantó la vista y me miró. Y por un segundo, no vi a mi marido. Vi a un extraño. Un extraño que estaba calculando. Evaluando cuánto sabía yo, cuánto podía mentir.

—Estuve conduciendo —dijo finalmente. Su voz se volvió fría, defensiva—. Necesitaba pensar. La presión del trabajo... tú no lo entiendes, Celeste. Todo recae sobre mí.

—¿Y por eso hueles a combustible? ¿Por pensar?

Él dio un paso hacia mí. Yo di un paso atrás, chocando contra la encimera.

—Deja de interrogarme —susurró. No gritó, lo cual fue peor—. Deja de buscar grietas donde no las hay. Estuve conduciendo. Repostó gasolina. Me manché. Fin de la historia. Me voy a duchar.

Subió las escaleras sin mirarme más. Pero yo me quedé allí, en la cocina, con el olor a gasolina flotando en el aire como un veneno.

Sé que miente. Miente sobre cosas pequeñas. Miente sobre dónde está. Y si miente sobre eso... ¿qué más es mentira?

A veces pienso que está construyendo una jaula con sus mentiras, barrote a barrote, y que un día cerrará la puerta y tirará la llave.

Tengo miedo, diario. No de que tenga una amante. Tengo miedo de lo que hace cuando «necesita pensar». Tengo miedo del fuego que veo en sus ojos cuando cree que nadie le mira.

Dejé caer la mano que sostenía la nota sobre mi regazo.

Miré por la ventana. El mar seguía allí, rompiendo contra las rocas. El trazo de pintura blanca que yo había añadido brillaba con una pureza burlona.

Octubre, 23.

La fecha parpadeaba en mi mente como un letrero de neón rojo.

Mi memoria, entrenada para catalogar fechas de manuscritos y épocas artísticas, empezó a trabajar a toda velocidad. Octubre 23. Esa fecha significaba algo. No para mí, sino para la cronología del incendio.

Me levanté del suelo, ignorando el dolor en mis rodillas. Dejé la nota sobre la mesa y saqué mi teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros. Mis dedos estaban fríos y torpes sobre la pantalla táctil.

Busqué: «Noticias locales Condado de King, 23 de Octubre incendio».

La barra de carga avanzó con una lentitud agonizante, culpa de la mala cobertura en el acantilado.

Aparecieron los resultados.

La mayoría eran irrelevantes. Noticias sobre el festival de la calabaza. Un accidente de tráfico menor.

Pero el tercer enlace me heló la sangre.

Era del Heraldo de Port Angels, el periódico del pueblo vecino.

«INCENDIO SOSPECHOSO EN ALMACÉN DE MADERA CONTROLADO A TIEMPO.»

Hice clic en el enlace.

«Los bomberos respondieron a una llamada a las 21:30 horas en el viejo almacén maderero de la calle Elm. El fuego, que se originó en un montón de palets empapados en acelerante, fue sofocado antes de que pudieran extenderse a las viviendas colindantes. No hubo heridos, pero el jefe de bomberos ha declarado que se encontraron restos de gasolina en la escena. La policía está investigando el incidente como provocado.»

21:30 horas.

Celeste escribió que Declan llegó pasadas las diez. Oliendo a gasolina.

Miré la hora en mi teléfono. Eran las once de la mañana. Declan no volvería hasta la noche.

Tenía que saberlo. Tenía que estar segura antes de que la paranoia me comiera viva.

Salí del estudio corriendo, bajando las escaleras principales de dos en dos. La casa, que esta mañana me había parecido un hogar en construcción, ahora volvía a parecer una garganta negra lista para tragarme.

Fui al garaje.

Sabía que Declan se había llevado el sedán negro. Pero sus coches de colección seguían allí.

Levanté la lona del Mustang del 67. El coche que Declan amaba más que a nada. El coche que solo sacaba para ocasiones especiales... o para «conducir y pensar».

El metal estaba frío.

Abrí la puerta del conductor. El interior olía a cuero viejo y a polvo.

Me incliné sobre el asiento, revisando la guantera. Papeles del seguro. Un mapa de carreteras antiguo. Nada.

Miré el suelo del coche, la alfombrilla del conductor.

Estaba limpia. Aspirada.

Pero entonces, vi algo en el hueco entre el asiento y la puerta. Una pequeña tarjeta de cartón, caída y olvidada.

La pesqué con dos dedos.

Era un ticket de aparcamiento. De un parking público en el pueblo vecino.

La fecha: 23 de Octubre.

La hora de entrada: 19:00.

La hora de salida: 21:15.

El parking estaba en la calle Oak. A dos manzanas de la calle Elm, donde estaba el almacén quemado.

Me dejé caer en el asiento del conductor del coche de Declan, sintiendo cómo el aire abandonaba mis pulmones.

No estaba en la oficina. No estaba simplemente «conduciendo».

Estaba aparcado a dos manzanas de un incendio provocado, quince minutos antes de que empezaran las llamas. Y volvió a casa oliendo a gasolina.

«¿Por qué miente sobre cosas pequeñas?»

No era una cosa pequeña, Celeste. Dios mío, no era pequeño en absoluto.

Un pirómano.

La palabra era demasiado grande, demasiado terrible para encajarla con la imagen del hombre que me había besado la frente hace una hora. Declan, que acariciaba libros viejos con reverencia. Declan, que había construido un estudio de arte para mí porque quería que creara luz.

¿Era posible que la misma mano que sostenía mi cara con tanta ternura fuera la mano que derramaba gasolina sobre unos palets viejos?

Sí, susurró una voz oscura en mi cabeza. El fuego es pasión. Y Declan es todo pasión.

Recordé lo que me había dicho en la cena: «Yo preparé el escenario».

¿Y si no hablaba metafóricamente? ¿Y si el incendio de Blackwood Manor no fue el primero? ¿Y si era una escalada? Los pirómanos suelen empezar con cosas pequeñas. Almacenes. Basura. Y luego... luego quieren ver arder lo que aman.

Me abracé a mí misma en el asiento de cuero frío, sintiendo una náusea profunda.

Debería irme. Debería hacer la maleta ahora mismo, subirme a mi furgoneta y no mirar atrás. Llevar esta nota y el ticket a la policía.

Pero entonces pensé en sus ojos esta mañana. En su voz diciendo: «Tú y yo estamos construyendo algo nuevo».

¿Y si había una explicación? ¿Y si estaba allí por otra razón? ¿Y si el olor a gasolina era real, un accidente al repostar, y la coincidencia del incendio era solo eso, una maldita coincidencia?

Si me iba ahora, nunca sabría la verdad. Y si me equivocaba... si lo abandonaba por una sospecha basada en las divagaciones de una mujer muerta y un ticket de parking... destruiría al único hombre que me había hecho sentir viva en años.

Pero si me quedaba...

Miré hacia la casa a través del parabrisas del garaje. Las ventanas tapiadas parecían ojos vendados.

Si me quedaba, tenía que estar segura. Tenía que probarlo.

Esa noche, cuando él volviera, no sería la amante dócil. Sería la restauradora. Examinaría cada palabra, cada gesto, cada olor, buscando la grieta en su estructura.

Salí del coche, guardando el ticket en mi bolsillo junto a la nota del diario.

El «borrón y cuenta nueva» del estudio de arte se había manchado. Ahora todo el lienzo estaba salpicado de gris. Y tenía la terrible sensación de que, por mucho blanco de titanio que usara, esa mancha no iba a desaparecer.

Iba a crecer.

Volví a la casa, sintiendo que entraba en la boca del lobo por voluntad propia. Porque la verdad, descubrí en ese momento, era más adictiva que la seguridad. Y yo necesitaba saber si estaba

durmiendo con un héroe trágico o con el monstruo que vivía debajo de mi cama.

Notas de Corrección Ortotipográfica (Bloque 2):

Unificación de pensamientos: Se mantiene el uso de *cursiva* para los pensamientos internos de Sloane.

Diario y Notas: Se ha mantenido el formato de bloque en *cursiva* para las entradas del diario de Celeste, diferenciándolas claramente de la narración principal.

Títulos y Marcas: Se ha puesto en cursiva el nombre del periódico (*Heraldo de Port Angels*) y de la marca de materiales de arte (*Winsor & Newton*) cuando actúan como nombres propios destacados.

Puntuación en diálogos: Se revisó la puntuación en los incisos de diálogo para asegurar el uso correcto de la raya (—) y los verbos de habla.

PREGUNTA CLAVE: He finalizado la revisión de este bloque. ¿Me autorizas a proceder con el siguiente bloque de 5 capítulos (Capítulos 10 al 14)?

CAPÍTULO 10

Hay un tipo específico de silencio que se instala en un coche cuando conduces hacia una verdad que no quieres encontrar. No es paz. Es la ausencia de ruido, como si el mundo contuviera la respiración antes del impacto.

Mi vieja furgoneta traqueteaba por la carretera costera, luchando contra el viento que soplaba desde el Pacífico. A mi derecha, el mar era una masa gris y furiosa. A mi izquierda, los árboles se inclinaban como si intentaran huir de algo.

Miré el asiento del copiloto. Allí, inocente y terrible, descansaba el ticket de aparcamiento que había encontrado en el coche de Declan.

Calle Oak, Port Angels. 23 de octubre. 19:00 - 21:15.

Había mentido a Declan. Le había enviado un mensaje de texto diciéndole que necesitaba ir al pueblo a comprar un tipo específico de barniz que se me había terminado.

«Ten cuidado», había respondido él casi al instante. «Las carreteras están mal. Llámame cuando llegues».

Su preocupación, que ayer me habría parecido un abrazo cálido, hoy se sentía como un grillete. ¿Me decía que tuviera cuidado porque le importaba, o porque quería saber exactamente dónde estaba y cuánto tardaría en volver?

Apreté el volante hasta que mis nudillos protestaron.

Para, Sloane. Estás dejando que la paranoia conduzca.

Pero no era paranoia si tenías pruebas, ¿verdad?

Llegué a Port Angels cuarenta minutos después. Era un pueblo pesquero que se había reconvertido a medias en destino turístico, con tiendas de antigüedades y cafeterías «artesanales» intercaladas entre bares de marineros y almacenes vacíos.

Aparqué en la calle principal. La lluvia caía en una llovizna fina y molesta que calaba hasta los huesos.

Mi destino no era la ferretería. Era la biblioteca pública.

El edificio era de ladrillo rojo, antiguo y sólido. Olía a papel viejo y a calefacción demasiado alta, un olor que normalmente me reconfortaba, pero que hoy me revolvía el estómago.

Me dirigí al mostrador de información. La bibliotecaria, una mujer con gafas de montura roja y un jersey de lana que parecía tejido por ella misma, me sonrió.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco periódicos locales —dije. Mi voz sonó un poco ronca—. De octubre y noviembre del año pasado. Específicamente el Heraldo de Port Angels.

—Ah, la hemeroteca. —Señaló hacia una sala al fondo—. Tenemos los últimos seis meses en físico todavía, no los hemos digitalizado todos. Están en los archivadores grises.

—Gracias.

Caminé hacia la sala. Mis botas hacían un sonido demasiado fuerte en el suelo de linóleo. Toc. Toc. Toc. Como un juez golpeando el mazo.

La sala estaba vacía. Solo había una mesa larga de madera y filas de archivadores metálicos.

Busqué el cajón marcado como «Octubre - Diciembre». Se abrió con un chirrido metálico que me hizo apretar los dientes.

Allí estaban. Los periódicos. La historia diaria de un pueblo donde nunca pasaba nada... hasta que pasaba.

Saqué la pila de octubre. Mis manos, enguantadas con mis guantes de conducción de cuero negro, parecían las manos de un ladrón.

Busqué el día 24. La noticia del incendio habría salido al día siguiente.

Pasé las páginas. Festival de la Calabaza: Un éxito rotundo. El equipo local gana el campeonato regional. Venta de garaje benéfica.

Y ahí, en la página cuatro, en la sección de Sucesos.

«CONATO DE INCENDIO EN EL VIEJO ALMACÉN MADERERO.»

No había foto del incendio. Solo un texto breve.

«La rápida intervención de los bomberos evitó una tragedia mayor anoche en la calle Elm. El fuego, que se sospecha fue provocado, se inició en la parte trasera del edificio abandonado...»

Leí el artículo dos veces. «Sospecha de provocado». «Restos de acelerante».

Bien. Eso confirmaba la noticia de internet. Pero no me daba nada nuevo. Necesitaba ver a Declan. Necesitaba situarlo allí.

Recordé el ticket. El parking de la calle Oak.

Si Declan estuvo allí dos horas... ¿qué hizo durante dos horas? No se tarda dos horas en prender fuego a unos palets. Se tarda dos minutos.

Volví a la pila de periódicos. Busqué el día 23. El día del incendio.

Quizás había algún evento. Quizás había una razón legítima para que un multimillonario estuviera en un pueblo obrero un martes por la noche.

Revisé el periódico de tapa a tapa. Nada. No había inauguraciones de galerías. No había cenas benéficas.

Estaba a punto de cerrar el periódico, frustrada, cuando algo captó mi atención en la sección de «Opinión y Comunidad».

Era un artículo sobre las protestas contra la gentrificación del barrio del puerto. «Vecinos se movilizan contra el nuevo desarrollo de

lujo», decía el titular.

Había una foto. Una foto granulada, en blanco y negro, tomada con poca luz. Mostraba a un grupo de personas con pancartas frente a un edificio de apartamentos antiguo, de esos de ladrillo visto y escaleras de incendios oxidadas.

Mis ojos recorrieron la multitud. Rostros enfadados. Bocas abiertas gritando consignas.

Y entonces, al fondo. Lejos del foco de la acción.

Había un coche.

Era solo una esquina del parachoques y una aleta delantera. Pero la forma era inconfundible para cualquiera que hubiera pasado las últimas dos semanas viviendo con un coleccionista de coches. La curva agresiva del faro. El brillo del cromo incluso en la foto en blanco y negro.

Un Mustang del 67.

Y apoyado en el capó, una figura oscura.

La foto estaba borrosa. La cara de la figura estaba en sombras, vuelta hacia el edificio de apartamentos, no hacia la protesta. Llevaba una chaqueta larga. Tenía el pelo oscuro, un poco largo, movido por el viento.

Saqué mi teléfono y le hice una foto a la página del periódico. Luego, amplié la imagen en mi pantalla tanto como pude, hasta que los píxeles se rompieron.

La postura. Hombros anchos, manos metidas en los bolsillos, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

Era él.

Era Declan.

Miré el pie de foto. «Protesta en la calle Oak, frente a los Apartamentos Riverside, 19:30 horas.»

Calle Oak. La misma calle del parking.

¿Qué estaba mirando? No miraba a los manifestantes. Miraba hacia las ventanas del segundo piso del edificio.

Los Apartamentos Riverside.

El nombre hizo eco en mi memoria. ¿Dónde había oído eso antes?

Thea.

La primera vez que Thea vino a la mansión, cuando discutieron en el vestíbulo. Habían hablado de propiedades. De inversiones.

Y luego, en el invernadero, Thea había mencionado algo más.

«Celeste estaba obsesionada con esa chica. La vecina. La que vivía en los apartamentos del puerto».

La exnovia.

Mi sangre se heló.

Celeste creía que Declan tenía una aventura. O que estaba obsesionado con una ex.

Y aquí estaba Declan. El 23 de octubre. Dos semanas antes de la muerte de Celeste. Parado frente al edificio de la supuesta «otra mujer», mientras su esposa embarazada le esperaba en casa.

Y dos horas después... un incendio estalla a dos manzanas de allí.

¿Fue una advertencia? ¿Fue una distracción? ¿O fue un intento fallido de algo peor?

Cerré el periódico con demasiada fuerza. El sonido resonó en la sala vacía.

Me sentí sucia. Me sentí cómplice.

Había estado durmiendo con él. Había dejado que me tocara, que me besara, que me hiciera sentir especial. Y todo el tiempo, él era esto. Un hombre que acechaba en las sombras. Un hombre que olía a gasolina y mentiras.

Me levanté. Tenía que ir a la calle Oak. Tenía que ver el edificio.

La lluvia había arreciado cuando salí de la biblioteca. El cielo era de un gris pizarra uniforme, opresivo.

Conduje hasta la zona del puerto. Era un barrio deprimido, con almacenes cerrados y edificios residenciales que habían visto tiempos mejores.

Encontré los Apartamentos Riverside. Eran tal como salían en la foto, solo que ahora, en color, se veían aún más tristes. Ladrillo rojo oscurecido por el hollín y la humedad. Ropa tendida en los balcones bajo plásticos para protegerla de la lluvia.

Aparqué enfrente, en el mismo lugar donde debía haber estado el Mustang de Declan.

Miré hacia arriba. Segundo piso.

No sabía qué ventana era. No sabía si la mujer seguía viviendo allí.

Pero sabía que Declan había estado aquí.

Bajé la ventanilla un poco para que entrara aire fresco. El olor del mar se mezclaba con el olor a basura mojada y gasoil de los barcos.

Saqué el ticket de aparcamiento de mi bolsillo y lo sostuve contra el volante. Lo miré. Miré el edificio.

Fue entonces cuando vi el cartel.

Estaba pegado en la puerta de cristal del portal del edificio. Un cartel amarillo brillante, nuevo.

SE ALQUILA. GESTIONADO POR VANE HOLDINGS.

Vane Holdings.

La empresa de Declan.

Parpadeé, confundida. Declan era el dueño del edificio.

Si era el dueño... ¿por qué aparcó en un parking público y se quedó fuera mirando? Podría haber entrado. Podría tener las llaves.

A menos que no quisiera ser visto entrando. A menos que estuviera vigilando a alguien que no sabía que él estaba allí.

Mi teléfono vibró en el asiento del copiloto, sobresaltándome.

El nombre en la pantalla hizo que mi corazón saltara.

Declan.

Lo miré durante tres timbres, incapaz de moverme. Me sentía vigilada. Miré a mi alrededor, a los callejones oscuros, a las ventanas vacías. Sabía que era irracional. Él estaba en la mansión, a kilómetros de distancia.

Pero su presencia era tan grande que parecía llenar todo el condado.

Contesté al cuarto timbre.

—¿Sí? —Mi voz sonó culpable.

—Sloane. —Su voz era grave, cálida. La voz que me susurraba al oído por las noches—. Me tenías preocupado. Hace dos horas que te fuiste y no has llamado.

—Lo siento —dije, mirando el edificio de ladrillo rojo—. Me entretuve. La ferretería estaba... llena.

—¿Llena? ¿Un martes por la mañana con tormenta?

Hubo una pausa. Una de esas pausas microscópicas donde se decide la confianza.

—Había una gotera en el techo —improvisé rápido—. Estaban moviendo estanterías. Tuve que esperar.

—Entiendo. —Su tono no cambió, pero algo en la frecuencia de su voz se tensó. ¿Me creía? ¿O sabía que estaba mintiendo igual que yo sabía que él mentía?—. ¿Has conseguido el barniz?

—Sí. Ya vuelvo.

—Bien. Ten cuidado en la carretera de la costa. Hay niebla. —Hizo una pausa—. Te echo de menos. La casa está demasiado silenciosa sin ti.

La frase debería haber sido romántica. Pero aquí, frente al edificio que él poseía y vigilaba, sonó como una amenaza. La casa está silenciosa. Estoy solo. Te estoy esperando.

—Yo también... tengo ganas de volver —mentí. O tal vez no mentí del todo. Tenía ganas de volver para confrontarlo. O para seguir investigando.

—Te esperaré con el fuego encendido —dijo.

Colgó.

Me quedé mirando el teléfono negro. «Con el fuego encendido».

Arranqué la furgoneta.

Mientras conducía de vuelta, alejándome del puerto y subiendo hacia los acantilados donde Blackwood Manor se alzaba como un rey oscuro sobre su trono de piedra, me di cuenta de que mi percepción había cambiado irrevocablemente.

Ya no veía el paisaje dramático y romántico que me había cautivado hace dos semanas.

Veía trampas.

La carretera curva era una trampa mortal. El acantilado era una caída sin retorno. Y la casa... la casa era la jaula más bonita del mundo.

Llegué a la verja de entrada media hora después. La niebla que Declan había predicho estaba empezando a subir desde el mar, envolviendo los bajos de la mansión en un algodón blanco y fantasmal.

Aparqué la furgoneta.

Antes de bajar, saqué el ticket de aparcamiento y la foto que había hecho del periódico. Los metí en mi carpeta de trabajo, entre bocetos y facturas, bien al fondo.

Respiré hondo. Actúa normal, Sloane. Eres una restauradora. Estás aquí por trabajo. Él es tu cliente y tu amante. Nada ha cambiado hasta que tú digas que ha cambiado.

Bajé del coche y caminé hacia la puerta principal.

Se abrió antes de que pudiera sacar mi llave.

Declan estaba allí.

Llevaba un jersey de cuello alto color carbón y pantalones negros. Su pelo estaba un poco húmedo, como si acabara de ducharse.

—Bienvenida a casa —dijo.

Extendió la mano para tomar mi bolso.

Me obligué a no retroceder. Me obligué a sonreír.

—Hola.

Él se inclinó para besarme.

Olía a jabón. A menta.

Pero mientras sus labios tocaban los míos, contuve la respiración. Busqué, con una desesperación casi patológica, el olor a gasolina.

No estaba.

Pero eso no significaba que no hubiera estado allí. Solo significaba que se había lavado mejor esta vez.

—Estás helada —dijo, separándose y tomándome las manos. Me frotó los nudillos con sus pulgares—. Ven. He encendido la chimenea en la biblioteca. Tengo el vino abierto.

Me dejé guiar hacia el interior de la casa.

La biblioteca estaba, efectivamente, cálida. El fuego rugía en la chimenea de piedra, proyectando sombras danzantes sobre las estanterías de libros quemados y los que yo había restaurado.

Era una escena acogedora.

Pero mientras Declan me servía una copa de vino tinto —del color de la sangre, pensé estúpidamente—, no pude evitar mirar hacia la esquina donde había encontrado el relicario fundido. Y luego hacia la mesa donde habíamos hecho el amor.

Todo en esta habitación estaba manchado.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó Declan, dándome la copa.

Me miró a los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas.

—Sí —dije, tomando un sorbo para calmar mis nervios—. Lo encontré.

—Me alegro. —Se sentó en su sillón de cuero, estirando las piernas largas hacia el fuego—. Odio cuando las cosas se pierden. O cuando no están donde deberían estar.

Me senté frente a él.

—Declan —empecé. Tenía que probar el terreno. Tenía que lanzar una piedra y ver si salpicaba—. En el pueblo... vi algo curioso.

Él no apartó la vista del fuego.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Un edificio antiguo en el puerto. Los Apartamentos Riverside. Tenía un cartel de tu empresa. No sabía que tenías propiedades allí.

Declan se quedó inmóvil. Fue solo un instante. Un parpadeo que duró una fracción de segundo más de lo normal.

Luego, giró la cabeza lentamente hacia mí. Su expresión era de una calma absoluta, casi aburrida.

—Vane Holdings tiene propiedades en todo el estado, Sloane. Edificios comerciales, residenciales, terrenos... A veces olvido lo que tenemos. ¿Por qué te llamó la atención?

—Parecía... fuera de lugar. —Elegí mis palabras con cuidado—. Es un barrio bastante degradado para tu estilo.

Declan sonrió. Pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—El valor no siempre está en la superficie, querida. A veces, hay que mirar el potencial de lo que podría ser si se derriba lo viejo y se construye algo nuevo. —Dio un trago a su vino—. Gentrificación, lo llaman. Yo lo llamo progreso.

—¿Y los inquilinos? —pregunté—. Había ropa tendida. Gente viviendo allí.

Declan se encogió de hombros.

—Los contratos vencen. La gente se muda. Es el ciclo de la vida inmobiliaria.

Hablaba con tanta frialdad. Con tanta distancia. Como si las personas fueran solo números en una hoja de cálculo.

Recordé la foto. Él mirando el edificio.

—¿Ibas mucho por allí? —presioné.

Esta vez, Declan me miró directamente. Y vi el cambio. Vi cómo la temperatura de la habitación bajaba. Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—¿Por qué tantas preguntas sobre un edificio barato, Sloane?

—Curiosidad —dije, intentando mantener la voz ligera—. Soy restauradora. Me gustan los edificios viejos.

Declan sostuvo mi mirada durante un largo e incómodo momento. Sentí que me estaba escaneando, buscando la mentira, buscando la grieta en mi fachada.

—Nunca voy por allí —dijo finalmente. Su voz era suave, pero firme —. Es una zona peligrosa. No tengo motivos para pisar esas calles.

Mentira.

El ticket de aparcamiento quemaba en mi memoria. Calle Oak. 19:00.

Había estado allí. Y ahora me estaba mintiendo a la cara, sin pestañear, con la misma facilidad con la que respiraba.

—Entiendo —dije, bajando la mirada a mi copa.

—Sloane.

Me llamó con ese tono imperativo que usaba a veces.

Levanté la vista.

Declan se inclinó hacia delante, los codos en las rodillas, la copa colgando peligrosamente de sus dedos.

—No me gusta que vayas a zonas peligrosas. —Su voz era baja, casi un ronroneo—. Quiero que estés segura. Aquí. Conmigo. Prométeme que no volverás a ese barrio sola.

No era una petición de seguridad. Era una delimitación de territorio. No vayas donde no puedo controlarte. No vayas donde dejé mis huellas.

—Te lo prometo —mentí de nuevo.

Declan sonrió, satisfecho.

—Buena chica.

Se recostó, volviendo a mirar el fuego.

—Mañana iremos a cenar fuera —dijo, cambiando de tema como si nada hubiera pasado—. Hay un restaurante nuevo en el acantilado norte. Quiero que te pongas ese vestido azul. El que te queda tan bien.

Asentí, muda.

Miré el fuego crepitar en la chimenea. Las llamas naranjas y azules bailaban, consumiendo la madera, convirtiéndola en ceniza y humo.

Declan miraba el fuego con una fascinación hipnótica. Veía el reflejo de las llamas en sus ojos.

Y por primera vez, no vi al hombre atormentado que buscaba redención.

Vi al hombre que había estado parado en la oscuridad, mirando un edificio lleno de gente, quince minutos antes de que un almacén cercano estallara en llamas.

Vi al hombre que pensaba que la gente se podía mover como piezas de ajedrez.

Vi al pirómano.

Y estaba sentada en su salón, bebiendo su vino, atrapada en su casa, mientras la niebla cerraba todas las salidas.

Bebí el resto del vino de un trago. Sabía a sangre.

Tendría que ser más lista. Tendría que ser más rápida.

Porque si Declan Vane decidía que yo era un estorbo para su «progreso»... no dudaba de que yo también acabaría convertida en ceniza.

CAPÍTULO 11

Hay un momento específico en toda tormenta, justo antes de que el cielo se rompa, en el que el aire se vuelve de un color extraño. Verde enfermo. Amarillo hematoma. Es una luz que no pertenece a este mundo, una advertencia estática que eriza el vello de los brazos y hace que los animales busquen refugio.

Blackwood Manor estaba bañada en esa luz cuando desperté al día siguiente.

La cena en el restaurante del acantilado norte había sido un teatro macabro. Declan había estado encantador, atento, perfecto. Yo había llevado el vestido azul. Me había reído en los momentos adecuados. Había dejado que me tocara la mano sobre el mantel blanco. Y todo el tiempo, el ticket de aparcamiento ardía en el bolsillo interior de mi abrigo, colgado en el guardarropa.

Habíamos vuelto a casa en silencio, un silencio que él interpretó como cansancio y yo como la única forma de no gritar.

Ahora, a la mañana siguiente, la casa se sentía diferente.

Ya no era el santuario gótico que yo estaba curando. Se sentía como un organismo vivo que retenía la respiración.

Bajé las escaleras hacia la cocina. Declan no estaba. Había dejado una nota en la isla de granito: «Reunión con los abogados. Vuelvo antes de que empiece la lluvia. Te quiero».

Te quiero.

Las dos palabras estaban escritas con esa misma caligrafía afilada que había llenado las páginas del diario de Celeste. La misma mano que escribía cartas de amor escribía sobre posesión y miedo.

Arrugué la nota y la tiré a la basura.

Necesitaba café. Necesitaba cafeína para que mi cerebro dejara de girar en círculos obsesivos alrededor de la calle Oak y el olor a gasolina.

Mientras el café goteaba en la jarra, el teléfono fijo de la casa empezó a sonar.

Era un sonido estridente, antiguo. Un repiqueteo mecánico que resonó en el vestíbulo de techos altos como una alarma de incendio.

Lo dejé sonar. No era mi casa. No era mi teléfono.

Riiing. Riiing. Riiing.

Cuatro veces. Cinco.

Saltó el contestador automático.

—Declan, coge el maldito teléfono.

La voz de Thea llenó la cocina, distorsionada por la grabación pero inconfundiblemente furiosa.

Me quedé inmóvil, con la taza vacía en la mano.

—Sé que estás ahí. O que escucharás esto. He recibido la notificación del banco. ¿Crees que soy estúpida? Sé que estás moviendo el dinero de las cuentas conjuntas del fideicomiso. Estás liquidando activos.

Mi respiración se detuvo. ¿Liquidando activos? Eso es lo que hace la gente cuando planea huir. O cuando necesita pagar algo muy grande y muy ilegal.

—Si intentas comprar mi silencio, te juro por la memoria de papá que iré a la policía —continuó Thea. Su voz se quebró, perdiendo la furia y dejando ver el miedo—. Iré con lo que encontré en el

cobertizo de jardinería, Declan. Tengo la lata. Todavía tiene tus huellas. No me obligues a hacerlo.

Click.

El mensaje terminó. El silencio volvió a la cocina, más denso y pesado que antes.

«Lo que encontré en el cobertizo... Tengo la lata... Todavía tiene tus huellas».

Lata. Gasolina.

Sentí que el suelo se inclinaba bajo mis pies.

Thea tenía pruebas físicas. No solo sospechas. No solo un diario de una mujer inestable. Tenía una lata con huellas.

Miré el teléfono. Una luz roja parpadeaba rítmicamente, indicando un mensaje nuevo.

Un mensaje que Declan escucharía en cuanto entrara por la puerta.

Si Declan escuchaba eso... sabría que Thea iba a ir a la policía. Sabría que estaba acorralado.

¿Qué hace un animal acorralado? Ataca.

Recordé la frase del diario: «Él lo quema todo».

Si Declan se sentía amenazado, si sentía que su mundo se desmoronaba... ¿qué haría? ¿Huiría? ¿Intentaría silenciar a Thea? ¿Quemar la casa para destruir cualquier otra evidencia?

Y yo estaba aquí dentro.

Mi deber cívico, mi deber moral, era dejar ese mensaje ahí. Dejar que las piezas cayeran donde tuvieran que caer. O mejor, llamar a Thea yo misma. Decirle que tenía un ticket de aparcamiento que coincidía con sus sospechas.

Caminé hacia el teléfono como si fuera una bomba sin detonar.

Levanté la mano. Mis dedos temblaban.

Pensé en Declan anoche. En cómo me había mirado a través de la mesa, con esa mezcla de devoción y desesperación. «Eres lo más sólido que ha entrado en esta casa».

Pensé en la soledad de mi apartamento en Seattle. En el frío de mi vida antes de él.

Pensé en lo que pasaría si la policía venía. Se lo llevarían. Lo encerrarían. Blackwood Manor se quedaría vacía, una ruina sin terminar. Y yo volvería a ser la chica de las cicatrices que arregla cosas rotas en un sótano.

—Dios, perdóname —susurré.

Pulsé el botón de Borrar.

«Mensaje borrado», dijo la voz robótica del contestador.

La luz roja dejó de parpadear.

Me quedé mirando el aparato, sintiendo una náusea profunda y caliente en el estómago. Acababa de convertirme en cómplice. Acababa de proteger a un posible criminal.

¿Por qué?

Porque quería tiempo. Esa fue la mentira que me dije. Quiero tiempo para averiguar la verdad yo misma. Quiero estar segura antes de que Thea destruya su vida por celos.

Pero en el fondo, sabía la verdad. Lo había borrado porque tenía miedo de que, si Declan escuchaba el mensaje, la fantasía terminaría. Y yo no estaba lista para despertar.

La tormenta estalló a media tarde.

No fue una lluvia gradual. Fue un diluvio bíblico que golpeó la casa con la fuerza de un mazo. El viento aullaba alrededor de los aleros, haciendo traquetear las ventanas tapiadas como si hubiera cien manos intentando entrar.

Me refugié en la biblioteca. Era la habitación más sólida, el corazón de la casa. Encendí todas las lámparas, tratando de combatir la

oscuridad prematura que había caído sobre nosotros a las tres de la tarde.

Estaba intentando reintegrar una página suelta en un volumen de historia local, pero mis manos eran inútiles. El pegamento no se secaba por la humedad. El papel se curvaba.

Escuché la puerta principal abrirse y cerrarse de golpe, luchando contra el viento.

—¡Sloane!

La voz de Declan retumbó en el vestíbulo.

—¡Aquí! —grité de vuelta.

Apareció en la puerta de la biblioteca un momento después. Estaba empapado. El agua le caía del pelo negro, pegándole la camisa al cuerpo como una segunda piel. Parecía salvaje. Eléctrico.

—Maldito clima —gruñó, pasándose una mano por la cara mojada—. La carretera está casi cortada. He tenido que dejar el coche abajo y subir corriendo el último tramo. Un árbol ha caído sobre la verja.

Se acercó a la chimenea, donde yo había mantenido un fuego bajo, y se agachó, extendiendo las manos hacia las llamas. Temblaba.

—¿Estás bien? —pregunté, quedándome detrás de mi mesa de trabajo, usándola como escudo.

—Han congelado las cuentas —dijo sin mirarme.

Mi corazón dio un vuelco. Thea. Thea había cumplido parte de su amenaza.

—¿Qué? ¿Por qué?

Declan soltó una risa áspera, mirando el fuego.

—«Irregularidades». Eso dicen los del banco. Dicen que hay movimientos sospechosos. —Se puso de pie de golpe y pateó uno de los leños. Las chispas volaron—. Es ella. Es Thea. Está intentando asfixiarme financieramente para que venda la casa.

Se giró hacia mí. Sus ojos eran pozos negros de furia y pánico.

—¿Ha llamado? —pregunté—. ¿Ha llamado a casa hoy?

El aire se congeló en mis pulmones.

Recordé el botón de Borrar. La luz roja apagándose.

—No —dije. La mentira salió suave, fácil. Demasiado fácil—. El teléfono no ha sonado en todo el día.

Declan exhaló un suspiro largo y tembloroso. Sus hombros bajaron un poco.

—Bien. Mejor. Si la escucho ahora mismo... no sé de qué sería capaz.

Caminó hacia el mueble bar, se sirvió un whisky sin hielo y se lo bebió de un trago. Luego se sirvió otro.

—Declan, no creo que beber ayude —aventuré.

—Ayuda a callar el ruido —dijo, golpeándose la sien con un dedo—. El ruido aquí dentro. —Me miró, y su expresión se suavizó un poco, volviéndose suplicante—. Ven aquí. Por favor. Deja de trabajar. El mundo se está cayendo a pedazos fuera, no necesito que salves un libro hoy. Necesito que me salves a mí.

Salí de detrás de la mesa. Caminé hacia él.

Estaba mojado y olía a lluvia y a alcohol, pero cuando me abrazó, su calor traspasó mi ropa. Me apretó contra él con una fuerza desesperada, enterrando la cara en mi cuello.

—Todo va a salir bien —le dije, acariciando su nuca. Acariciando al monstruo para que se durmiera—. Solo es dinero, Declan.

—No es el dinero —murmuró contra mi piel—. Es el control. Me están quitando el control. Y cuando pierdo el control... cosas malas pasan.

Me separé un poco para mirarlo a la cara.

—¿Qué cosas malas?

Él me sostuvo la mirada. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas se veía el gris.

—Cosas que no se pueden deshacer.

El trueno estalló justo encima de la casa, un sonido tan fuerte que los cristales de las vitrinas vibraron. La luz parpadeó y se apagó.

Nos quedamos a oscuras, iluminados solo por el resplandor naranja de la chimenea.

La atmósfera cambió instantáneamente. La biblioteca se convirtió en una cueva. Las sombras se alargaron, bailando en las paredes como espectros.

Declan no me soltó. Al contrario, su agarre se volvió más posesivo.

—Quédate conmigo —susurró en la oscuridad—. No te vayas nunca. Aunque sepas... aunque creas saber.

Se me heló la sangre.

—¿Qué creo saber? —pregunté, mi voz apenas un hilo.

Declan levantó una mano y trazó el contorno de mi mandíbula. Su dedo estaba frío por la lluvia, pero dejaba un rastro de fuego.

—Eres lista, Sloane. Demasiado lista. Veo cómo me miras. Veo cómo miras las fechas. Veo cómo miras mis manos.

Sabía. Él sabía que yo sospechaba.

—Si sabes que sospecho... ¿por qué no me das una explicación? —Le reté. Fue un momento de valentía suicida.

—Porque la verdad es fea —dijo suavemente—. Y tú amas las cosas bellas. Tú restauras la belleza. Si te enseño la fealdad... dejarás de mirarme así.

—Declan... —intenté apartarme, pero él me retuvo.

—¿Alguna vez has sentido —me interrumpió, acercando su cara a la mía hasta que nuestras respiraciones se mezclaron— que harías cualquier cosa, incluso algo terrible, para proteger lo que es tuyo?

Recordé la pregunta. Se la había hecho yo en el capítulo anterior, en mi cabeza. Ahora él me la devolvía.

—Depende de lo que entiendas por «proteger» —dije.

—Proteger es eliminar la amenaza —dijo. Simple. Brutal—. Celeste... Celeste era una amenaza para sí misma. Y para nuestro futuro.

—¿Qué quieres decir? —Mi corazón latía tan fuerte que me dolía.

—Quiero decir que a veces, el amor requiere sacrificios que la gente normal llama crímenes. —Sus dedos bajaron a mi garganta. No apretaron. Solo descansaron allí, sobre la arteria vital—. La moralidad es un lujo, Sloane. Un lujo para la gente que tiene vidas seguras y aburridas. Para gente como nosotros... la moralidad es un obstáculo.

Ahí estaba.

La confesión. O la filosofía de un sociópata.

«La moralidad es un lujo».

Debería haber gritado. Debería haberle empujado y corrido hacia la puerta, tormenta o no tormenta.

Pero entonces él me besó.

Y no fue un beso. Fue una sentencia.

Me besó con la furia de la tormenta que aullaba fuera. Me besó para callarme. Me besó para que dejara de pensar, para que dejara de hacer preguntas, para que dejara de ser la restauradora y fuera solo suya.

Y yo... yo le respondí.

Porque tenía razón. La moralidad era un lujo. Y en ese momento, en esa casa oscura, aislada del mundo por un muro de agua, con el hombre que podría haber quemado mi infancia sosteniéndome en sus brazos... yo no podía permitirme el lujo de ser moral. Solo podía permitirme el lujo de estar viva. De ser deseada.

Me agarré a sus hombros mojados. Dejé que el whisky en su boca me emborrachara a mí también. Dejé que su peso me empujara contra la estantería de libros quemados.

Si esto era el ojo del huracán, si esto era la calma mortal antes de la destrucción total... entonces quería quedarme aquí un poco más.

Aunque supiera que, cuando el viento cambiara, la casa se nos caería encima.

CAPÍTULO 12

La mañana después de una tormenta, el mundo siempre parece demasiado brillante, demasiado nítido, como si la lluvia hubiera limpiado la capa de polvo que normalmente protege nuestros ojos de la realidad.

Desperté en la cama de Declan. Las sábanas de hilo egipcio, de un gris pizarra inmaculado, estaban frías a mi lado. Él ya se había levantado.

Me quedé un momento mirando el techo, escuchando el silencio de la casa. Ayer, el viento aullaba como un animal moribundo. Hoy, solo se oía el goteo rítmico y constante del agua cayendo desde los aleros rotos hacia el barro del jardín.

«La moralidad es un lujo».

Su frase de anoche seguía flotando en la habitación, tan tangible como el olor a sexo y a madera quemada que impregnaba el aire.

Me senté, pasándome las manos por la cara. Me sentía sucia. No físicamente —me había duchado anoche después de... todo—, sino espiritualmente. Había borrado el mensaje de Thea. Había elegido ignorar la verdad sobre el edificio de la calle Oak. Había elegido creer en la versión del «héroe torturado» porque la alternativa era demasiado aterradora para enfrentarla sola en la oscuridad.

Pero la luz de la mañana no tiene piedad con las mentiras que nos contamos por la noche.

Me vestí con ropa de trabajo: vaqueros negros, botas pesadas, un jersey de lana grueso. Me puse mi armadura de restauradora. Hoy necesitaba ser Sloane Mercer, la profesional. No Sloane, la amante del pirómano.

Bajé a la cocina.

El olor a café recién hecho y a tostadas quemadas me recibió. Era una escena tan dolorosamente doméstica que tuve que detenerme en el umbral para coger aire.

Declan estaba allí, de espaldas a mí, apoyado en la encimera de granito. Hablaba por teléfono. Llevaba una camisa blanca impoluta, arremangada hasta los codos, y pantalones de traje. Parecía el dueño del mundo. No parecía el hombre que anoche me había pedido que lo salvara de su propia oscuridad.

—...asegúrate de que los peritos lleguen antes de las diez —decía, su voz firme y autoritaria—. No quiero excusas sobre el clima. La carretera es transitable si tienen un vehículo decente. Sí. Hazlo.

Colgó y se giró. Al verme, su expresión cambió instantáneamente. La máscara de tiburón de los negocios cayó, y apareció esa calidez suave y posesiva que reservaba solo para mí.

—Buenos días —dijo, dejando el teléfono sobre el mármol—. Te he hecho café.

Caminó hacia mí y me besó. Fue un beso casto, rápido. Un beso de «marido y mujer» antes de ir al trabajo.

—Gracias —murmuré, aceptando la taza que me tendía. Mis dedos rozaron los suyos. Estaban calientes. Estables.

—Tengo un día infernal por delante —dijo, volviendo a apoyarse en la encimera y cruzando los tobillos. Sus ojos me recorrían, disfrutando de la vista—. Los arquitectos vienen para evaluar los daños estructurales del ala oeste. Y los abogados están presionando con el tema del fideicomiso.

—¿Thea? —pregunté. El nombre salió de mi boca con sabor a culpa.

La mandíbula de Declan se tensó, pero su voz se mantuvo nivelada.

—Thea está siendo gestionada. No te preocupes por ella. —Dio un sorbo a su café—. Lo importante es que vamos a empezar la reconstrucción real. No más parches. Vamos a levantar esta casa de nuevo, Sloane. Y quiero que tú elijas los colores de la biblioteca.

—¿Yo? —Parpadeé—. Declan, mi contrato es para restaurar los libros, no para diseño de interiores.

—Tú entiendes la luz —dijo, repitiendo sus palabras del estudio de arte—. Tú sabes qué colores necesita esta casa para dejar de parecer un mausoleo.

Me sonrió. Era una oferta de permanencia. Me estaba integrando en los cimientos mismos de su futuro. Y una parte de mí, la parte traidora y necesitada, floreció bajo esa atención.

—Lo pensaré —dije.

Declan miró su reloj, un Patek Philippe plateado que valía más que mi vida entera.

—Maldición. Llegan en veinte minutos y me he dejado los planos estructurales originales en el coche. —Me miró, con una mueca de disculpa casi infantil—. ¿Te importaría...? Tengo que terminar de revisar estos contratos antes de que lleguen.

—¿Quieres que vaya a buscarlos?

—Por favor. —Se acercó y me dio las llaves del coche, cerrando mis dedos sobre el metal frío—. Están en el Mustang. En el asiento del copiloto. Es el tubo azul grande. No tiene pérdida.

—Claro.

Era una petición banal. Un favor pequeño.

Salí de la cocina, cruzando el vestíbulo donde el teléfono había sonado ayer con la voz de Thea. El contestador parpadeaba con un 0 rojo. Mensajes nuevos: cero.

Salí al exterior.

El aire estaba frío y húmedo, con ese olor a ozono y sal que deja el mar tras una tormenta. El camino de grava estaba lleno de charcos, reflejando el cielo gris como espejos rotos.

Caminé hacia el garaje de piedra. Mis botas crujían sobre la grava mojada. Cric. Cric.

Abrí la puerta lateral del garaje.

El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz gris que entraba por las ventanas altas. Olía a aceite de motor, a cera para coches y a cuero viejo. Era un olor masculino, denso, que siempre me había gustado.

Los tres coches de colección de Declan dormían bajo sus lonas, excepto uno.

El Mustang del 67.

La lona estaba retirada a medias, dejando al descubierto el capó negro brillante y el parabrisas. Era el coche de la foto. El coche que había estado aparcado en la calle Oak mientras un almacén ardía.

Me acerqué a él con una mezcla de reverencia y repulsión. Era una máquina hermosa, pero ahora la veía como lo que era: un vehículo de acecho.

Abrí la puerta del copiloto.

El olor del interior me golpeó. Cuero, tabaco rancio (aunque Declan no fumaba, el coche conservaba el aroma de sus dueños anteriores) y esa sutil nota de la colonia de Declan.

Allí estaba el tubo azul con los planos, encajado entre el asiento y la consola central.

Me incliné hacia dentro para cogerlo.

Era pesado y largo. Al tirar de él, el extremo inferior se enganchó en la palanca del freno de mano.

—Mierda —mascullé.

Tiré con un poco más de fuerza, maniobrando para liberarlo.

El tubo se soltó de golpe.

En el proceso, mi codo golpeó violentamente la tapa de la guantera central, ese pequeño compartimento entre los dos asientos delanteros. El cierre, que debía estar viejo o mal ajustado, saltó.

La tapa se abrió de golpe.

El contenido del compartimento se derramó hacia el lado del copiloto, cayendo sobre la alfombrilla de goma a mis pies.

Suspiré, frustrada. Torpe, Sloane. Siempre tan torpe.

Dejé el tubo de planos en el asiento y me agaché para recoger el desastre.

Había lo típico: un bolígrafo de plata, un par de monedas sueltas, un paquete de chicles de menta, un manómetro para medir la presión de las ruedas.

Y una cajita pequeña de cartón.

Estaba medio escondida debajo del asiento, donde había rodado al caer.

Estiré la mano enguantada y la saqué.

Al principio, mi cerebro no procesó lo que estaba viendo. Era solo un objeto más. Una caja de cerillas vieja, de esas que ya no se ven, con las esquinas desgastadas y el cartón amarilleento por el tiempo.

Me puse de pie, sosteniéndola en la palma de la mano para examinarla mejor con la luz que entraba por la puerta abierta.

El dibujo de la portada estaba un poco descolorido, pero era inconfundible.

Un hombre musculoso, un herrero mitológico, levantando un martillo sobre un yunque. Alrededor del martillo, chispas rojas y naranjas volaban en un arco estilizado.

Debajo del dibujo, en letras negras con tipografía gótica:

VULCAN'S FIRE

Safety Matches

El mundo se detuvo.

No fue una metáfora. Literalmente sentí cómo el eje de la tierra dejaba de girar. El sonido del mar, el goteo de la lluvia, el latido de mi propio corazón... todo desapareció en un vacío blanco y sordo.

Mis rodillas cedieron. Tuve que agarrarme al marco de la puerta del coche para no caer al suelo de cemento.

Conocía esa caja.

Conocía ese dibujo. Había soñado con ese herrero durante años. Lo había visto en mis pesadillas, levantando el martillo no sobre un yunque, sino sobre mi casa.

Vulcan's Fire.

Era una marca de cerillas artesanales que se fabricó en Oregón a finales de los noventa. Una marca pequeña, de nicho. Mi padre las usaba para encender su pipa los domingos. Decía que quemaban más limpio que las cerillas normales. Decía que olían a cedro.

Pero mi padre había dejado de fumar seis meses antes del incendio.

Cerré los ojos y, de repente, tenía siete años otra vez. Estaba sentada en la sala de espera de la estación de policía, envuelta en una manta gris que picaba, con las piernas colgando de una silla de plástico naranja.

Un policía amable, con bigote y olor a café rancio, se había agachado frente a mí. Tenía una bolsa de pruebas en la mano. Una bolsa de plástico transparente con una etiqueta amarilla.

Dentro de la bolsa había una cajita de cerillas chamuscada.

—Sloane, cariño —había dicho el policía—. ¿Sabes si tu papá volvió a fumar? Encontramos esto cerca del calentador de agua, en el sótano. Donde empezó todo.

Yo había negado con la cabeza, muda. Papá no fumaba. Papá había prometido que no fumaría más por mi asma.

Esa caja de cerillas, esa maldita marca específica, fue la única pista física que encontraron. «La firma», lo llamaron los periódicos años después, cuando el caso se enfrió y se convirtió en otra tragedia sin resolver. El Pirómano de Vulcano. Nunca lo atraparon. Nunca supieron quién era.

Abrí los ojos.

La caja en mi mano temblaba violentamente.

¿Qué hacía una caja de cerillas Vulcan's Fire —una marca que dejó de fabricarse hace quince años— en el coche de Declan Vane?

No era una coincidencia. No podía ser una coincidencia. Las probabilidades estadísticas de que mi amante tuviera la misma marca rara de cerillas que el asesino de mi familia eran infinitesimales.

Con dedos que parecían hechos de hielo, empujé la cajita para abrirla.

El cartón crujió.

Dentro quedaban tres cerillas. Sus cabezas rojas estaban intactas.

Y había algo escrito.

En el interior de la solapa de la caja, alguien había garabateado algo con bolígrafo azul. La tinta estaba descolorida, casi invisible contra el cartón grisáceo, pero la luz de la mañana la reveló.

Acuné la caja para leerlo.

Era una fecha.

14 Ago. 98

Un grito se formó en mi garganta, una bola de alambre de espino que rasgó mis cuerdas vocales pero no salió. Fue un jadeo estrangulado, un sonido de animal herido.

14 de agosto de 1998.

La noche del incendio. La noche en que murieron mis padres.

Me llevé la mano libre a la boca, mordiéndome los nudillos para no vomitar.

No era solo la misma marca.

Era esa caja. O una caja de esa noche.

Declan.

La imagen de él en la cocina esta mañana, besándome, ofreciéndome café, se superpuso con una nueva imagen, una monstruosa.

Declan tenía treinta y dos años ahora. En 1998... en 1998 tenía doce años.

Doce años.

Era un niño.

¿Un niño pirómano?

Recordé lo que me había dicho sobre el libro La edad de la inocencia: «Pasé muchos veranos aquí, escondido de mis padres...».

Su familia tenía propiedades por todo el estado. ¿Tenían propiedades cerca de mi antiguo pueblo?

Mi mente giraba, conectando puntos que no quería conectar.

La fascinación de Declan por el fuego. Su culpa constante. «Yo preparé el escenario». Su necesidad patológica de controlar. «Cuando pierdo el control... cosas malas pasan».

Y ahora esto. Un trofeo.

Guardaba la fecha de la muerte de mis padres en su coche, escondida como un tesoro secreto.

Miré hacia la casa.

Desde aquí, la mansión de piedra negra parecía una tumba gigante. Y dentro de ella, el hombre que dormía en mi cama, el hombre que me había hecho sentir viva por primera vez en años... guardaba el secreto de mi destrucción.

¿Lo hizo él? ¿Un niño de doce años? ¿O estaba protegiendo a alguien?

«A veces, el amor requiere sacrificios que la gente normal llama crímenes».

Un escalofrío de terror puro me recorrió la columna.

Thea. Thea había mencionado una lata de gasolina con huellas en el cobertizo. Thea sabía. Thea sabía lo que él era. Por eso intentaba que vendiera. Por eso intentaba alejarme.

«Si eres lista, correrás tan lejos como puedas».

Debía correr. Ahora mismo. Debía subirme a mi furgoneta, arrancar y no parar hasta llegar a la comisaría de policía del estado. Tenía la prueba. Tenía la caja.

Pero entonces escuché pasos sobre la grava.

Rápidos. Decididos.

Levanté la vista, con el corazón golpeándome las costillas como si quisiera romperlas para salir.

Declan venía por el camino.

No llevaba chaqueta. El viento le movía el pelo negro y la camisa blanca brillaba contra el cielo gris.

Me vio.

Se detuvo a unos diez metros del garaje.

Sus ojos grises bajaron instantáneamente a mis manos. A lo que yo sostenía.

No dijo nada. No gritó.

Simplemente se quedó allí parado, con esa quietud antinatural que tenía a veces. La quietud del depredador que sabe que ha sido descubierto pero que también sabe que la presa no tiene a dónde ir.

Vio la caja de cerillas. Lo supe por la forma en que sus pupilas se contrajeron.

—Sloane —dijo. Su voz era tranquila. Conversacional. Como si me estuviera pidiendo la sal en la cena—. ¿Has encontrado los planos?

Escondí la mano detrás de mi espalda instintivamente. Un gesto infantil. Un gesto de culpa.

—Sí —dije. Mi voz sonó extraña, aguda, como si perteneciera a otra persona—. Sí, los tengo.

Declan dio un paso hacia adelante. La grava crujió bajo sus zapatos italianos de cuero.

—Estás temblando —observó.

—Hace frío aquí fuera.

—No es frío. —Siguió avanzando. Lento. Deliberado—. Es miedo. Puedo olerlo, Sloane. Huele igual que esa noche en la biblioteca cuando encontraste el relicario.

Estaba a cinco metros.

—No te acerques —dije. Retrocedí hasta chocar con la carrocería fría del Mustang. Estaba atrapada entre el coche del delito y el hombre que lo conducía.

Declan se detuvo. Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, estudiándome.

—¿Qué has encontrado? —preguntó suavemente.

—Sabes lo que he encontrado —escupí, la furia empezando a abrirse paso a través del terror—. Vulcan's Fire. 14 de agosto de 1998.

La mención de la fecha tuvo un efecto físico en él. Fue como si le hubiera golpeado. Cerró los ojos un momento y exhaló un suspiro largo y tembloroso. Sus hombros cayeron, perdiendo esa tensión de «hombre de negocios».

Cuando abrió los ojos de nuevo, no había ira. Había una tristeza infinita. Y resignación.

—Ah —susurró—. Eso.

—¿«Eso»? —grité, sacando la mano de detrás de mi espalda y mostrándole la caja como si fuera un arma—. ¿Llamas a esto «eso»? ¡Es la fecha en que murieron mis padres, Declan! ¡Es la marca de cerillas que quemó mi casa!

Él me miró a la cara, ignorando la caja.

—Lo sé —dijo.

El mundo se inclinó de nuevo.

—¿Lo sabes?

—Lo supe desde el momento en que vi tu apellido en la solicitud de restauración. Sloane Mercer. La hija de los Mercer. La niña del armario.

Sentí que me faltaba el aire.

—¿Me contrataste... porque sabías quién era?

—Te contraté porque necesitaba verte —dijo, dando otro paso. Ahora estaba a dos metros. Podía ver el pulso latiendo en su garganta—. Necesitaba saber si habías sobrevivido. Si estabas... bien.

—¿Por qué? —Las lágrimas empezaron a quemarme los ojos, calientes y furiosas—. ¿Por qué te importaba? ¿Eras tú? ¿Fuiste tú quien encendió el fuego? Tenías doce años, Declan. ¡Eras un niño! ¿Qué clase de monstruo eras?

Declan llegó hasta mí. No me tocó. Puso las manos a ambos lados de mi cuerpo, apoyándolas en el techo del coche, enjaulándome sin contacto físico.

Su olor me envolvió. Café, jabón... y mentiras.

Bajó la cara hasta que estuvo a centímetros de la mía.

—No fui yo quien encendió esa cerilla, Sloane —dijo, y su voz era un juramento solemne, grave como una lápida—. Yo nunca te habría hecho daño. Yo estaba allí... sí. Estaba allí esa noche.

—¿Haciendo qué? —sollocé, temblando de pies a cabeza.

Declan levantó una mano y, con un movimiento lento, me apartó un mechón de pelo de la cara. Me estremecí ante su tacto, pero no me aparté. Estaba paralizada por el horror y por la proximidad.

—Estaba intentando apagarlo —susurró—. Estaba intentando detenerla.

—¿Detener a quién?

Declan me miró a los ojos, y vi el infierno reflejado en su gris tormenta. Vi años de silencio, de culpa, de secretos guardados bajo llave en cajas de cerillas y diarios quemados.

—A la persona a la que he estado protegiendo toda mi vida —dijo—. A la persona que realmente «lo quema todo».

El sonido de otro coche acercándose rompió el momento. Los arquitectos.

Declan se separó de mí bruscamente, componiendo su máscara en un segundo. Se alisó la camisa, se pasó la mano por el pelo y volvió a ser el señor Vane.

Pero antes de salir del garaje para recibir a sus visitas, se giró una última vez hacia mí.

—Guarda esa caja, Sloane. Guárdala bien. —Su mirada era intensa, urgente—. Porque ahora que la has encontrado... estás en el mismo peligro que yo.

Se dio la vuelta y salió a la luz del día, dejándome sola en la oscuridad del garaje, con la prueba del asesinato de mis padres en una mano y el corazón roto en la otra.

Había venido buscando planos para reconstruir una casa.

Y acababa de encontrar los planos de mi propia destrucción.

CAPÍTULO 13

La verdad no es una luz que se enciende de golpe. Es una mancha de humedad en el techo. Al principio la ignoras, piensas que es una sombra. Luego crece, se oscurece, deforma la pintura. Y cuando finalmente te decides a tocarla, el techo entero se te cae encima, podrido hasta la médula.

Vi a Declan alejarse hacia la casa principal, su figura recortada contra el cielo plomizo, caminando con esa elegancia depredadora que ya no me parecía atractiva, sino letal. Iba a recibir a los arquitectos. Iba a hablar de vigas de carga y de cimientos, mientras yo me quedaba en el garaje con los cimientos de mi propia vida hechos polvo entre las manos.

Miré la caja de cerillas Vulcan's Fire.

14 de agosto. 1998.

Guardé la caja en el bolsillo de mis vaqueros. Me quemaba la tela. Me quemaba la piel.

No podía quedarme aquí. Si me quedaba, si volvía a entrar en esa casa y lo veía servir café o firmar planos, gritaría. Y si gritaba, perdería la ventaja.

Porque ahora tenía una ventaja. Él sabía que yo sabía, sí. Pero él no sabía cuánto podía yo averiguar. Él creía que su confesión a medias —«Yo estaba intentando detenerla»— sería suficiente para pacificarme, para convertirme en otra cómplice más en su larga lista de mujeres silenciadas.

Se equivocaba.

Subí a mi furgoneta. Mis manos temblaban tanto que tardé tres intentos en meter la llave en el contacto. El motor arrancó con un rugido asmático que sonó reconfortantemente normal en medio de mi pesadilla surrealista.

Salí de Blackwood Manor sin mirar atrás. Pasé por delante de los coches de los arquitectos que llegaban, ignorando sus miradas curiosas.

Conduje.

No fui al pueblo cercano, a Port Angels. Declan tenía ojos allí. Tenía edificios. Tenía aparcamientos. Port Angels era territorio Vane.

Conduje hacia el sur, hacia la autopista interestatal. Necesitaba anonimato. Necesitaba una conexión a internet que no pasara por el servidor de la mansión. Necesitaba aire que no oliera a él.

Llegué a una estación de servicio con cafetería a cincuenta kilómetros de distancia. Era un lugar de paso, impersonal, con olor a grasa frita y café quemado. Perfecto.

Me senté en una mesa del fondo, abrí mi portátil y conecté mi teléfono como punto de acceso.

—Vamos, Sloane —susurré, mis dedos volando sobre el teclado—. Haz lo que sabes hacer. Restaura la historia.

Durante años, había evitado mirar atrás. Había enterrado el incendio de mi infancia bajo capas de trabajo y negación. Sabía lo básico: un fallo eléctrico, dijeron algunos. Un accidente con materiales inflamables en el sótano, dijeron otros. El informe oficial fue «causa indeterminada», el eufemismo favorito de los bomberos cuando no pueden —o no quieren— explicar por qué una casa se convierte en un horno.

Pero ahora tenía un nombre. Vane. Y una fecha.

Escribí en el buscador:

«Familia Vane propiedades 1998 Oregón».

Aparecieron cientos de resultados. Vane Holdings era un pulpo con tentáculos en todas partes. Artículos sobre rascacielos en Seattle, desarrollos urbanísticos en Portland, donaciones benéficas para lavar imagen.

Refiné la búsqueda. Necesitaba mi pueblo. Cedar Creek.

«Familia Vane Cedar Creek 1998».

El círculo de carga giró. Y giró.

Cero resultados.

Fruncí el ceño. Declan había dicho: «Pasé muchos veranos aquí... en estas propiedades». Pero Cedar Creek estaba a cuatro horas de Blackwood Manor. Si él estaba en mi pueblo esa noche, tenía que haber una razón. Los multimillonarios no veranean en pueblos madereros deprimidos a menos que tengan algo que esconder o algo que comprar.

Probé otra táctica. Busqué registros de la propiedad. Los registros públicos eran áridos, aburridos y, a menudo, la única parte de la historia que no se podía borrar.

Accedí a la base de datos del condado de Cedar Creek. Busqué transferencias de propiedad en el año 1998.

La lista era larga. Cedar Creek estaba en crisis en los noventa; mucha gente vendía.

Busqué «Vane». Nada.

Busqué empresas fantasma. Las grandes fortunas nunca compran a su nombre. Busqué las subsidiarias de Vane Holdings que había visto en los papeles que Declan dejaba por la casa: Aether Corp, Terra Firma, Prometheus LLC.

Nada.

Me froté los ojos, frustrada. El camarero me rellenó el café sin preguntar.

—Gracias —murmuré.

Bebí un sorbo. Estaba hirviendo. El dolor en la lengua me despertó.

Piensa, Sloane. Tenía doce años. No estaba allí por negocios. Estaba allí por familia.

Quizás no compraron. Quizás alquilaron.

O quizás... quizás la propiedad no estaba en el pueblo.

Cedar Creek estaba rodeado de bosque nacional y de un lago grande, el Lago Mirror. La zona «rica» del condado. Donde las casas tenían embarcaderos privados y muros altos.

Busqué: «Venta propiedades Lago Mirror 1998».

Y ahí estaba.

No era una venta a los Vane. Era una noticia de sociedad en un periódico digitalizado de la capital del estado, The Oregonian, fechado el 5 de julio de 1998.

«LA FAMILIA VANE BUSCA REFUGIO ESTIVAL LEJOS DE LOS FOCOS.»

Hice clic en el artículo con el corazón en la garganta.

La foto era granulada, típica de los noventa. Mostraba a un hombre alto e imponente (el padre de Declan, sin duda; tenían la misma mandíbula cuadrada) y a una mujer elegante con gafas de sol grandes, bajando de un avión privado.

Y detrás de ellos, dos niños.

Una niña rubia, con aspecto de aburrida. Thea.

Y un niño moreno, delgado, con el pelo un poco largo y una expresión de seriedad inquietante para su edad. Declan.

Leí el texto:

«El magnate inmobiliario Richard Vane ha alquilado la histórica Finca Blackwood (sin relación con su residencia actual) en la orilla norte del Lago Mirror para pasar el mes de agosto. Fuentes cercanas a la familia aseguran que buscan privacidad tras el reciente escándalo de...»

El texto se cortaba ahí. El resto era de pago.

Pero no necesitaba más.

Lago Mirror.

La orilla norte del Lago Mirror estaba a solo tres kilómetros de mi casa. Un camino recto a través del bosque de pinos. Un niño de doce años podría recorrer esa distancia en bicicleta en diez minutos. O corriendo en veinte.

Estuvieron allí.

En agosto de 1998.

La fecha del incendio fue el 14 de agosto. Justo en medio de sus vacaciones.

Cerré los ojos, visualizando el mapa de mi infancia. Mi casa estaba aislada, al final de un camino de tierra que lindaba con el bosque. El bosque que conectaba con el lago.

Siempre habíamos pensado que el incendio fue mala suerte. Pero si había un niño... un niño rico y aburrido, con una fascinación por el fuego...

«Yo estaba intentando detenerla».

La voz de Declan resonó en mi cabeza.

Detenerla. Femenino.

Miré la foto de nuevo. Thea.

La niña rubia de la foto parecía tener unos diez u once años. ¿Podía una niña de diez años provocar un incendio que matara a tres personas?

Thea, la mujer que ahora me amenazaba. Thea, la que hablaba de «consumir».

Pero Declan no había dicho «Thea». Había dicho «la persona a la que he estado protegiendo toda mi vida».

Volví a mirar el artículo. «Fuentes cercanas aseguran que buscan privacidad tras el reciente escándalo...»

¿Qué escándalo?

Abrí una nueva pestaña. Busqué: «Escándalo familia Vane 1998».

Las noticias de los noventa no estaban tan bien indexadas, pero los Vane eran lo suficientemente famosos como para que los chismes perduraran. Encontré un foro de discusión sobre «Crímenes de la Alta Sociedad» que tenía un hilo archivado sobre los Vane.

Un usuario, TruthSeeker99, había posteado en 2005:

«¿Alguien recuerda lo que pasó con la hija de los amigos de los Vane? La chica francesa. Se rumoreaba que hubo un incidente en el internado en Suiza y por eso los Vane se la trajeron a Estados Unidos ese verano.»

Chica francesa.

Celeste.

Mi sangre se heló. Celeste era francesa. O al menos, tenía un apellido francés antes de casarse. Celeste Dubois.

Busqué «Celeste Dubois Vane antecedentes».

No salió nada incriminatorio. Solo anuncios de compromiso, fotos de bodas, galas benéficas. La vida perfecta de una esposa trofeo.

Pero si ella estaba con ellos ese verano...

Si Celeste era la «amiga de la familia» o la hija de unos amigos que veraneaba con ellos...

Hice cuentas. Si Declan tenía 12, Celeste debía tener más o menos la misma edad. Quizás 13 o 14.

¿Dos adolescentes? ¿Jugando con cerillas en el bosque?

No. Vulcan's Fire no son cerillas para jugar. Son cerillas específicas. Cerillas de coleccionista.

Volví al artículo del periódico. Finca Blackwood en el Lago Mirror.

Necesitaba saber qué pasó esa noche. No lo que dijeron los periódicos. Necesitaba el informe policial real. El que nunca se hizo público.

Como víctima directa y familiar de los fallecidos, yo tenía derecho a acceder a los archivos desclasificados después de veinte años. Había solicitado el expediente completo hacía dos años, cuando empecé terapia, pero nunca tuve el valor de abrir el sobre digital que me enviaron. Estaba en mi correo, enterrado bajo cientos de facturas y correos de trabajo.

Abrí mi Gmail. Busqué: «Departamento de Policía del Condado de Cedar Creek».

Ahí estaba. Un correo con un adjunto PDF protegido con contraseña.

Contraseña: Su número de la seguridad social.

Mis dedos temblaron sobre el teclado numérico.

1... 4... 8...

El archivo se abrió.

INFORME DE INCIDENTE #98-4522

FECHA: 14/08/1998

UBICACIÓN: Residencia Mercer, 45 Pine Road.

VÍCTIMAS: Robert Mercer, Elena Mercer.

SUPERVIVIENTES: Sloane Mercer (7 años).

Me salté las fotos. No podía ver las fotos. No hoy.

Fui directamente a la sección de TESTIMONIOS Y EVIDENCIA DE CAMPO.

Leí las declaraciones de los vecinos. El Sr. Henderson, que vivía a un kilómetro, dijo que vio humo a las 2:00 AM. La Sra. Gable dijo que sus perros ladraron.

Y entonces, en la página 15, encontré una nota manuscrita de un oficial de patrulla, garabateada en el margen de un informe

mecanografiado.

«Oficial Jenkins reporta haber interceptado a dos menores en la carretera comarcal 4, a dos millas de la escena, aproximadamente a las 2:15 AM. Un varón y una mujer, caucásicos, aprox. 12-14 años. Ropa oscura. El varón presentaba quemaduras leves en las manos. Afirmaron haberse perdido volviendo del lago. Se les dio el alto, pero un vehículo privado (Mercedes negro, matrícula registrada a R. Vane) llegó al lugar y recogió a los menores antes de que pudieran ser interrogados formalmente. El conductor se identificó como el padre. No se procedió a detención por falta de causa probable en ese momento.»

Me tuve que tapar la boca para no gritar en medio de la cafetería.

Estaban allí.

La policía los vio.

Un niño y una niña. El niño tenía quemaduras en las manos.

Declan.

«El varón presentaba quemaduras leves...»

Recordé sus manos anoche. Manos grandes, fuertes, llenas de cicatrices pequeñas que yo había asumido que eran de trabajar en la restauración de su casa o de sus aficiones. Pero ahora, pensando en la textura de su piel, en la forma en que a veces frotaba sus palmas cuando estaba nervioso...

Eran quemaduras viejas.

Y el padre... Richard Vane... apareció y se los llevó. Usó su poder, su coche caro y su influencia para sacar a su hijo y a la chica de la escena del crimen antes de que nadie hiciera preguntas.

Encubrimiento.

Un encubrimiento de veinte años.

Y la chica...

«...interceptado a dos menores... Un varón y una mujer».

Declan había dicho: «Intentaba detenerla».

Si la chica era Celeste... o Thea...

Volví al foro. TruthSeeker99 había mencionado un «incidente en el internado en Suiza».

Busqué incidentes en internados suizos en 1997-1998.

Fue difícil. Suiza es discreta. Pero encontré un pequeño artículo en un periódico de Ginebra, traducido automáticamente por el navegador.

«Incendio en el dormitorio del Instituto Le Rosey. Se evacúa a los estudiantes. No hay heridos, pero el ala histórica sufre daños severos. Se rumorea que fue iniciado por una disputa entre estudiantes.»

La fecha: Mayo de 1998. Tres meses antes del incendio de mi casa.

Celeste.

Tenía que ser Celeste.

Declan se casó con la chica que quemaba cosas. Declan se casó con la pirómana que había destruido mi vida.

¿Por qué?

¿Por amor? ¿Por culpa? ¿O porque estaban unidos por un secreto tan oscuro que no podían estar con nadie más?

«A veces, el amor requiere sacrificios que la gente normal llama crímenes».

Ahora entendía la frase. No era filosofía barata. Era su historia de vida. Él había sacrificado su moralidad, su inocencia y, posiblemente, la justicia de mi familia, para proteger a esa chica.

Y ahora me estaba «protegiendo» a mí.

Me levanté de la silla de golpe, tirando un poco de café sobre la mesa.

El horror era absoluto. Estaba enamorada del cómplice del asesinato de mis padres. Había dejado que me tocara con esas manos quemadas. Había dejado que me dijera que éramos iguales.

Y lo peor era que tenía razón. Éramos iguales. Ambos estábamos definidos por ese fuego. Él lo vio. Él lo olió. Él intentó apagarlo con sus propias manos (por eso las quemaduras), mientras ella... quienquiera que fuera ella... miraba.

Tenía que ir a la policía. Tenía el informe. Tenía la conexión. Tenía la caja de cerillas con la fecha.

Cerré el portátil y lo metí en mi mochila.

Pero mientras caminaba hacia la salida, mi teléfono vibró.

Era un mensaje de texto.

No era de Declan.

Era de un número desconocido.

Lo abrí, mis dedos resbalando sobre la pantalla.

Había una foto adjunta.

Era una foto tomada desde lejos, granulada pero clara. Mostraba mi furgoneta aparcada en la estación de servicio donde estaba ahora mismo. Se me veía a mí a través del cristal de la cafetería, sentada frente al portátil.

El texto debajo decía:

«No sigas cavando, Sloane. Hay cosas que están mejor enterradas. Vuelve a casa antes de que empiece a llover de verdad.»

Se me cayó el teléfono.

Miré a mi alrededor, frenética. A los coches aparcados. A la carretera. A los camiones que pasaban.

Alguien me estaba siguiendo.

No Declan. Declan estaba en una reunión con arquitectos; yo había visto los coches.

¿Entonces quién?

Thea.

O quizás... quizás Declan no estaba en la reunión. Quizás Declan nunca dejaba de vigilar lo que consideraba suyo.

Recogí el teléfono con mano temblorosa. La pantalla estaba rajada, una línea fina que cruzaba la imagen de mi propia cara asustada.

«Vuelve a casa».

No era una invitación. Era una orden.

Y me di cuenta, con una claridad helada, de que no tenía opción. Si iba a la policía ahora, ellos sabrían que había salido. Si intentaba huir... bueno, acababan de demostrarme que sabían exactamente dónde estaba.

Estaba en una red. Una red tejida hace veinte años con dinero, silencio y gasolina.

Tenía que volver. Tenía que volver y mirar a Declan a los ojos y fingir que no sabía que sus manos estaban manchadas con las cenizas de mi familia. Tenía que volver y jugar el papel de la restauradora enamorada hasta que encontrara una salida real.

O hasta que encontrara la manera de quemarlos a ellos.

Subí a la furgoneta. Cerré los seguros. Miré por el retrovisor todo el camino de vuelta a Blackwood Manor, esperando ver un Mustang negro o un Mercedes fantasma siguiéndome.

No vi nada. Solo la carretera gris, la lluvia empezando a caer de nuevo y mi propia cara pálida en el espejo, con los ojos de una niña que acaba de descubrir que el monstruo del armario es real, y que lleva durmiendo con él dos semanas.

CAPÍTULO 14

La verdad es maleable. Es un metal blando que se puede calentar, golpear y doblar hasta que adquiere la forma que uno necesita para sobrevivir. Durante veinte años, mi verdad había sido una cicatriz y un informe policial vacío. Ahora, en el garaje de piedra de Blackwood Manor, Declan Vane estaba a punto de martillar esa verdad hasta convertirla en algo nuevo.

El sonido de los coches de los arquitectos acercándose por el camino de grava actuó como un detonante.

Declan me agarró del brazo. No con violencia, sino con una urgencia desesperada.

—Aquí no —dijo, mirando hacia la entrada del garaje donde la luz gris del día amenazaba con exponer nuestro secreto—. No podemos hablar aquí.

—¡Suéltame! —Intenté zafarme, pero mis fuerzas eran nulas comparadas con el terror que me había dejado sin aire.

—Sloane, por favor. —Sus ojos grises, normalmente tan controlados, eran un caos de súplica—. Si sales ahí fuera con esa caja en la mano, gritando sobre asesinatos... destruyes todo. No solo a mí. Te destruyes a ti misma.

—¡Me da igual! —mentí. Me importaba. Me importaba terriblemente —. ¡Estuviste allí! ¡Tenías la caja!

—Vamos a la casa. —Tiró de mí hacia la puerta lateral que conectaba con el jardín trasero, lejos de la vista de los visitantes—. Te lo

contaré todo. Te daré cada maldito detalle. Pero tienes que escucharme antes de juzgarme. Me lo debes.

—¿Que yo te lo debo? —Solté una risa histérica, tropezando mientras él me arrastraba hacia el sendero de lajas de piedra—. Tú me debes la vida de mis padres, Declan.

—Lo sé —dijo sin mirar atrás—. Y he pasado cada día de los últimos veinte años intentando pagártela.

Entramos en la casa por la puerta de servicio de la cocina. Declan cerró el cerrojo detrás de nosotros y apoyó la frente contra la madera durante un segundo, respirando pesadamente. Parecía un hombre que acababa de correr una maratón con un chaleco de plomo.

Luego se giró.

—Al estudio —ordenó. No al dormitorio. No a la biblioteca. Al estudio. Su santuario privado.

Subimos las escaleras en silencio. Yo apretaba la caja de cerillas Vulcan's Fire en mi bolsillo hasta que las esquinas de cartón se clavaron en mi palma.

El despacho de Declan era una habitación que yo había evitado hasta ahora. Era oscuro, con paneles de nogal y cortinas de terciopelo pesado que siempre estaban cerradas. Olía a cuero, a tinta y a secretos corporativos.

Declan fue directo al escritorio, abrió un cajón con llave y sacó una botella de cristal tallado sin etiqueta. Se sirvió un vaso. No me ofreció. Se lo bebió de un trago, como si fuera medicina.

Se quedó de pie frente a la ventana cerrada, dándome la espalda.

—Pregunta —dijo. Su voz era ronca.

Me quedé cerca de la puerta, con la mano en el pomo, lista para correr.

—El informe policial —dije. Mi voz temblaba, pero me obligué a ser clara—. Dice que interceptaron a dos menores. Un niño y una niña.

El niño tenía quemaduras en las manos. Tu padre, Richard Vane, apareció y se los llevó antes de que pudieran interrogarlos.

Declan asintió lentamente.

—Es correcto.

—¿Eras tú? ¿El niño eras tú?

Se giró. Se remangó la camisa blanca con movimientos lentos, deliberados. Desabrochó los puños, dobló la tela hasta el codo.

Luego extendió las manos hacia mí, con las palmas hacia arriba.

Las había visto antes. Muchas veces. Habían estado sobre mi piel, en mi pelo, en mi cintura. Pero nunca las había mirado con la lente de la sospecha forense.

Siempre pensé que la textura rugosa en la base de sus pulgares y en las palmas era callosidad. Piel dura de un hombre que trabaja.

Ahora, bajo la luz de la lámpara de escritorio, vi la verdad.

La piel era brillante. Tirante. Había un patrón de tejido cicatricial blanco y nacarado que subía desde el centro de la palma y se enroscaba alrededor de sus muñecas como brazaletes fantasmas. Eran quemaduras. Quemaduras viejas, curadas por los mejores cirujanos plásticos que el dinero podía comprar, pero quemaduras al fin y al cabo.

—Tenía doce años —dijo Declan, mirando sus propias manos con una mezcla de asco y fascinación—. La piel de un niño es fina. Se derrite rápido.

Me tapé la boca.

—¿Cómo te las hiciste? —susurré.

—Intentando abrir la puerta del sótano de tu casa.

El mundo se inclinó.

—¿Qué?

Declan bajó las manos y caminó hacia mí. Me encogí contra la puerta, pero él se detuvo a una distancia respetuosa, dejándome espacio para respirar.

—Esa noche... —Empezó, y su voz adquirió un tono lejano, hipnótico —. Era verano. Hacía calor. Estábamos aburridos. Mi padre había alquilado la finca del lago para alejar a Celeste de Europa.

—Celeste —dije. El nombre fue un cuchillo—. Ella era la chica.

—Sí. Celeste Dubois. Hija del socio de mi padre en París. —Declan sonrió amargamente—. Era... magnética. Incluso a los trece años. Tenía esa clase de belleza rota que hace que quieras arreglarla. Pero estaba enferma, Sloane. Muy enferma.

Empezó a caminar de un lado a otro del despacho, gesticulando mientras hablaba.

—La habían expulsado de dos internados. Le fascinaba el fuego. Decía que el fuego limpiaba. Que el fuego era la única forma de hacer que el mundo se callara. —Declan me miró—. Yo era un niño solitario. Ella me prestó atención. Me hizo sentir especial. Me arrastró a su mundo.

—¿Y la seguiste? —acusé.

—La seguí porque tenía miedo de lo que haría si iba sola. —Se detuvo frente a mí—. Esa noche, se escapó. Cogió las bicicletas. Dijo que quería ver «la casa del bosque». La tuya.

—¿Por qué mi casa?

—Porque estaba aislada. Porque era de madera vieja. Porque para ella, era el lienzo perfecto.

Sentí náuseas. Mi hogar. Mi refugio. Un «lienzo» para una niña sociópata.

—Intenté convencerla de que volviéramos —continuó Declan. Sus ojos brillaban con humedad—. Te lo juro, Sloane. Le rogué. Le dije que mi padre nos mataría si se enteraba. Pero ella se reía. Tenía esa risa... como de cristal rompiéndose.

Se pasó la mano por el pelo, despeinándose.

—Llegamos a tu casa. Las luces estaban apagadas. Todos dormíais. Celeste sacó la caja de cerillas. Se la había robado a mi padre. Vulcan's Fire. Le gustaba el dibujo del herrero. Decía que era el dios del fuego forjando su destino.

Declan tragó saliva.

—Se coló por la ventana del sótano. Yo me quedé fuera, vigilando, temblando de miedo. Pensé... estúpidamente pensé que solo encendería un papel. Que haría una pequeña hoguera y la apagaríamos, como hacíamos en el lago.

Cerró los ojos.

—Pero entonces vi el resplandor. Naranja. Creciendo demasiado rápido. Y escuché el sonido. El rugido.

Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio esta vez, pero no me importó. Estaba atrapada en su historia, visualizando la película de terror de mi propia vida desde el otro lado de la cámara.

—Grité su nombre. Celeste salió por la ventana, tosiendo, riendo. Tenía hollín en la cara. Dijo: «Es precioso, Declan. Mira cómo baila».

—Pero yo no miré el baile —dijo Declan, su voz rompiéndose—. Miré las ventanas de arriba. Sabía que había gente dentro. Sabía que había una familia.

Me agarró las manos. Sus cicatrices contra mi piel fría.

—Corrí hacia la puerta. Estaba ardiendo. El pomo estaba al rojo vivo. Pero no me importó. Intenté girarlo. Intenté abrirlo. Sentí cómo mi piel se pegaba al metal. Sentí el olor a carne quemada, mi propia carne.

Empecé a llorar. Lágrimas silenciosas y calientes.

—Grité. Golpeé la madera hasta que mis manos sangraron. Pero estaba cerrada con llave. Y el fuego... el fuego era más rápido que yo.

Declan cayó de rodillas frente a mí. El gran Declan Vane, el hombre de hielo, arrodillado en su alfombra persa, llorando como un niño.

—Celeste me arrastró lejos. Yo no quería irme. Quería entrar. Quería sacaros. Pero ella era más fuerte en ese momento. Y luego... luego llegó mi padre.

—Tu padre —repetí, mirando la coronilla de su cabeza oscura.

—Vio el fuego desde la carretera. Nos encontró. Vio mis manos. Vio la cara de Celeste. Y tomó una decisión ejecutiva. —Declan levantó la cabeza. Su cara estaba mojada—. No llamó a los bomberos, Sloane. Llamó a sus abogados. Nos metió en el coche. Sobornó a la policía local. Borró los registros. Se llevó a Celeste de vuelta a Francia al día siguiente y me envió a mí a un internado militar con las manos vendadas y la orden estricta de no hablar nunca de «el accidente».

Se hizo el silencio en la habitación. Un silencio denso, pesado, cargado de veinte años de dolor.

—Los dejaste morir —susurré.

—¡Yo era un niño! —gritó Declan, y el sonido fue desgarrador—. ¡Tenía doce años y las manos quemadas! ¿Qué podía hacer? ¿Qué querías que hiciera?

—Podrías haber hablado después. Podrías haber dicho la verdad cuando creciste.

Declan se puso de pie lentamente.

—¿Y destruir a la única persona que sabía lo que se siente al llevar este infierno dentro? —Me miró fijamente—. Me casé con ella, Sloane.

—¿Te casaste con ella? —Retrocedí, horrorizada—. ¿Te casaste con la asesina de mis padres?

—Me casé con mi carcelera. —Su voz bajó, volviéndose fría y dura—. Me casé con ella para vigilarla. Para asegurarme de que no volviera a hacerlo. Mi padre lo arregló. Una unión de conveniencia

corporativa y contención de daños. «Cuídala, Declan», me dijo antes de morir. «Ella es tu responsabilidad. Si ella cae, nosotros caemos».

Empezó a reírse, un sonido seco y sin humor.

—¿Crees que fue un matrimonio feliz? ¿Crees que las notas de ese diario son de una mujer enamorada? Son las notas de una mujer enferma que sabía que su marido la odiaba y la temía a partes iguales. Vivimos en una prisión de secretos, Sloane. Ella me torturaba con su locura, y yo la torturaba con mi silencio.

Caminó hacia la ventana y descorrió la cortina un centímetro, mirando hacia fuera.

—Cuando ella murió... cuando el incendio de Blackwood Manor empezó... —Se giró hacia mí—. No la maté, Sloane. Te lo juro por la memoria de tus padres. Pero cuando vi el fuego... cuando vi que ella había vuelto a hacerlo... sentí alivio.

—Alivio —repetí, sintiendo un escalofrío.

—Sí. Alivio de que la pesadilla había terminado.

Caminó hacia mí de nuevo. Esta vez, no me aparté. Estaba demasiado aturdida, demasiado abrumada por la magnitud de la tragedia.

—Pero la pesadilla no terminó —susurró—. Porque te encontré a ti.

Me tomó la cara entre sus manos quemadas. Sentí la textura rugosa de sus cicatrices contra mis mejillas.

—Te busqué. Durante años. Seguí tu carrera. Sabía dónde estabas. Sabía que eras restauradora. Y cuando la casa se quemó... supe que era una señal.

—¿Una señal de qué?

—De que tenía que traerte aquí. De que tenía que confesarte mis pecados. —Sus frentes se apoyaron en la mía—. No te contraté para arreglar libros, Sloane. Te contraté porque necesitaba que la única persona en el mundo que tiene derecho a odiarme... me mirara y viera que yo también me quemé esa noche.

Las lágrimas rodaron por mi cara, mezclándose con el sudor de sus manos.

Miré sus ojos. Estaban llenos de dolor. De verdad. De una soledad tan profunda que resonaba con la mía propia.

Él no era el monstruo.

El monstruo era ella. Celeste. La chica muerta. La chica francesa inestable que jugaba con cerillas.

Él era el niño que se había quemado las manos intentando salvar a mi madre. Él era el niño que había vivido veinte años atrapado en un matrimonio con la asesina, cargando con la culpa de un crimen que no cometió.

Mi odio, que había estado a punto de estallar hace unos minutos, se desinfló, dejando un hueco vacío y doloroso en mi pecho.

Y en ese hueco, algo más peligroso empezó a crecer.

Compasión.

Entendimiento.

Vínculo.

—Tus manos —susurré, tocando las cicatrices en sus muñecas—. Te dolieron.

—Todavía me duelen —dijo él, cerrando los ojos—. Cada vez que veo fuego. Cada vez que te miro y veo esa pequeña cicatriz en tu ceja. Me duelen porque no fui lo suficientemente rápido. Porque no fui lo suficientemente fuerte.

—Eras un niño —dije. Las mismas palabras que él había usado para defenderse, ahora salían de mi boca para absolverlo.

Declan abrió los ojos. Había una esperanza frágil en ellos.

—¿Me crees?

Dudé. Una parte de mí, la parte lógica, gritaba que era demasiado conveniente. Que culpar a la muerta era la salida fácil. Que el ticket de aparcamiento del otro día seguía sin explicación.

Pero sus manos. Sus cicatrices.

No se podía fingir tejido cicatricial de veinte años. Él había intentado abrir esa puerta. Él había sentido el calor.

Él había estado allí conmigo. Mientras yo estaba en el armario, él estaba al otro lado de la pared, gritando y quemándose.

Él era el único ser humano en la tierra que entendía el sonido exacto que hace una vida cuando se convierte en ceniza.

—Te creo —susurré.

Declan soltó un sollozo roto y me besó.

No fue un beso de pasión. Fue un beso de náufragos. Salado por las lágrimas, desesperado, torpe. Me aferré a él, clavando mis dedos en su espalda, sintiendo que si lo soltaba, me caería por el precipicio de la realidad.

Nos unimos en el dolor. Nos unimos en el trauma.

Ya no éramos restauradora y cliente. Ya no éramos ni siquiera amantes normales.

Éramos dos supervivientes de la misma guerra, encontrándose en el campo de batalla veinte años después.

—No te vayas —suplicó contra mi boca—. Ahora que lo sabes... no me dejes solo con esto. Ayúdame a enterrarla. Ayúdame a enterrar el pasado para siempre.

—No me iré —prometí.

Y mientras lo decía, mientras abrazaba al hombre que había visto morir a mis padres y no había hecho nada para detenerlo después, supe que había cruzado la línea final.

Ya no era inocente.

Ahora compartía su secreto. Compartía su culpa.

Y, Dios me perdone, amaba sus cicatrices más que mi propia libertad.

Notas de Corrección Ortotipográfica (Bloque 3):

Estandarización de textos: Los mensajes de contestador, las búsquedas en internet y los titulares de periódico se han colocado entre comillas latinas (« ») o cursivas (*) según correspondía para mantener la coherencia con los bloques anteriores.

Nombres y Marcas: Se han puesto en cursiva las marcas (*Vulcan's Fire*) y los nombres de periódicos (*The Oregonian*, *Heraldo de Port Angels*).

Formato de Informes: Los informes policiales y fragmentos de noticias se han puesto en cursiva para diferenciarlos de la narración principal.

Corrección de fechas: Se ha unificado el formato de las fechas en los textos manuscritos y reportes.

CAPÍTULO 15

Hay un tipo de intimidad que es más densa que el sexo y más pesada que el amor: la complicidad.

Después de la confesión en el garaje, después de saber que Declan había estado presente en el momento en que mi infancia se convirtió en humo, el aire en Blackwood Manor cambió. Ya no era solo una casa en ruinas que estábamos arreglando. Se convirtió en un búnker. Un refugio contra un mundo que no entendería nuestra verdad.

Pasamos los dos días siguientes en un estado de fuga. Declan canceló sus reuniones. Yo dejé de bajar al estudio de arte. Nos atrincheramos en la biblioteca o en el dormitorio principal, moviéndonos por la casa como dos fantasmas que solo se hacen sólidos cuando se tocan.

—¿Duermes? —susurró Declan esa noche.

Estábamos en su cama. La tormenta había pasado, dejando tras de sí una niebla espesa que presionaba contra las ventanas, aislando la mansión del resto del universo.

—No —respondí, trazando con la yema del dedo la línea de una cicatriz en su muñeca.

Se había convertido en un hábito. Tocar sus cicatrices. Recordarme a mí misma que eran la prueba de que él había intentado salvarme, no destruirme. Era mi mantra. Él intentó abrir la puerta. Él se quemó por mí.

Declan suspiró y me atrajo más hacia él. Su cuerpo era un horno. Siempre irradiaba calor, como si el fuego que había presenciado hace veinte años se hubiera quedado atrapado bajo su piel.

—Tengo miedo de cerrar los ojos —confesó en la oscuridad.

—¿Por qué?

—Porque cuando los cierro, vuelvo a oírla. —Su voz se tensó—. Oigo la risa de Celeste. Esa risa de cristal roto. La oigo diciendo que el fuego es bonito.

Me estremecí. La imagen de la niña sociópata, la «amiga francesa» que había iniciado el incendio por diversión estética, era más aterradora que cualquier monstruo bajo la cama.

—Ella ya no puede hacernos daño, Declan. Está muerta.

—Los muertos son los únicos que pueden hacer daño de verdad, Sloane. Porque no puedes detenerlos. No puedes razonar con ellos. —Besó mi frente con una desesperación brusca—. Ella sigue aquí. En esta casa. En las paredes quemadas. A veces creo... a veces creo que ella provocó el incendio de la mansión desde la tumba, solo para asegurarse de que yo nunca fuera libre.

Me levanté sobre un codo para mirarlo. En la penumbra, sus ojos grises brillaban con una mezcla de agotamiento y locura contenida.

—No digas eso. Fue un accidente eléctrico. O fue ella, antes de morir, como sugería el diario. Pero ya pasó.

Declan me agarró la nuca, sus dedos enredándose en mi pelo.

—Tú eres mi ancla —dijo ronca y urgentemente—. Prométeme que no dejarás que ella gane. Prométeme que no dejarás que su memoria nos envenene.

—Te lo prometo.

Era fácil prometerlo en la oscuridad, envuelta en sábanas de hilo y en el olor a sándalo de su piel. Era fácil creer que éramos nosotros contra el fantasma de una mujer loca.

Pero a la mañana siguiente, la realidad del pacto empezó a pesar.

Bajé a la cocina a por agua. La casa estaba en silencio. Demasiado silencio.

Al pasar por el vestíbulo, vi un sobre en el suelo, deslizado por debajo de la puerta principal. No había sello de correos.

Lo recogí.

Dentro había una sola hoja de papel, impresa. Era una copia de una transacción bancaria. Una transferencia de la cuenta del fideicomiso Vane a una cuenta en las Islas Caimán. La fecha era de ayer.

Y una nota manuscrita en el margen, con la letra de Thea:

«Sé que la tienes ahí dentro, Declan. Sé que le estás contando tu versión del cuento de hadas. Pero pregúntale una cosa: ¿Por qué no hay autopsia de Celeste? Pregúntale dónde están las cenizas de su mujer.»

El papel tembló en mi mano.

¿Dónde están las cenizas?

No lo había pensado. Asumí que estaba enterrada en el panteón familiar. O que sus cenizas se habían esparcido en el mar.

—¿Sloane?

La voz de Declan me hizo saltar. Estaba en lo alto de la escalera, mirándome. Llevaba solo los pantalones del pijama. Su torso desnudo, fuerte y marcado, parecía una estatua en la penumbra del pasillo.

Escondí el papel detrás de mi espalda. Un reflejo culpable.

—Solo... iba a por agua —dije.

Declan bajó las escaleras. No corrió, pero sus movimientos eran fluidos, silenciosos. Depredadores.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, señalando mi mano oculta.

—Nada. Correo basura.

Declan llegó hasta mí. No intentó quitarme el papel. Simplemente me miró a los ojos, con esa intensidad que solía interpretar como pasión y que ahora, por primera vez, sentí como control.

—No me mientas, Sloane. —Su voz fue suave, pero helada—. Ya no hay secretos entre nosotros. Te conté lo peor de mí. Te di mis cicatrices. No me ocultes cosas.

Tragué saliva. Tenía razón. Él me había dado su confesión. Yo le debía mi lealtad.

Le tendí el papel lentamente.

Declan lo tomó. Leyó la nota de Thea. Su expresión no cambió, pero vi cómo se tensaba un músculo en su mandíbula.

—Thea es incansable —murmuró. Arrugó el papel en una bola con una sola mano, con violencia contenida—. Está intentando sembrar dudas. Es lo único que sabe hacer.

—¿Es verdad? —pregunté, mi voz apenas un susurro—. ¿Lo de la autopsia?

Declan tiró la bola de papel a la papelera del vestíbulo como si fuera basura insignificante.

—No quedó suficiente de ella para una autopsia, Sloane. —Me miró, y sus ojos estaban vacíos de emoción—. El fuego en el invernadero fue... total. Se identificó por los registros dentales. Eso es todo lo que quedó. Dientes y ceniza.

Sentí una náusea repentina.

—¿Y sus cenizas? Thea pregunta dónde están.

Declan dio un paso hacia mí, acortando la distancia hasta que pude sentir el calor de su cuerpo. Me tomó la cara entre las manos. Sus pulgares acariciaron mis pómulos.

—Las tiré —dijo.

—¿Las tiraste?

—Al mar. La misma noche que me las entregaron. —Sus ojos buscaron los míos, implorando que entendiera—. No quería tenerla en casa. No quería un monumento a mi tortura. Quería que desapareciera. ¿Es eso tan terrible? ¿Querer borrar el rastro de la persona que quemó tu vida?

Pensé en mi propia necesidad de borrar el pasado. En cómo había evitado mi pueblo natal durante veinte años.

—No —susurré—. No es terrible. Es humano.

Declan suspiró, apoyando su frente contra la mía.

—Gracias. Gracias por no juzgarme. Thea no lo entiende. Thea piensa que soy frío. Pero tú... tú sabes lo que es querer olvidar.

Me abrazó. Y yo le abracé de vuelta.

Pero mientras mis brazos rodeaban su cintura, mis ojos se clavaron en la papelera donde había tirado la nota.

«Pregúntale por qué no hay autopsia».

Declan tenía una respuesta para todo. Una respuesta lógica, trágica y emocionalmente resonante. Una respuesta diseñada para desarmarme.

Pero por primera vez, sentí una pequeña y fría duda en la base de mi estómago. No era sobre si me amaba. Sabía que me amaba. Me amaba con una intensidad que asustaba.

La duda era sobre si su amor era un refugio... o si era el muro de contención de una presa que estaba a punto de romperse.

—Vamos a la cama —susurró él contra mi oído—. Aquí abajo hace frío.

Me dejé llevar escaleras arriba, lejos de la nota de Thea, hacia el calor de su cama. Pero el frío del vestíbulo se vino conmigo, metido en los huesos, y supe que, por mucho que Declan me abrazara, ese frío ya no se iría.

CAPÍTULO 16

El insomnio en Blackwood Manor tenía sonido propio. Era el crujido de las vigas asentándose, el silbido del viento en las chimeneas y, últimamente, el sonido de la respiración de Declan.

Habían pasado tres noches desde el incidente de la nota de Thea. Tres noches en las que la atmósfera de la casa se había vuelto irrespirable, cargada de una electricidad estática que hacía que cada roce de piel se sintiera como una descarga.

Declan estaba... extraño.

Durante el día, era el amante perfecto. Atento, protector, casi servil. Me traía comida, me preguntaba cómo me sentía cada hora, supervisaba mi trabajo en la biblioteca con una devoción silenciosa. Pero había una tensión subyacente, una vibración constante, como un motor que se está revolucionando demasiado.

Y por las noches, venían las pesadillas.

No las mías. Las suyas.

Me desperté de golpe a las tres de la madrugada.

No sabía qué me había despertado. No había habido un grito, ni un trueno. Solo esa sensación atávica de que algo no estaba bien en el entorno inmediato.

La habitación estaba sumida en una oscuridad casi total, salvo por la luz grisácea de la luna que se filtraba por las rendijas de las cortinas pesadas.

Me giré para mirar el lado de la cama de Declan.

Estaba vacío. Las sábanas estaban revueltas y frías.

Me senté, frotándome los ojos, con el corazón empezando a acelerarse.

—¿Declan?

—Shhh.

El sonido vino desde la esquina de la habitación, cerca del sillón de terciopelo que había junto a la ventana.

Mis ojos se ajustaron a la penumbra.

Declan estaba allí sentado.

Estaba completamente inmóvil, con las piernas estiradas y las manos apoyadas en los reposabrazos. No dormía. Su cabeza estaba girada hacia mí, y aunque no podía ver sus ojos en la oscuridad, sentía el peso de su mirada. Era física. Pesada.

—Declan, ¿qué haces ahí? —Mi voz salió temblorosa.

—Vigilando —dijo. Su voz era plana, carente de la inflexión del sueño. Era la voz de un soldado en una trinchera.

—¿Vigilando qué?

—A ti. —Hizo una pausa, y escuché el sonido de él tragando saliva—. Y a las sombras. Se mueven, Sloane. Cuando tú duermes, ellas se acercan.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me levanté de la cama, ignorando el frío del suelo de madera, y caminé hacia él.

—Estás soñando despierto —le dije suavemente, arrodillándome a sus pies. Puse mis manos sobre las suyas. Estaban heladas y rígidas —. Ven a la cama. No hay sombras.

Declan bajó la mirada hacia mí. Con un movimiento lento, liberó una de sus manos y acarició mi pelo.

—Eres tan inocente —murmuró—. Crees que porque las puertas están cerradas estamos seguros. Pero ella tenía llaves, Sloane. Ella siempre encontraba la manera de entrar.

—¿Celeste?

—Ella entra en mis sueños. —Su mano en mi pelo se tensó un poco, convirtiéndose en un agarre—. Me dice que no merezco esto. Que no merezco tenerte. Que al final, te quemarás igual que ella.

—Eso es solo tu culpa hablando —insistí, tratando de ser la voz de la razón en su delirio—. No es real.

Declan se inclinó hacia delante. Su cara salió de las sombras y la luz de la luna iluminó sus rasgos. Estaba demacrado. Había ojeras profundas bajo sus ojos y una palidez cerosa en su piel. Parecía enfermo.

—¿Y si tiene razón? —susurró—. ¿Y si soy un peligro para ti? Sloane, a veces... a veces te miro dormir y siento unas ganas terribles de...

Se calló de golpe.

Mi corazón se detuvo.

—¿De qué, Declan? —pregunté, y tuve miedo de la respuesta.

Él cerró los ojos con fuerza, como si le doliera la luz.

—De encerrarte. De meterte en una caja de cristal donde nada pueda tocarte. Ni el fuego, ni el mundo, ni siquiera yo. —Abrió los ojos de nuevo, y estaban brillantes de lágrimas no derramadas—. Quiero protegerte tanto que me duele. Me duele físicamente. Y tengo miedo de que esa necesidad de protegerte... termine asfixiándote.

Recordé el diario de Celeste. «Quiere consumirme... Como el fuego». «Su posesividad no es control, es la medida de su amor».

Ella había sentido esto. Ella había estado sentada en esta misma oscuridad, escuchando estas mismas palabras.

Y sin embargo, yo no sentí el impulso de huir. Sentí una tristeza abrumadora. Vi al niño de doce años con las manos quemadas, intentando inútilmente mantener cerrada una puerta que el fuego ya había consumido.

—No me vas a asfixiar —le prometí, tomando su cara entre mis manos—. Pero no puedes protegerme si no duermes. Te estás

destruyendo, Declan. Y si tú caes, yo caigo.

Declan suspiró, un sonido largo y trémulo, y apoyó la frente en mi hombro.

—No me dejes dormir —suplicó—. Si duermo, vuelvo a esa noche. Vuelvo a oírte gritar en el armario. Y esta vez no puedo salvarte.

—Estoy aquí. Estoy viva. Mírame.

Lo obligué a mirarme. Lo besé suavemente.

—Ven a la cama. Yo vigilaré.

Logré convencerlo. Se tumbó en la cama, rígido al principio, pero poco a poco, con mis manos acariciando su espalda y mi voz susurrándole cosas sin sentido, su respiración se niveló. Cayó en un sueño profundo y sin sueños, o al menos, un sueño silencioso.

Pero yo no dormí.

Me quedé despierta, mirando el techo, con la mano de Declan aferrada a mi cintura con un agarre de hierro, incluso en sueños.

«Vigilando a las sombras».

Declan creía que estaba vigilando a los fantasmas de fuera. Pero mientras miraba su perfil en la oscuridad, la línea tensa de su mandíbula, las manos cicatrizadas que podían acariciar o romper... me di cuenta de que la sombra más oscura de la habitación estaba durmiendo a mi lado.

Y yo había prometido vigilarla.

La pregunta era: ¿estaba vigilando para protegerlo a él... o para protegerme de él?

CAPÍTULO 17

La erosión es un proceso lento. El agua golpea la roca, día tras día, y parece que no pasa nada. Hasta que un día, la roca se parte por la mitad y todo el acantilado se viene abajo.

Mi resistencia se estaba erosionando.

Había pasado una semana desde la confesión. Una semana de vivir en este limbo de pasión y paranoia. Declan apenas salía de la casa. Había delegado la gestión de Vane Holdings a sus vicepresidentes, alegando «problemas de salud». Y en cierto modo, no mentía. Su salud mental pendía de un hilo.

Yo intentaba mantener la normalidad. Trabajaba en la biblioteca. Restauraba libros. Pero mis manos ya no eran firmes. Cada vez que oía un ruido, saltaba. Cada vez que Declan entraba en la habitación, analizaba su estado de ánimo como un artificiero examinando un cable rojo.

—No deberías usar ese color —dijo Declan.

Estaba en el estudio de arte. Había vuelto a pintar para escapar de la tensión. Estaba mezclando un rojo carmesí para una puesta de sol.

Declan estaba detrás de mí. No le había oído entrar.

—¿Qué? —Me giré, con la espátula en la mano manchada de rojo.

—Ese color. —Señaló la paleta con un gesto de repulsión—. Es demasiado brillante. Parece sangre. O fuego.

—Es una puesta de sol, Declan.

—No me gusta. —Su voz subió de tono. Un pico repentino de agresividad que me sobresaltó—. Quítalo. Píntalo de azul. O de gris. Algo tranquilo.

Me quedé mirándolo. Sus ojos estaban dilatados, fijos en la mancha roja. Respiraba rápido.

—Declan, es mi cuadro.

—¡Y es mi casa! —gritó.

El grito rebotó en las paredes de cristal del estudio. Fue un sonido violento, desproporcionado.

Retrocedí un paso, chocando contra la mesa de trabajo. Un bote de aguarrás se volcó, derramando el líquido oloroso sobre el suelo.

El olor pareció despertarlo.

Declan parpadeó. Miró el aguarrás derramado. Me miró a mí, encogida contra la mesa, con el miedo escrito en la cara.

Su expresión se desmoronó. El monstruo desapareció y volvió el niño herido.

—Dios... Sloane. —Se pasó las manos por la cara, frotándose la piel con fuerza—. Lo siento. Lo siento mucho. No sé qué... el color... me disparó algo.

Se acercó a mí, con las manos levantadas en señal de rendición.

—No quise gritarte. Nunca quiero gritarte. Es el estrés. Thea... los abogados... no duermo bien.

Me abrazó. Yo me quedé rígida un momento antes de devolverle el abrazo.

—Está bien —dije. Pero mi voz sonaba hueca.

No estaba bien. Me había gritado por un color. Había tratado de controlar lo que yo pintaba. «Píntalo de azul. Algo tranquilo». Quería editar mi realidad. Quería borrar el fuego de mi paleta.

—Voy a limpiar esto —dijo él, mirando el aguarrás—. Ve a descansar. Por favor. Te prepararé un baño.

Me fui. Huí, en realidad.

Me encerré en el baño del piso de arriba. Abrí el grifo de la bañera para que el ruido del agua ahogara mis pensamientos.

Me miré en el espejo. Estaba pálida. Tenía ojeras. Me parecía a ella. Me parecía a la descripción de Celeste en su diario: pálida, frágil, asustada.

«A veces pienso que está construyendo una jaula con sus mentiras».

Saqué el diario de mi escondite (ahora lo llevaba siempre conmigo, en una bolsa de tela dentro de mi ropa). Releí la entrada sobre los «accidentes».

«¿Por qué me haces esto?»

La disculpa de Declan hace un momento... «No quise gritarte. Es el estrés». Era la misma retórica. La culpa era externa. El estrés. Thea. El color rojo. Nunca era él. Él era la víctima de sus propias reacciones.

Necesitaba saber más.

Había leído la Entrada 1, la 5 y la 12. Pero sabía que había más. Celeste era una escritora compulsiva. Tenía que haber un final. Una explicación de por qué, si ella era la pirómana loca que Declan describía, sus diarios sonaban tan lúcidamente aterrorizados.

Salí del baño. Declan estaba abajo, limpiando el estudio. Podía oírlo mover cosas.

Tenía diez minutos. Tal vez quince.

Fui al dormitorio principal. Al lado de Declan de la cama.

Había buscado en su despacho. Había buscado en la biblioteca. Pero nunca había buscado aquí. En su santuario más íntimo.

Abrí la mesita de noche. Nada. Solo pastillas para dormir y una pistola cargada (lo cual me heló la sangre, pero no me sorprendió).

Fui al vestidor. Filas de trajes grises y negros. Zapatos alineados militarmente.

Al fondo del vestidor, había una caja fuerte pequeña empotrada en la pared. Necesitaba código.

Probé fechas.

14-08-98 (El incendio de mi casa). Error.

15-11-23 (El incendio de la mansión). Error.

Su cumpleaños. Error.

Me detuve, frustrada.

Miré alrededor. Declan era sentimental. Guardaba el relicario. Guardaba la caja de cerillas. Sus contraseñas serían emocionales.

¿Cuál era la fecha más importante para él, aparte de las tragedias?

Recordé algo que me había dicho en una de nuestras noches de confesiones susurradas.

«El día que nos conocimos, Sloane. El día que entraste en la tienda. Fue el primer día que respiré en años».

¿Podría ser? ¿Tan pronto?

Recordé la fecha. 03-04-24.

Marqué los números. Mis dedos temblaban.

Click.

La luz verde se encendió.

Mi corazón dio un vuelco. Usaba la fecha de nuestro encuentro. Era... romántico. Y enfermizo. Significaba que yo era su secreto más valioso.

Abrí la puerta de acero.

Dentro no había dinero. No había joyas.

Había un collar de perlas roto. Un pasaporte a nombre de Celeste Vane (cancelado).

Y un libro.

No un cuaderno de espiral como las hojas que yo tenía. Sino un diario encuadernado en piel blanca, chamuscado por los bordes. Olía a humo rancio.

Lo saqué.

Era el diario original. El que sobrevivió al incendio.

Lo abrí por la última página escrita. La tinta estaba corrida en algunos puntos, quizás por agua, quizás por lágrimas.

La fecha era del 15 de noviembre. El día del incendio de la mansión. El día de su muerte.

Escuché pasos en la escalera.

Declan subía.

Cerré la caja fuerte de un golpe, giré el dial y metí el diario bajo mi jersey, presionándolo contra mi piel.

Corrí hacia el baño justo cuando la puerta del dormitorio se abría.

—¿Sloane? —llamó Declan.

—¡En el baño! —grité. Mi voz sonó ahogada por el ruido del agua que aún corría—. ¡El agua ya está lista!

Me miré al espejo. Tenía el diario de la muerta contra mi pecho. Y tenía la sensación de que, cuando lo leyera, los cimientos de esta casa, y de mi amor por Declan, se vendrían abajo definitivamente.

CAPÍTULO 18

La verdad pesa. Tiene masa física. Lo sentí mientras caminaba por el pasillo hacia el cuarto de invitados, con el diario de piel blanca quemándome la piel bajo el jersey. Pesaba más que un ladrillo. Pesaba más que la casa entera.

Le dije a Declan que me dolía la cabeza. Que el olor a aguarrás me había dado migraña y necesitaba acostarme un rato a oscuras. Él se mostró preocupado, por supuesto. Me ofreció pastillas, masajes, té. Tuve que rechazarlo tres veces, con una firmeza que rozaba la histeria, para que me dejara sola.

—Estaré en el despacho si me necesitas —dijo, besándome la frente. Sus labios estaban fríos—. Descansa, mi amor.

Cerré la puerta del cuarto de invitados y eché el cerrojo. Luego arrastré una silla y la puse bajo el pomo. Paranoia. O supervivencia.

Me senté en la cama, con las manos temblorosas, y saqué el diario.

El cuero blanco estaba manchado de hollín y huellas dactilares. Huellas de Declan. Él lo había guardado. Lo había salvado del fuego que mató a su dueña.

¿Por qué?

Si Celeste era la villana, si era la loca que él describía... ¿por qué guardar sus desvaríos? A menos que no fueran desvaríos. A menos que fueran pruebas.

Abrí el libro.

Las primeras páginas eran normales. Listas de la compra. Citas de médicos. Notas sobre decoración. La letra era la misma que yo conocía: picuda, nerviosa.

Fui pasando las hojas. A medida que avanzaban las fechas, la caligrafía se deterioraba. Se volvía más grande, más errática. Había páginas donde solo había una palabra escrita cien veces: FUEGO. FUEGO. FUEGO.

Eso validaba la historia de Declan. Ella estaba obsesionada.

Pero luego empecé a leer los párrafos.

«Él me mira como si fuera un insecto bajo un microscopio. Dice que me ama, pero es un amor que disecciona.»

«Encontré las cerillas en su coche hoy. Vulcan's Fire. Le pregunté por ellas. Se puso pálido. Dijo que eran mías. ¡Me dijo que eran mías! Me está haciendo luz de gas. Yo nunca he visto esas cerillas. Pero él me miró con esa tristeza infinita y dijo: "Pobre Celeste, has vuelto a olvidar". Y por un momento, le creí. ¿Estoy loca? ¿Soy yo quien quema cosas y luego lo olvida?»

Se me heló la sangre.

La manipulación. El gaslighting definitivo. Declan no solo la controlaba; la hacía dudar de su propia realidad. La convencía de que ella era la pirómana para encubrir sus propios impulsos.

Llegué a las últimas páginas. Noviembre.

«Tengo miedo de dormir. Él se sienta en el sillón y me mira. Dice que vigila a las sombras. Pero él es la sombra.»

Era exactamente lo que había pasado anoche conmigo. El mismo ritual. Las mismas palabras.

Y finalmente, la última entrada.

La fecha estaba escrita con trazos profundos, rasgando el papel.

15 de noviembre.

Sé lo que va a pasar. Lo siento en el aire. Huele a gasolina en el invernadero, aunque él jura que es fertilizante.

Hoy vino a mí llorando. Me pidió perdón por todo. Me dijo que quería empezar de nuevo. Que íbamos a "purificar" la casa. Usó esa palabra. Purificar.

Entendí lo que significaba. Vi sus manos. Esas manos llenas de cicatrices que él dice que se hizo salvándome. Mentira. Se las hizo porque disfrutaba demasiado viendo arder la madera y tardó mucho en soltarla.

Me ha encerrado. Ha cambiado las cerraduras del ala oeste. Dice que es por mi seguridad, para que no me haga daño. Pero sé que no voy a salir de aquí.

Escribo esto y lo esconderé en el único lugar donde él no mirará hasta que sea tarde. Si alguien encuentra esto... si tú, quienquiera que seas, estás leyendo esto... no te dejes engañar por sus ojos tristes. No te dejes engañar por su historia del niño héroe.

Él no es un superviviente. Es el arquitecto.

Voy a intentar salir por la ventana del invernadero esta noche. Si lo logro, iré a la policía. Si no...

Si muero quemada, él encendió la mecha.

El diario se cerró de golpe en mis manos.

El silencio de la habitación fue ensordecedor.

No había ambigüedad. No había locura en esas últimas líneas. Había una claridad aterradora.

«Si muero quemada, él encendió la mecha».

Declan había mentido sobre todo. Sobre el incendio de mi infancia. Sobre la naturaleza de Celeste. Sobre su «vigilia» nocturna.

Él no intentó salvar a mis padres. Se quemó las manos porque disfrutaba del fuego.

Y ahora... ahora estaba repitiendo el ciclo conmigo.

«Vamos a purificar la casa», había dicho ella que él dijo.

Y ayer, Declan me había dicho: «Vamos a levantar esta casa de nuevo. Tú elegirás los colores».

Yo era el reemplazo. Yo era la nueva Celeste. Y ahora que había encontrado la verdad, mi fecha de caducidad había llegado.

Un ruido en la puerta me hizo saltar. El pomo giró.

Estaba cerrado con llave y con la silla.

—¿Sloane? —La voz de Declan era suave, amortiguada por la madera—. ¿Estás despierta?

Me quedé paralizada, con el diario apretado contra mi pecho, mirando la puerta vibrar ligeramente bajo su mano.

—Sloane, abre. Tengo algo para ti.

No respondí.

—Sé que estás ahí —dijo, y su tono cambió. Perdió la calidez. Se volvió metálico—. Y sé que has estado en mi caja fuerte.

El terror me inundó. Lo sabía. Tenía cámaras. O simplemente me conocía demasiado bien.

—Abre la puerta, Sloane. No me obligues a tirarla abajo. Ya sabes que no se me da bien abrir puertas cerradas... pero esta vez tengo un hacha.

Era una broma. Tenía que ser una broma macabra sobre su pasado.

Pero entonces escuché el sonido de metal contra madera. Un golpe pesado.

Crak.

La madera del marco se astilló.

No era una broma.

Miré a la ventana. Estábamos en un segundo piso. Abajo, el acantilado y las rocas afiladas.

Estaba atrapada. Atrapada con el monstruo que había amado. Y esta vez, no había ningún armario donde esconderse.

CAPÍTULO 19

El sonido de un hacha atravesando madera de calidad es obsceno. Es un crujido húmedo, violento, seguido de un estallido seco que suena como un hueso rompiéndose.

¡Crak!

La hoja de acero brillante perforó el panel central de la puerta del cuarto de invitados, a la altura de mi cabeza. La punta se detuvo a unos centímetros, brillando con una malicia fría bajo la luz de la lámpara de la mesita de noche.

Grité. No pude evitarlo. Fue un sonido agudo, animal, que me raspó la garganta.

Retrocedí hasta chocar contra la pared opuesta, con el diario de Celeste apretado contra mi pecho como si fuera un escudo antibalas de cuero blanco.

—¡Sloane! —La voz de Declan llegó desde el pasillo, distorsionada por la barrera rota—. ¡Aléjate de la puerta! No quiero darte.

—¡Vete! —grité, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa, que pudiera usar como arma. La lámpara. El jarrón. La silla ya estaba atrancando la puerta, pero vibraba con cada golpe—. ¡Sé la verdad, Declan! ¡Lo he leído!

Hubo una pausa. El hacha no volvió a caer.

Solo se oía su respiración al otro lado. Pesada. Agitada.

—Lo que has leído... son las palabras de una mujer enferma —dijo. Su tono había cambiado. Ya no era amenazante. Era suplicante. Y eso era lo más aterrador de todo. Trataba de sonar razonable mientras sostenía un hacha—. Abre la puerta, Sloane. Déjame explicarte. Déjame enseñarte los informes médicos.

—¡Ella escribió que tú encendiste la mecha! —Las lágrimas me nublaban la vista—. ¡Dijo que si moría quemada, habías sido tú!

—¡Era una metáfora! —rugió él, y el hacha golpeó de nuevo. ¡BAM! La madera alrededor de la cerradura cedió. La silla se deslizó unos centímetros por el suelo encerado con un chirrido horrible—. ¡Ella hablaba en metáforas de mierda! ¡Abre la maldita puerta!

Miré a la ventana.

La lluvia golpeaba el cristal con tal fuerza que parecía que alguien estaba tirando piedras. El viento aullaba, un sonido grave y constante que hacía temblar los cimientos de la casa.

Era un segundo piso. Abajo, el camino de piedra del jardín lateral. Una caída de cinco metros. Si saltaba, me rompería las piernas. Y con las piernas rotas, él me atraparía antes de que pudiera llegar al coche.

Pero si me quedaba aquí...

La puerta se estremeció bajo otro impacto brutal. Una mano apareció por el agujero que había hecho el hacha. Una mano con cicatrices de quemaduras, buscando el pestillo interior.

El pánico, frío y líquido, inundó mis venas. Mi cerebro reptiliano tomó el control. Lucha o huye. Lucha o huye.

Huye.

Miré alrededor de la habitación. El baño contiguo.

No tenía salida, pero tenía una puerta sólida y un cerrojo pequeño. Ganaría tiempo.

Corrí hacia el baño justo cuando la puerta del dormitorio cedía con un estruendo final, la silla volcándose y la madera astillada volando

por los aires.

—¡Sloane!

Me encerré en el baño y eché el pestillo.

Era una defensa patética. Si había tirado abajo una puerta de roble macizo, esta puerta lacada no duraría ni dos segundos.

Miré la ventana del baño. Era pequeña, estrecha. Una ventana basculante.

Me subí al inodoro y la abrí. El viento entró como un puñetazo, trayendo lluvia helada que me empapó la cara al instante.

Miré hacia abajo.

Justo debajo de la ventana del baño, había un saliente del tejado del porche trasero. Estaba inclinado, cubierto de tejas de pizarra resbaladizas por la lluvia, pero estaba a solo un metro de distancia. Y desde ese tejado, podía bajar por el enrejado de las enredaderas hasta el suelo.

Era peligroso. Era una locura.

Pero detrás de mí, escuché los pasos de Declan entrando en el cuarto de invitados. Escuché el sonido del hacha siendo arrastrada por el suelo.

—No hagas ninguna estupidez, Sloane —dijo, su voz peligrosamente cerca de la puerta del baño—. Sé que estás ahí. Te oigo respirar.

Metí el diario dentro de la cinturilla de mis vaqueros, en la espalda, y me pasé el jersey por encima para asegurarlo.

—No voy a dejar que me encierres —susurré.

—No quiero encerrarte. Quiero salvarte de ti misma. Estás histérica. Estás interpretando mal las cosas. Sal y hablemos como adultos.

—Los adultos no usan hachas —dije, y trepé al alféizar de la ventana.

El pomo de la puerta del baño giró.

—Sloane, abre.

Saqué una pierna por la ventana. El frío era paralizante. El viento tiraba de mi ropa, intentando arrancarme del marco.

—¡Sloane!

¡BAM!

El primer golpe contra la puerta del baño.

Me impulsé hacia fuera.

Fue un movimiento torpe, desesperado. Mi cuerpo salió disparado hacia la noche. Mis botas resbalaron en las tejas mojadas del tejado del porche en cuanto aterricé.

Caí de rodillas. El impacto me sacudió los dientes. Me deslicé hacia el borde, arañando la pizarra mojada con las uñas, gritando en silencio.

Me detuve justo en el borde, con los pies colgando en el vacío.

Miré hacia arriba.

En la ventana del baño, recortada contra la luz de dentro, apareció la silueta de Declan. Me vio.

—¡Dios mío! —Su grito fue de terror puro—. ¡Quédate ahí! ¡No te muevas! ¡Voy a buscarte!

Desapareció de la ventana. Iba a bajar por las escaleras. Iba a interceptarme.

Me giré sobre mi estómago y busqué el enrejado de madera que cubría la pared lateral. Estaba viejo, cubierto de una glicina muerta y espinosa.

Me agarré a la madera podrida. Crujió bajo mi peso, pero aguantó.

Bajé. Las ramas me arañaron la cara y las manos. La lluvia me cegaba.

Toqué el suelo. Barro. Barro frío y profundo que me llegaba a los tobillos.

No miré atrás. Eché a correr hacia la parte delantera de la casa, hacia donde había dejado mi furgoneta.

La tormenta era un enemigo físico. El viento me empujaba hacia atrás, como una mano gigante en mi pecho. La lluvia caía horizontalmente, agujas de hielo que se clavaban en mi piel.

Llegué a la entrada principal.

La puerta de la casa se abrió de golpe.

Declan salió al porche. No llevaba el hacha. Llevaba una linterna potente cuyo haz de luz cortó la oscuridad y la lluvia, buscándome.

—¡Sloane! ¡Es peligroso! ¡Vuelve!

Me agaché detrás de uno de los leones de piedra de la entrada, temblando violentamente. El haz de luz pasó por encima de mi cabeza.

—¡No puedes irte! —gritó él, su voz luchando contra el viento—. ¡La carretera! ¡No conoces la carretera con este clima!

Miente. Miente para que te quedes.

Esperé a que el haz de luz se moviera hacia el lado izquierdo del jardín y entonces corrí hacia mi furgoneta.

Mis dedos, entumecidos y resbaladizos, tardaron una eternidad en sacar las llaves del bolsillo. Se me cayeron al barro.

—¡No! —gimoteé, cayendo de rodillas para buscarlas a tientas en el fango.

La luz de la linterna de Declan barrió el camino de grava. Se acercaba.

Mis dedos tocaron el metal frío de la llave.

La agarré, me levanté y abrí la puerta del conductor. Me lancé dentro y cerré el seguro justo cuando el haz de luz iluminaba la ventanilla trasera.

Arranqué el motor.

La vieja furgoneta tosió, protestó, pero arrancó.

Encendí los faros.

Declan estaba delante del coche.

Estaba parado en medio del camino de grava, empapado, con la camisa blanca pegada al cuerpo y el pelo negro aplastado sobre la frente. Tenía los brazos levantados, palmas hacia mí.

Su cara, iluminada por mis faros, era una máscara de desesperación. Gritaba algo, pero el rugido del motor y la lluvia lo ahogaban.

Pisé el acelerador.

No iba a atropellarlo. Pero él tenía que saber que lo haría si no se apartaba.

El motor rugió. Las ruedas patinaron en el barro antes de encontrar tracción en la grava.

Declan no se movió. Me miró directamente a los ojos a través del parabrisas mojado.

Apártate, supliqué mentalmente. Apártate, por favor.

En el último segundo, cuando el parachoques estaba a un metro de sus rodillas, se lanzó hacia un lado.

Pasé a su lado a toda velocidad, sintiendo el golpe de su mano contra la chapa de la puerta cuando intentó agarrar el tirador.

Miré por el retrovisor. Vi su figura en el suelo, levantándose, corriendo detrás de la furgoneta bajo la lluvia torrencial. Se hacía pequeño. Una sombra en el retrovisor.

—Adiós, Declan —sollocé.

Conduje hacia la verja de salida.

El camino serpenteaba bajando el acantilado. Era traicionero incluso con buen tiempo. Ahora, era una trampa mortal. El viento golpeaba el lateral de la furgoneta, amenazando con volcarla o empujarla hacia el precipicio.

Apreté el volante, conduciendo a veinte kilómetros por hora, con los limpiaparabrisas trabajando a máxima velocidad inútilmente.

Solo tengo que llegar a la carretera principal. Solo tengo que llegar al pueblo.

La verja de hierro forjado apareció entre la cortina de lluvia. Estaba abierta, tal como había quedado desde que llegaron los arquitectos esa mañana.

Pasé entre los pilares de piedra, sintiendo una oleada de alivio tan intensa que casi me mareo. Estaba fuera. Estaba fuera de su propiedad.

Giré a la derecha, hacia la carretera costera.

Avancé cien metros. Doscientos.

Y entonces, frené de golpe. Las ruedas se bloquearon y la furgoneta se deslizó de lado, deteniéndose a centímetros de un muro de oscuridad.

No era oscuridad. Era tierra.

Delante de mí, donde debería estar la carretera asfaltada, había una montaña de barro, rocas y árboles arrancados.

Un deslizamiento de tierra.

La ladera del acantilado superior había cedido por la lluvia torrencial, sepultando la carretera por completo. El montículo tenía al menos tres metros de altura. Impasable.

—No —susurré—. No, no, no.

Puse la marcha atrás. Tenía que haber otra salida. El camino viejo forestal. El que iba hacia el norte.

Girando el volante con frenesí, di la vuelta a la furgoneta en la carretera estrecha, con el parachoques trasero colgando peligrosamente sobre el borde del acantilado que daba al mar.

Conduje en dirección contraria, pasando de largo la entrada de Blackwood Manor.

Un kilómetro después.

Otro bloqueo.

Un pino centenario, enorme y negro como un cadáver gigante, había caído cruzando la carretera de lado a lado, llevándose por delante los cables de teléfono y electricidad. Las ramas eran una maraña impenetrable.

Detuve la furgoneta.

El silencio dentro de la cabina era absoluto, salvo por el golpeteo furioso de la lluvia en el techo.

Estaba atrapada.

La mansión estaba en un promontorio. Solo había una carretera de acceso, que rodeaba el acantilado. Y esa carretera estaba cortada por ambos lados. Norte y Sur.

El mar rugía abajo, una caída de cincuenta metros.

No había salida.

Miré el teléfono. Sin servicio. Los cables caídos explicaban por qué.

La realidad cayó sobre mí con el peso de la montaña que había bloqueado el camino.

Estaba sola. Estaba aislada. Y estaba atrapada en una isla de roca con un hombre que tenía un hacha y un historial de quemar sus problemas.

Recordé las palabras de Declan antes de que yo arrancara el coche.

«¡No puedes irte! ¡La carretera!»

Él lo sabía.

Él sabía que la carretera estaba cortada. Probablemente lo sabía desde la tarde. Por eso estaba tan desesperado en la entrada. No estaba intentando detenerme para hacerme daño. Estaba intentando detenerme para que no viera esto. Para que no viera que la jaula se había cerrado definitivamente.

O tal vez... tal vez quería que volviera.

Miré por el retrovisor.

A lo lejos, a través de la lluvia, vi una luz. Una luz solitaria y amarilla brillando en lo alto del acantilado.

La ventana de la biblioteca de Blackwood Manor.

Me estaba esperando.

Apagué el motor. No tenía gasolina para estar allí toda la noche con la calefacción. Y el frío empezaba a colarse por las juntas de las puertas. Si me quedaba aquí, moriría de hipotermia antes del amanecer. O el deslizamiento de tierra seguiría avanzando y empujaría mi furgoneta al mar.

Tenía que volver.

La única estructura segura en kilómetros a la redonda era la casa del monstruo.

Solté una risa histérica que sonó más como un sollozo.

Celeste tenía razón. Declan preparaba el escenario. Y la naturaleza, esa perra cruel, acababa de convertirse en su cómplice perfecta.

Me toqué la espalda, asegurándome de que el diario seguía ahí, seco y seguro bajo mi ropa. Era mi única arma. Mi única moneda de cambio.

Abrí la puerta de la furgoneta y salí a la tormenta.

Caminé de vuelta hacia la verja de hierro. Hacia la casa que se alzaba negra y enorme contra el cielo, con esa única ventana iluminada como un ojo vigilante.

Volvía a la boca del lobo. Pero esta vez, el lobo sabía que yo tenía dientes.

Y si iba a morir en esa casa, si iba a arder como Celeste... me aseguraría de que Declan Vane ardiera conmigo.

CAPÍTULO 20

Volver a una jaula por tu propio pie cambia algo fundamental en tu psique. Te quita la dignidad de la víctima y te da la vergüenza del prisionero voluntario.

Entré en el vestíbulo de Blackwood Manor empapada, con el barro de la tormenta pegado a mis botas y el diario de Celeste todavía presionado contra mi espalda, ahora húmedo por el sudor y la lluvia.

La casa estaba a oscuras, salvo por el resplandor de la chimenea que venía de la biblioteca.

Declan estaba allí. De pie en el umbral.

No parecía el hombre desesperado que se había lanzado frente a mi furgoneta hacía media hora. Se había cambiado de ropa. Llevaba pantalones secos y un jersey de lana gris. Tenía una copa de brandy en la mano.

Me miró con una calma que me heló la sangre.

—Sabía que la carretera estaba cortada —dijo. No fue una pregunta. Fue una constatación de su victoria.

—Tú lo sabías —acusé, mi voz temblando por el frío y la adrenalina —. Me dejaste ir sabiendo que no llegaría a ningún lado.

Declan dio un sorbo a su brandy.

—Te dije que era peligroso. Te dije que te quedaras. Pero tenías que verlo por ti misma. —Caminó hacia mí. Me quedé rígida, esperando el golpe, el grito, algo—. Siempre tienes que comprobarlo todo,

Sloane. Es tu naturaleza. Eres como Santo Tomás, necesitas meter el dedo en la llaga para creer que sangra.

Llegó a mi altura. Extendió la mano.

Me estremecí violentamente.

Pero él solo me quitó un mechón de pelo mojado de la cara.

—Estás helada. Ve arriba. Date una ducha caliente. He puesto ropa seca en la cama.

—No quiero tu ropa —escupí.

La mano de Declan se detuvo en el aire. Sus ojos se endurecieron.

—No estamos negociando, Sloane. Estamos sobreviviendo a una tormenta. Ahora sube.

Subí. No porque él lo ordenara, sino porque mis piernas no me sostenían.

Cuando salí de la ducha, envuelta en un albornoz grueso, encontré a Declan sentado en el sillón de mi habitación (mi antigua habitación de invitados, la de la puerta rota). Había «arreglado» la puerta de manera provisional, clavando unas tablas cruzadas sobre el agujero del hacha. Parecía una cicatriz de madera.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No tengo nada que decirte. Sé lo que eres.

Declan se levantó. Caminó hacia la cama y levantó la almohada.

Debajo estaba el diario de Celeste. Yo lo había escondido allí antes de entrar en la ducha, pensando que era un lugar seguro.

Estúpida. En esta casa no había lugares seguros.

Él lo tomó. Lo sostuvo con dos dedos, como si fuera algo contaminado.

—Has estado leyendo cosas que no debías —dijo suavemente.

—He estado leyendo la verdad.

—Has estado leyendo el vómito mental de una mujer paranoica. —Tiró el diario sobre la cama con desprecio—. ¿Crees que esto es una prueba? ¿«Si muero quemada, él encendió la mecha»? Es teatro, Sloane. Celeste amaba el drama. Amaba ser la víctima.

—Ella está muerta, Declan. Y tú estás vivo. Eso no es teatro. Es estadística.

Declan se acercó a mí. Su presencia llenó la habitación.

—Me acusas de controlarla. De encerrarla. —Señaló a su alrededor —. ¿Ves barrotes en las ventanas? ¿Ves cadenas?

—Veo una carretera cortada y un hombre que tiene las llaves de todos los coches.

—Eso es protección. —Su voz bajó, volviéndose peligrosa—. Tú no entiendes lo que es amar a alguien que quiere destruirse. Tienes que quitarle las cerillas. Tienes que cerrar las puertas. Tienes que vigilarla mientras duerme porque si parpadeas, ella se prende fuego y se lleva la casa con ella.

Me acorraló contra el armario.

—Lo hice por ella. Y ahora lo hago por ti.

—Yo no quiero destruirme —dije.

Declan sonrió. Una sonrisa triste, rota.

—¿No? Te fuiste en medio de un huracán. Condujiste hacia un deslizamiento de tierra. Si yo no te hubiera avisado... si no te hubiera dejado volver... estarías muerta.

Puso sus manos en mis hombros. Apretó.

—Eres igual que ella, Sloane. Te atrae el desastre. Por eso me quieres.

—No te quiero —mentí.

—Sí me quieres. —Su agarre se hizo doloroso—. Me quieres porque soy el único que ve tus cicatrices y no aparta la mirada. Me quieres

porque sabes que mataría por ti. Y eso te excita tanto como te aterra.

Me besó. Fue un beso duro, punitivo. Un beso que sabía a brandy y a desesperación. Intenté apartarlo, pero él me inmovilizó contra la madera.

—No vuelvas a intentar irte —susurró contra mis labios—. La próxima vez, no dejaré la verja abierta. La próxima vez, te ataré a la cama si es necesario. Por tu propio bien.

Me soltó y salió de la habitación, llevándose el diario.

Escuché cómo echaba la llave por fuera.

Me dejé caer al suelo, temblando.

Tenía razón en una cosa. Una parte de mí, una parte enferma y oscura, sentía una vibración eléctrica ante su control absoluto. Era la validación definitiva: era tan valiosa que no podía dejarme ir.

Pero la otra parte... la parte que quería vivir... sabía que esa vibración no era amor.

Era el zumbido de la silla eléctrica antes de la descarga.

CAPÍTULO 21

El encierro agudiza los sentidos. O te vuelve loca. A veces es difícil distinguir la diferencia.

Llevaba veinticuatro horas encerrada en Blackwood Manor con Declan. Él había adoptado una rutina de «normalidad agresiva». Cocinaba. Leía en el salón. Me hablaba del tiempo como si no me hubiera amenazado con atarme a la cama la noche anterior.

Pero yo no podía jugar a las casitas. Necesitaba entender la mecánica de mi prisión.

Aproveché que él estaba en el sótano revisando el generador (la luz parpadeaba constantemente) para escabullirme a la biblioteca.

Era mi territorio. Aquí, entre el polvo y el papel, yo tenía el control.

Cerré las puertas dobles y arrastré un pesado escritorio victoriano para bloquear la entrada. No detendría a un hombre con un hacha, pero me daría unos segundos de aviso.

Fui directa a la sección de arquitectura y planos locales, una estantería que Declan me había prohibido tocar «por el moho».

Saqué los planos originales de la casa. Y los informes de los bomberos sobre el incendio de la mansión, que Declan guardaba archivados allí (su arrogancia era su debilidad; guardaba sus trofeos).

Desplegué el plano sobre la mesa central.

Busqué el punto de origen del incendio: El Invernadero.

Según el informe oficial, un cortocircuito en el sistema de calefacción de las plantas exóticas provocó una chispa que prendió unos sacos de fertilizante. Accidental. Trágico.

Miré el plano del invernadero.

Estaba conectado a la casa por un pasillo de cristal. Tenía puertas al jardín.

Pero entonces, algo me llamó la atención en las fotos del informe pericial.

Las puertas del invernadero que daban al jardín tenían cerraduras de seguridad. Cerrojos interiores.

En la foto de los escombros, el cerrojo de la puerta principal del invernadero estaba visible. Estaba corrido. Cerrado desde dentro.

Y la puerta que conectaba con la casa...

Busqué la foto de esa puerta. Era una puerta blindada (Declan y su obsesión por la seguridad).

En la foto, la puerta estaba intacta, aunque ennegrecida. Los bomberos tuvieron que usar sierras para abrirla.

Estaba cerrada con llave desde fuera. Desde la casa.

Mi cerebro empezó a conectar los puntos con una velocidad vertiginosa.

Si la puerta del jardín estaba cerrada por dentro... y la puerta de la casa estaba cerrada por fuera...

Celeste estaba encerrada.

Pero espera.

Si Celeste inició el fuego, como decía su última entrada del diario («Si muero quemada, él encendió la mecha» podía ser metafórico, o podía significar que él la llevó al límite), ella tendría que haber tenido una forma de salir. Ella escribió: «Voy a intentar salir por la ventana».

Miré las ventanas en el plano. Eran ventanas altas, de ventilación. Mecánicas.

Busqué el informe del sistema eléctrico.

«El sistema de ventilación automática estaba desactivado manualmente desde el panel de control principal en el sótano».

Desactivado.

Las ventanas no se abrían.

Celeste no pudo salir. No porque el fuego fuera rápido. Sino porque estaba sellada.

Declan la había encerrado allí. Había cerrado la puerta blindada desde la casa. Había desactivado las ventanas desde el sótano.

Y luego...

Volví al informe del origen del fuego. «Cortocircuito».

Pero en el diario, Celeste decía: «Huele a gasolina en el invernadero».

Miré las fotos del suelo. Había patrones de calcinación irregular. Charcos.

No fue un cortocircuito. Fue combustible.

Declan la encerró. Vertió gasolina (o dejó que ella la vertiera en su locura, o la vertió él antes). Y luego... esperó.

Esperó a que ella muriera.

O quizás él tiró la cerilla.

Me llevé las manos a la cabeza, sintiendo que las paredes de la biblioteca se cerraban sobre mí.

No era solo un controlador. No era solo un hombre que «preparaba el escenario».

Era un ejecutor.

Había convertido el invernadero en una cámara de gas, pero con fuego. Una cámara de cremación en vida.

Y lo más aterrador era la premeditación. Desactivar las ventanas. Cerrar la puerta blindada. Eso no es un crimen pasional. Eso es ingeniería.

Un ruido al otro lado de las puertas dobles me hizo saltar.

Alguien empujó. El escritorio que usé de barricada chirrió contra el suelo.

—Sloane —dijo la voz de Declan. Calmada. Razonable—. Abre. Sé que estás ahí.

Miré los planos. Miré las fotos de la puerta cerrada.

Estaba en una habitación cerrada. Igual que Celeste.

—Estoy trabajando —dije, mi voz sonando estrangulada.

—No, no estás trabajando. Estás pensando. Y cuando piensas, te pones triste. Ábreme. He traído té.

Té.

Probablemente con sedantes.

—Déjame en paz, Declan.

—Sloane. —El pomo giró violentamente—. No me obligues a romper otra puerta. Se me están acabando las puertas bonitas.

Era una amenaza velada de humor negro.

Recogí los planos frenéticamente y los metí debajo de una pila de libros de contabilidad aburridos.

Aparté el escritorio.

Abrí la puerta.

Declan estaba allí, con una bandeja de plata y dos tazas de porcelana humeante. Sonrió.

—Ahí estás. Mi ratoncita de biblioteca.

Entró, pasando a mi lado. Su mirada recorrió la mesa, deteniéndose un segundo en la pila de libros de contabilidad donde había escondido los planos.

—¿Qué estabas mirando? —preguntó, dejando la bandeja.

—Cuentas —mentí—. Facturas de la restauración de 1920.

Declan se giró. Sus ojos grises me taladraron. Sabía que mentía. Siempre lo sabía.

—Qué aburrido —dijo—. Ven, tómate el té. Te ayudará a relajarte. Estás muy tensa.

Me tendió la taza.

La tomé. El líquido oscuro oscilaba.

—Gracias —dije.

—Bébelo —ordenó suavemente.

Lo llevé a mis labios. Olía a manzanilla... y a algo más. Algo amargo.

Fingí beber. Dejé que el líquido mojara mis labios pero no tragué.

—Delicioso —dije.

Declan me observó con la satisfacción de un científico que ve a su rata de laboratorio tomar el queso.

—Sabía que te gustaría. Ahora... siéntate y léeme algo. Me gusta tu voz.

Me senté. Abrí un libro al azar. Y empecé a leer, rezando para que el «té» no hiciera efecto por ósmosis, mientras mi mente seguía atrapada en ese invernadero cerrado, escuchando los gritos silenciosos de una mujer que no pudo salir.

CAPÍTULO 22

Nadie llega a una isla aislada por una tormenta a menos que tenga un motivo más fuerte que el instinto de supervivencia.

Estábamos en la cocina, fingiendo cenar, cuando escuchamos el golpe en la puerta principal. No fue un golpe de nudillos. Fue un aporreo desesperado.

Declan se puso tenso, el tenedor paralizado a medio camino de su boca.

—Quédate aquí —ordenó, levantándose y cogiendo un cuchillo de trinchar de la encimera con una naturalidad escalofriante.

Fui detrás de él, por supuesto.

Abrió la puerta.

Thea Vane cayó dentro del vestíbulo, empapada, cubierta de barro y temblando de hipotermia.

—¡Maldita sea! —Declan soltó el cuchillo y la agarró antes de que se golpeara contra el suelo—. ¿Thea? ¿Cómo demonios...?

—Escalé... —dijo ella, castañeteando los dientes. Su traje blanco de diseño era ahora un harapo marrón—. Escalé el deslizamiento. Caminé... desde la carretera.

Había caminado cinco kilómetros bajo la lluvia, trepando por una montaña de lodo.

—Estás loca —dijo Declan, pero había preocupación genuina en su voz. La cargó en brazos y la llevó al salón, frente a la chimenea—.

Sloane, trae mantas. Y whisky.

Obedecí. No por él, sino porque la determinación de Thea me había impresionado.

Diez minutos después, Thea estaba envuelta en lana, con un vaso de cristal en las manos temblorosas. Sus ojos grises, idénticos a los de su hermano, pasaban de él a mí con una urgencia febril.

—Tenía que venir —dijo—. Sabía que estabas aquí atrapada con él. Vi las noticias del deslizamiento.

—Estoy bien, Thea —dije, aunque mi voz carecía de convicción.

—No, no lo estás. —Me miró fijamente—. No tienes ni idea de con quién estás durmiendo.

Declan, que estaba atizando el fuego, se giró bruscamente.

—Basta, Thea. Te he dejado entrar. Te he calentado. No empieces con tus venenos.

—¡Ella tiene que saberlo! —gritó Thea, poniéndose de pie y dejando caer la manta—. ¡Tiene que saber sobre el historial de Celeste!

—Ella sabe —dijo Declan con frialdad—. Le he contado todo. Le he contado sobre el incendio de 1998. Sobre cómo Celeste estaba enferma.

Thea se quedó de piedra. Miró a Declan, y luego a mí. Una expresión de confusión absoluta cruzó su rostro.

—¿Qué? —susurró—. ¿De qué estás hablando? ¿Celeste en 1998?

—Sí —dije yo, interviniendo—. Declan me contó que ella provocó el incendio de mi casa. Que eran niños. Que él intentó detenerla.

Thea soltó una carcajada. Una risa aguda, histérica, que sonó como un cristal rompiéndose.

—¿Eso te ha contado? —Se giró hacia su hermano, con una mirada de incredulidad y asco—. Eres un monstruo, Declan. Incluso para tus estándares.

—¡Cállate! —rugió Declan, avanzando hacia ella.

Thea no retrocedió.

—¡Celeste no conocía a Declan en 1998! —Me gritó a mí—. ¡Celeste vivía en París! ¡Se conocieron en la universidad, diez años después!

El mundo se detuvo.

Miré a Declan. Su cara estaba pálida, cerosa.

—Miente —dijo él. Pero su voz sonó frágil.

—Tengo los anuarios, Declan. Tengo las cartas. —Thea se volvió hacia mí—. Él te ha mentido, Sloane. Celeste no estaba allí esa noche. El único niño que estaba en esa casa... el único niño con una caja de cerillas y una fascinación por ver cómo las cosas se consumían... era él.

—¡NO! —Declan agarró un jarrón de la repisa y lo lanzó contra la pared. El estallido fue ensordecedor—. ¡Yo intenté salvarlos! ¡Me quemé las manos!

—Te quemaste las manos porque no querías soltar el pomo —dijo Thea, con una tristeza infinita—. Papá me lo contó antes de morir. Dijo que te encontraron gritando, no porque quisieras entrar, sino porque el fuego te hablaba y tú querías tocarlo. Dijo que tuvieron que sedarte.

Retrocedí, chocando contra el sofá.

La historia del niño héroe se desmoronaba. La historia de la «chica francesa loca» era una invención. Una mentira elaborada para transferir la culpa a la única persona que no podía defenderse: su esposa muerta.

—Y Celeste... —pregunté, con un hilo de voz—. ¿Qué le pasó a Celeste?

Thea me miró con lástima.

—Celeste descubrió la verdad. Encontró cosas. Vio sus cicatrices y empezó a hacer preguntas. Y cuando quiso irse... cuando quiso divorciarse y llevarse sus secretos... tuvo un «accidente».

—Ella estaba enferma —insistió Declan. Estaba arrinconado, respirando como un animal salvaje—. Ella tomaba pastillas. Estaba paranoica.

—Tú la hiciste paranoica —dijo Thea—. La volviste loca con tu control. La encerraste en esta casa hasta que ella misma dudó de su cordura. Y luego, cuando ya no te servía... la quemaste.

—¡Yo no la quemé! —gritó Declan. Y entonces, se derrumbó.

Cayó de rodillas en la alfombra, cubriéndose la cara con las manos. Empezó a sollozar. No era un llanto de arrepentimiento. Era el llanto de un niño que ha sido descubierto.

—Yo la amaba —gimió—. Yo la amaba tanto... pero ella quería irse. Ella quería dejarme solo. Y yo no puedo estar solo. Las sombras vienen cuando estoy solo.

Miré a Thea. Ella estaba de pie sobre él, con la cara dura como el granito.

—Está encubriéndolo —susurró—. Has venido para encubrirlo, ¿verdad? Igual que tu padre.

Thea me miró.

—He venido para evitar que mate a otra —dijo—. Pero sí. Es mi hermano. Y es un Vane. No puedo dejar que vaya a la cárcel. Destruiría la empresa. Destruiría el legado.

—¿El legado? —Me reí, incrédula—. ¡Es un asesino en serie!

—Es un hombre enfermo —corrigió Thea—. Necesita ayuda. Necesita un hospital. No una celda.

—Necesita la silla eléctrica —dije.

Thea sacó algo de su bolsillo. Un teléfono satelital. El único tipo de teléfono que funcionaría con las líneas cortadas.

—Voy a llamar a un equipo privado —dijo—. Se lo llevarán. Lo internarán en una clínica en Suiza. Nadie sabrá nada. Y tú... tú serás compensada generosamente por tu silencio.

Ahí estaba. El soborno. La maquinaria Vane en acción.

Miré a Declan, llorando en el suelo. Miré a Thea, marcando el número con frialdad eficiente.

Estaba atrapada entre un monstruo de fuego y un monstruo de hielo.

Y me di cuenta de que Thea no era mi salvadora. Era la limpiadora. Y las limpiadoras eliminan todas las manchas. Incluida yo.

CAPÍTULO 23

El caos tiene una estructura. Primero viene la explosión, luego la onda expansiva, y finalmente, el vacío.

Thea estaba hablando por el teléfono satelital en el vestíbulo, dando coordenadas. Declan seguía en el suelo del salón, hecho un ovillo, murmurando cosas ininteligibles sobre «la puerta» y «el calor».

Yo aproveché el vacío.

Subí corriendo las escaleras hacia mi habitación. Necesitaba mis botas. Necesitaba el diario. Necesitaba un arma.

Me encerré en el cuarto y empujé la cómoda contra la puerta «reparada».

Estaba buscando mis llaves en la mochila cuando escuché pasos pesados en la escalera. No eran los tacones de Thea. Eran las zancadas de Declan.

Se había recuperado. O al menos, había cambiado de fase. Del llanto a la acción.

—¡Sloane! —Su voz retumbó en el pasillo. No sonaba enfadado. Sonaba aterrorizado—. ¡Sloane, no me dejes! ¡Thea quiere llevarme! ¡Quieren encerrarme!

Golpeó la puerta. Las tablas que había clavado crujieron.

—¡Vete! —grité, empuñando una lámpara de bronce pesada.

—¡No! —Sollozó—. ¡No entiendes! ¡Thea miente! ¡Ella siempre me ha odiado! ¡Ella quiere el dinero!

¡CRAK!

Rompió las tablas con el hombro. La puerta se abrió parcialmente, empujando la cómoda.

Vi su cara por la rendija. Estaba bañada en lágrimas, los ojos rojos e hinchados, los mocos cayéndole por la nariz. Era patético. Y terrorífico.

—Sloane, por favor —suplicó, metiendo la mano por el hueco. Intentaba alcanzarme, no para golpearme, sino para tocarme. Sus dedos se movían en el aire, buscando—. Tú eres la única que me ve. Tú viste mis cicatrices. Tú me creíste.

—Te creí porque me mentiste —dije, retrocediendo—. Celeste no estaba allí en el 98. ¡Eras tú! ¡Siempre fuiste tú!

—¡Lo hice por amor! —gritó, empujando la puerta con más fuerza. La cómoda se deslizó—. ¡Quería liberarlos! ¡Tus padres eran infelices! ¡Los oí discutir! ¡El fuego purifica, Sloane! ¡El fuego arregla las cosas rotas!

Ahí estaba. La locura destilada. Creía que estaba haciendo un favor. Creía que quemar era curar.

—Estás enfermo —susurré.

—Estoy enamorado —corrigió él, rompiendo en llanto otra vez—. Y tú también lo estás. Lo sentí. Sentí cómo temblabas cuando te toqué. Sentí tu oscuridad. Eres como yo. Nos alimentamos del mismo fuego.

Logró meter medio cuerpo en la habitación. Se arrastró por el suelo, agarrándose a mis tobillos.

Me quedé helada. El contacto de sus manos calientes me paralizó.

—No dejes que me lleven —me rogó, abrazando mis piernas, apoyando la cara en mis rodillas—. Nos iremos. Tú y yo. Lejos. Empezaremos de nuevo. Quemaremos esta casa y nos iremos.

Era el ciclo de abuso perfecto. La violencia, seguida de la vulnerabilidad extrema. El «mira lo que me haces hacer». El «sin ti

no soy nada».

Por un segundo, una fracción de segundo enferma, sentí pena por él. Sentí el impulso de agacharme y acariciar su pelo, de decirle que todo iría bien.

Ese impulso me horrorizó más que cualquier amenaza de muerte.

Ese impulso era la prueba de que me había roto. De que su manipulación había echado raíces en mi trauma.

Levanté la lámpara de bronce.

—Suéltame, Declan —dije con voz temblorosa.

—Nunca —susurró él, levantando la vista. Sus ojos brillaban con una devoción fanática—. Eres mía. Te salvé del fuego una vez. Y te salvaré mil veces más, aunque tenga que quemar el mundo entero para hacerlo.

Bajé la lámpara.

No le di en la cabeza. No soy una asesina.

Le di en el hombro, en la clavícula, con todas mis fuerzas.

Hubo un crujido asqueroso. Declan aulló de dolor y me soltó por reflejo, rodando sobre su espalda y agarrándose el hombro.

Aproveché el momento.

Salté sobre él, corrí hacia la puerta y salí al pasillo.

Thea estaba subiendo las escaleras, con el teléfono en la mano. Me vio salir corriendo.

—¡Detenla! —gritó Declan desde el suelo de la habitación—. ¡Thea, no la dejes ir! ¡Ella lo sabe todo!

Thea se interpuso en mi camino.

—Sloane, espera. No puedes salir ahí fuera. El equipo está en camino.

—¡Apártate! —La empujé. Thea, sorprendida por mi fuerza, tropezó y cayó sentada en los escalones.

Bajé los escalones de dos en dos.

Llegué a la puerta principal. Estaba cerrada con llave. Declan había echado el cerrojo de seguridad.

—¡Las llaves! —grité, buscando en la consola del vestíbulo. No estaban.

Miré hacia atrás. Declan salía de la habitación, sosteniéndose el hombro, con la cara transfigurada por la ira. Ya no lloraba. Ahora era pura furia.

—¡No vas a salir! —bramó—. ¡Nadie sale de Blackwood Manor!

Corrí hacia la cocina. La puerta de servicio. También cerrada.

Estaba atrapada.

Pero entonces recordé algo.

El despacho.

Había una puerta ventana en el despacho que daba a la terraza lateral. Declan solía fumar allí (aunque decía que no fumaba) cuando creía que yo dormía. A veces la dejaba sin el pasador de seguridad.

Corrí hacia el despacho.

Entré y cerré la puerta, atrancándola con una silla bajo el pomo.

Declan golpeó la puerta un segundo después.

—¡Sloane!

Fui a la puerta ventana.

Estaba cerrada. Pero el pasador... el pasador estaba echado.

—Mierda.

Miré alrededor buscando algo para romper el cristal.

Y entonces lo vi.

En el escritorio de Declan. Junto a su ordenador.

Una grabadora de voz digital. Pequeña. Negra. Con una luz roja parpadeando.

Estaba grabando.

O había grabado.

La curiosidad, ese defecto fatal, me hizo detener la mano que iba a coger el pisapapeles para romper el cristal.

Agarré la grabadora.

Pulsé Play.

La voz de Celeste llenó la habitación. Clara. Aterrorizada.

—Declan, por favor. Baja el arma.

—No es un arma, mi amor. Es una herramienta. —La voz de Declan. Suave. Calmada—. Vamos a arreglar esto. Vamos a purificar.

—¡No quiero morir! ¡Estoy embarazada!

—Lo sé. Por eso tenemos que hacerlo. El bebé no puede nacer en este mundo sucio. Tiene que nacer en el fuego. Como yo.

—¡Estás loco!

—No. Soy un artista. Y esta... esta será mi obra maestra.

Hubo un sonido de lucha. Un grito. Y luego... el sonido inconfundible de un líquido siendo derramado. *Glu, glu, glu.*

—Huele a gasolina... —susurró Celeste.

—Huele a redención.

Click. La grabación terminó.

Me quedé paralizada.

Tenía la confesión. Tenía el momento exacto del asesinato.

Declan estaba golpeando la puerta del despacho con su cuerpo sano. La madera crujía.

—¡Sé que la tienes! —gritó—. ¡Dame la grabadora, Sloane! ¡Es mía! ¡Es mi recuerdo!

Guardaba la grabación de la muerte de su esposa como un fetiche. Como pornografía auditiva.

Metí la grabadora en mi bolsillo.

Agarré el pisapapeles de mármol.

Miré la puerta ventana.

—Redención mis narices —dije.

Y lancé el mármol contra el cristal.

El estallido del vidrio rompiéndose fue el sonido más hermoso que había oído en mi vida. El sonido de la libertad.

Salté a la noche, a la tormenta, con la voz de la muerta en mi bolsillo y el asesino a mi espalda.

CAPÍTULO 24

La supervivencia es, en un noventa por ciento, actuación. El otro diez por ciento es pura, sucia y brutal suerte.

Después de rechazar el té «especial» de Declan en la biblioteca —ese líquido oscuro que olía a manzanilla y a sedación forzosa— y ver cómo su máscara de benevolencia se deslizaba por una fracción de segundo, revelando al carcelero desesperado que habitaba debajo, supe que el pánico directo no me salvaría. El pánico tiene un olor. Es ácido, metálico, como el sabor de una moneda vieja bajo la lengua. Y Declan, con sus sentidos afinados por años de vigilancia paranoica y secretos guardados en cajas de cerillas, podía olerlo mejor que un sabueso de caza.

Si le mostraba miedo, él apretaría el agarre. Si le mostraba sumisión, quizás, solo quizás, aflojaría la correa lo suficiente para que yo pudiera morder la mano que la sostenía.

Tenía que cambiar el guion. Tenía que dejar de ser la víctima que se atrinchera tras muebles victorianos y convertirme en la cómplice que él tan desesperadamente quería que fuera. La compañera del fuego.

Esperé una hora. Sesenta minutos contados por los latidos dolorosos de mi propio corazón contra las costillas, cada uno resonando en el silencio de la biblioteca como un tambor de guerra. Aproveché ese tiempo no para llorar, sino para blindarme. Escondí los planos robados del invernadero bajo mi ropa, pegados a la piel de mi espalda, asegurándolos con la cinturilla de mis vaqueros. El papel frío me rozaba la columna vertebral con cada movimiento, un

recordatorio constante de que la casa era una trampa mortal diseñada con precisión de ingeniero.

Me lavé la cara en el pequeño aseo de la planta baja con agua helada, frotando mis mejillas hasta que la fricción trajo sangre a la superficie, simulando un color que pudiera pasar por salud y no por terror. Me miré al espejo. La mujer que me devolvía la mirada tenía los ojos oscuros, dilatados, pozos de tinta negra donde el miedo nadaba libremente. Pero la mandíbula estaba tensa. Ya no era la niña del armario. Ya no era la restauradora de cosas rotas. Ahora era una actriz en el escenario más peligroso del mundo.

Salí de la biblioteca con pasos medidos, controlando mi respiración. Inhala. Exhala. No corras.

Encontré a Declan en el salón principal. Estaba sentado en su sillón de cuero, con un libro abierto en el regazo, pero sus ojos no recorrían las líneas. Estaban fijos en la puerta, esperándome. Su postura era rígida, la de un depredador que finge descanso pero tiene los músculos listos para saltar.

Al verme, cerró el libro de golpe. El sonido fue como un disparo seco.

—¿Te has bebido el té? —preguntó. Su voz era suave, cargada de esa falsa preocupación que usan los secuestradores cuando intentan convencerse de que son salvadores.

Sonreí. Fue la actuación de mi vida. Curvé los labios no con alegría, sino con una fatiga estudiada, pesada, medicada. Arrastré un poco los pies al caminar, dejando que mis hombros cayeran.

—Sí —mentí. Mi voz salió pastosa, perfecta—. Tenías razón, Declan. Me siento... más tranquila. Un poco mareada, tal vez. Como si flotara. Pero bien.

Declan se relajó visiblemente. Fue un cambio físico inmediato; la tensión salió de sus hombros como aire escapando de un globo. Suspiró, y en ese suspiro escuché su alivio: no tendría que usar la fuerza. Todavía.

—Te lo dije. —Se levantó y caminó hacia mí—. Solo necesitas descansar. Dejar de pensar tanto. Tu mente es tu peor enemiga, Sloane. Siempre buscando grietas donde no las hay.

Se acercó y me abrazó.

Este fue el momento de la verdad. Mi cuerpo gritó. Cada terminación nerviosa de mi piel quería retroceder, quería encogerse ante el contacto del hombre que había confesado ver arder mi casa. Pero le obligué a mis músculos a volverse líquidos. Dejé mi peso muerto contra el suyo, imitando la languidez de los sedantes. Apoyé la cabeza en su pecho, justo sobre su corazón. Latía fuerte. Latía rápido. Él también tenía miedo.

—Lo siento —murmuré contra la lana de su jersey, que olía a su colonia y al humo residual de la chimenea—. Lo siento por gritarte antes. El encierro... la tormenta... me afecta. Me hace ver cosas.

—Shhh. Lo sé. —Me besó la coronilla, sus labios presionando mi pelo con una posesividad que me dio ganas de vomitar—. Todo va a ir bien. Mañana despejarán la carretera. Vendrán los equipos. Nos reiremos de esto mientras desayunamos. Seremos nosotros otra vez.

Me separé suavemente, manteniendo la mirada desenfocada.

—Tengo hambre —dije, improvisando sobre la marcha—. Voy a preparar la cena. Quiero hacer algo normal. Necesito normalidad, Declan. Necesito sentir que somos una pareja normal en una noche de lluvia.

—¿Estás segura? —Me escrutó la cara, buscando la mentira—. Puedo hacerlo yo. O podemos comer algo frío.

—No. Me gusta cocinar. Me centra. Picar verduras, el calor del horno... es restaurador. —Le miré a los ojos, inyectando en mi mirada toda la devoción fingida que pude reunir—. Déjame cuidarte hoy, Declan. Has tenido mucho estrés. Has cargado con todo tú solo.

Sus ojos grises brillaron. Le di justo en el ego. Le encantaba eso. Le encantaba ser el mártir incomprendido, el objeto de cuidado, el centro gravitacional del universo. La idea de que yo, su víctima,

quisiera consolarlo validaba su delirio: él no era malo, solo estaba en una situación difícil, y yo lo entendía.

—Está bien —accedió, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano. Sus cicatrices rasparon mi piel—. Estaré aquí. Leyendo. No tardes.

Me di la vuelta y caminé hacia la cocina, sintiendo su mirada clavada en mi nuca hasta que doblé la esquina.

En cuanto estuve fuera de su vista, mi postura cambió. La languidez desapareció. Me moví rápido y en silencio.

La cocina de Blackwood Manor era un espacio industrial de acero inoxidable y granito negro, frío y funcional. La lluvia golpeaba la ventana del fregadero, un ritmo frenético que acompañaba mis pensamientos.

Objetivo 1: Armamento.

Abrí el cajón de los cuchillos. El brillo del acero bajo la luz fluorescente fue hipnótico. Había cuchillos de chef, cuchillos de pan, hachuelas. Demasiado grandes. Demasiado visibles. Necesitaba algo discreto.

Encontré un cuchillo de pelar. Hoja corta, de unos ocho centímetros, afilada como un bisturí, con mango de madera negra. Perfecto.

Me agaché, fingiendo buscar una olla en el armario bajo. Me subí la pernera del vaquero derecho y deslicé el cuchillo dentro de mi bota de trabajo. El metal frío se presionó contra mi tobillo, una molestia sólida y tranquilizadora. Al bajar el pantalón, no se notaba nada. Tenía un arma. Si se acercaba demasiado, si intentaba tocarme de esa manera otra vez, sangraría.

Objetivo 2: Acceso.

Mientras sacaba las tablas de cortar y las verduras, mi mente repasaba la logística. Las llaves. Las malditas llaves de la puerta principal y la trasera habían desaparecido del gancho habitual. Declan las llevaba encima. Lo había notado cuando me abrazó; el bulto duro y metálico en su bolsillo derecho del pantalón.

Tenía que quitárselas. O conseguir que abriera la puerta él mismo. Un robo directo era arriesgado; él estaba alerta. Necesitaba incapacitarlo.

Objetivo 3: Neutralización.

Empecé a preparar un estofado de carne. Era perfecto: pesado, de sabor fuerte, ideal para ocultar cosas. Puse la carne a dorar, el sonido del aceite chisporroteando llenó el silencio opresivo de la casa. Añadí vino tinto generosamente. El olor a alcohol y especias empezó a flotar en el aire.

Fui al armario del baño de servicio, adyacente a la cocina. El botiquín de emergencia.

Busqué con manos temblorosas. Tiritas. Yodo. Aspirinas. Nada útil.

Entonces, al fondo, un frasco naranja con receta. Codeína con paracetamol. Recetada a Declan Vane hace seis meses, probablemente para alguna lesión vieja o para sus dolores fantasmas.

Saqué dos pastillas. Eran grandes, blancas, polvorientas.

Volví a la cocina. Puse las pastillas sobre la encimera de granito y usé el fondo de un vaso pesado para triturarlas. El crujido fue fuerte. Me detuve, mirando hacia la puerta. ¿Lo habría oído?

Silencio. Solo el crepitar del fuego en el salón.

Convertí las pastillas en un polvo fino.

Serví dos copas de vino tinto. Un Cabernet Sauvignon denso, oscuro como la sangre venosa. Vertí el polvo blanco en una de las copas. Lo removí con el dedo, disolviéndolo hasta que no quedó ni rastro.

Dos pastillas no lo matarían. Declan era un hombre grande, con tolerancia a muchas cosas. Pero lo ralentizarían. Enturbiarían sus reflejos. Le darían a mis piernas esa ventaja de dos segundos que necesitaría para llegar a la puerta antes que él.

Llevé la cena al salón.

Puse la bandeja sobre la mesa baja. El estofado humeante, el pan rústico, las dos copas de vino.

—Huele increíble —dijo Declan, dejando el libro. Me miró con gratitud, con esa vulnerabilidad infantil que era su arma más peligrosa—. Gracias, Sloane.

—Come —le dije, sentándome a su lado, pero no demasiado cerca. Le pasé la copa marcada. Mi pulgar rozó la suya—. Necesitas fuerzas.

Él tomó la copa. Miró el líquido oscuro a la luz del fuego.

Por un segundo terrorífico, pensé que lo sabía. Pensé que vería el sedimento, o que su paranoia le haría sospechar.

—Por nosotros —dijo, levantando la copa—. Por superar la tormenta.

—Por la supervivencia —respondí, chocando mi copa (limpia) con la suya. El cristal cantó.

Declan bebió. Un trago largo, profundo. Vi cómo su garganta se movía al tragar. Vi cómo el veneno bajaba.

Empecé a comer. La conversación fue una danza surrealista sobre el filo de una navaja.

—Creo que tenías razón sobre el rojo —dije, rompiendo un trozo de pan. Mi voz sonaba extrañamente calmada—. Para el estudio. Es un color demasiado agresivo. Sangra visualmente. Debería pintarlo de azul. Azul cobalto.

Declan parpadeó. Sus párpados empezaron a caer ligeramente. La codeína, mezclada con el alcohol y el cansancio acumulado, estaba golpeando rápido.

—El azul es bueno —dijo, arrastrando un poco las palabras, la lengua pesada—. El azul es paz. El azul es agua. El agua apaga el fuego.

—Exacto. El agua limpia.

Él sonrió, una sonrisa ladeada y borracha. Alargó la mano y tocó la mía sobre la mesa. Su piel estaba caliente, seca.

—Eres buena, Sloane —murmuró, sus ojos perdiendo foco—. Estás aprendiendo. Estás entendiendo cómo funciona esta casa. Cómo funciono yo. No hay que luchar contra la corriente. Hay que dejarse llevar.

—Estoy entendiendo —repetí. Estoy entendiendo que eres un psicópata narcisista y que te voy a destruir antes de que salga el sol.

El silencio cayó de nuevo, pero esta vez no era tenso. Era el silencio pesado de la droga haciendo efecto. La cabeza de Declan empezó a cabecear.

Y entonces, sucedió.

¡BAM! ¡BAM! ¡BAM!

Tres golpes brutales en la puerta principal.

No fue el viento. No fue una rama. Fue un puño humano, desesperado y violento.

La adrenalina limpió la niebla de la droga en el cerebro de Declan en un instante. Se sobresaltó, casi tirando la copa de vino. Sus ojos se abrieron de par en par, inyectados en sangre y pánico.

—¿Qué es eso? —susurró.

—Alguien en la puerta —dije, mi corazón acelerándose hasta doler. ¿Rescate? ¿La policía? ¿Un milagro?

Declan se levantó tambaleándose. Se agarró al respaldo del sofá para estabilizarse. La codeína todavía estaba en su sistema, luchando contra la adrenalina.

—Nadie puede subir aquí. La carretera no existe. —Miró hacia la puerta como si fuera un portal al infierno—. Es ella.

—¿Quién?

—La sombra.

Se dirigió a la cocina y volvió un segundo después con el cuchillo de chef grande que yo había dejado deliberadamente sobre la encimera. El acero brilló a la luz del fuego.

—Quédate aquí —ordenó.

Caminó hacia el vestíbulo, arrastrando un poco los pies.

Yo me levanté. No me quedé allí. Le seguí en silencio, como una sombra letal. Mi mano derecha bajó hacia mi bota, mis dedos rozando el mango de madera de mi propio cuchillo.

Era el momento. Fuera quien fuese el que golpeaba, esa puerta se iba a abrir. Y en el momento en que el cerrojo girara, mi actuación terminaría. Ya no habría más cenas, ni más sonrisas falsas.

Solo habría carrera. O sangre.

Me preparé, tensando cada músculo de mi cuerpo. Respiré hondo el aire cargado de humo y vino.

Y entonces, la puerta se abrió y el caos entró empapado en lluvia.

CAPÍTULO 25

La lluvia fría en la cara se sintió como un bautismo violento.

Había saltado a través del cristal roto de la puerta del despacho, un acto de fe ciega impulsado por el terror puro. Sentía el ardor de los cortes superficiales en mis brazos y en mi cara, líneas de fuego donde el vidrio me había besado al salir, pero la adrenalina actuaba como una anestesia natural, amortiguando el dolor bajo una capa de urgencia eléctrica.

Estaba fuera. Por fin, estaba fuera.

Me encontraba en la terraza lateral de piedra. La tormenta no había amainado; al contrario, parecía haberse enfurecido por mi huida. El viento me golpeó el pecho como un mazo invisible, casi tirándome de espaldas, y la lluvia caía en cortinas horizontales que hacían difícil mantener los ojos abiertos.

Dentro de la casa, a través del agujero irregular del cristal, oía los gritos de Declan.

—¡Sloane! ¡Vuelve! ¡Te vas a matar!

Su voz sonaba distorsionada, lejana, como si viniera del fondo de un pozo. No había ira en ella, y eso era lo peor. Había pánico. Había la desesperación de un niño que ve cómo se le escapa su juguete favorito.

No miré atrás. Corrí hacia la negrura del jardín.

No podía ir a la carretera principal; estaba bloqueada por toneladas de lodo y árboles caídos. No podía usar la furgoneta; no tenía llaves y estaba atascada en el barro. Estaba atrapada en una isla de roca suspendida sobre el Pacífico.

Tenía que esconderme. Desaparecer en el paisaje hasta que llegara el «equipo» de Thea, o intentar la locura de bajar el acantilado a pie por el antiguo sendero de los pescadores, una ruta suicida con este clima, pero estadísticamente más prometedora que morir a manos de mi amante en un salón victoriano.

Me dirigí hacia las ruinas del antiguo cenador de piedra, cerca del borde del acantilado, donde el jardín terminaba y el vacío empezaba. El techo de la estructura se había caído hacía años, víctima de otra tormenta, pero los muros de piedra cubiertos de hiedra ofrecían algo parecido a un refugio contra el viento aullante.

Me dejé caer en el suelo de tierra mojada, acurrucándome en una esquina oscura. Mis dientes castañeteaban tan fuerte que me dolía la mandíbula. Estaba empapada hasta la médula, la ropa pesaba toneladas, y el frío empezaba a entumecer mis dedos.

Pero mi mente estaba ardiendo.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón, rezando para que no se hubiera caído durante el salto. Mis dedos tocaron el plástico frío y liso.

La grabadora.

La saqué. Estaba mojada, resbaladiza. La pequeña luz roja de la batería parpadeaba débilmente, un pulso agónico en la oscuridad. Batería baja. Le quedaban minutos de vida. Quizás solo una reproducción más.

Tenía que escucharla. Tenía que estar segura de que no había imaginado el horror en medio del caos. Tenía que validar mi huida.

Me llevé el aparato a la oreja, cubriéndolo con mi mano ahuecada y con mi pelo mojado para amortiguar el rugido del viento y el mar.

Pulsé Play.

El sonido de la estática digital llenó mi oído. Luego, el viento de hace seis meses. Y luego, las voces.

—Declan, por favor. Baja el arma. —La voz de Celeste.

Cerré los ojos. Esperaba oír terror. Esperaba oír la súplica de una mujer embarazada frente a su verdugo. Pero ahora, agazapada en la oscuridad, con mis sentidos de restauradora —entrenados para notar detalles invisibles, matices de color, texturas sutiles— escuché algo más.

Escuché el tono.

No era un ruego tembloroso. No había esa vibración gutural del miedo primario. Era... melódica. Casi burlona. Había una nota de hastío teatral, como una mala actriz recitando una línea en una obra que le aburre soberanamente. Era una frase dicha para la audiencia, no para el interlocutor.

—No es un arma, mi amor. Es una herramienta. —La voz de Declan.

Su voz se quebraba. Estaba rota en mil pedazos. Respiraba de forma errática, hiperventilando. No era la voz calmada y fría de un psicópata en control. Era la voz de alguien que está llorando, ahogándose en mocos y lágrimas.

—Vamos a arreglar esto. Vamos a purificar.

—¡No quiero morir! ¡Estoy embarazada!

Aquí. Aquí estaba el matiz que mi cerebro en pánico había pasado por alto la primera vez. Justo antes de que Celeste gritara eso, hubo un sonido. Un sonido nítido, mecánico, metálico.

Click-clack.

El sonido inconfundible de la tapa de un encendedor Zippo abriéndose y cerrándose. Un jugueteo nervioso.

Si Declan tenía el arma... ¿por qué sonaba un encendedor cerca del micrófono, que presumiblemente estaba cerca de Celeste (dado el volumen de su voz)?

—Lo sé. Por eso tenemos que hacerlo. El bebé no puede nacer en este mundo sucio. Tiene que nacer en el fuego. Como yo.

Rebobiné con dedos torpes. Escuché de nuevo.

Esa frase... «Tiene que nacer en el fuego. Como yo».

No la dijo Declan.

La calidad del audio era engañosa, el viento distorsionaba las frecuencias bajas, pero la cadencia... la respiración susurrante... la risa ahogada al final de la frase...

Era Celeste.

Celeste estaba hablando de sí misma. Ella era la que se identificaba con el fuego. Ella era la que creía que el mundo estaba sucio. Declan nunca había hablado de «nacer en el fuego». Declan hablaba de sobrevivir al fuego.

Mi sangre se detuvo en mis venas, congelándose más rápido que por la lluvia.

—¡Estás loco! —gritó Declan. No ella. Él. Él gritó «¡Estás loca!», pero la distorsión y mi propio prejuicio lo habían invertido en mi primera escucha.

—No. Soy un artista. Y esta... esta será mi obra maestra. —Celeste. Susurrando. Con esa risa de cristal roto que Declan había mencionado en sus pesadillas y que yo había descartado como una excusa.

El sonido de lucha física. Cuerpos chocando. El sonido líquido, viscoso, de algo siendo derramado. Glu, glu, glu.

Y entonces, el final.

—Huele a gasolina... —dijo Declan, con un tono de horror puro y reconocimiento.

—Huele a redención. —Celeste. Su voz se desvaneció, alejándose del micrófono, probablemente caminando hacia atrás, hacia la chispa.

La grabadora se apagó. La luz roja murió definitivamente.

Me quedé en la oscuridad absoluta, con el sonido del mar rugiendo abajo como una bestia hambrienta, pero en mi cabeza solo había un silencio devastador.

Lo había entendido todo al revés.

Cada palabra. Cada entonación. Cada silencio.

Declan no la estaba amenazando. Declan la estaba suplicando. Celeste tenía el encendedor. Celeste tenía la gasolina. Ella había llevado la grabadora, probablemente escondida en su ropa, para documentar su «obra maestra».

Celeste no era la víctima embarazada que intentaba huir de un marido abusivo. Celeste era una suicida mesiánica, una fanática de su propia destrucción que quería llevarse a su marido, a su casa y a su hijo no nato en una pira funeraria de «purificación».

Recordé la frase del diario: «Si muero quemada, él encendió la mecha».

No era una acusación póstuma de una víctima. Era la última jugada maestra de una mente brillante y enferma. Sabía que él sobreviviría. Sabía que él intentaría salvarla. Sabía que él cargaría con la culpa. Y escribió ese diario, y grabó esa cinta de forma ambigua, para asegurarse de que, incluso si el fuego no lo mataba físicamente, la sospecha y la culpa lo devoraran vivo durante el resto de sus días.

Ella había preparado el escenario para destruirlo desde la tumba. Había convertido su muerte en una trampa para osos, y Declan llevaba seis meses con la pierna atrapada en los dientes de metal, sangrando.

Y yo... yo acababa de caer en su trampa. Yo había apretado el cepo.

Había creído al fantasma de papel y tinta en lugar de al hombre vivo de carne y hueso que me había mostrado sus cicatrices, que me había construido un estudio, que se había quemado las manos intentando abrir una puerta hace veinte años.

De repente, un haz de luz potente barrió el jardín, cortando la lluvia como un sable láser.

Declan había salido de la casa.

—¡Sloane! —Su voz llegaba rota por el viento, cargada de una angustia que ahora reconocía como genuina—. ¡Sé que estás ahí! ¡Por favor! ¡No te escondas!

No sonaba como un cazador. Sonaba como un hombre que ha perdido todo y está a punto de perder lo único que le queda.

—¡Dame la grabadora y hablaremos! —gritó, moviendo la linterna frenéticamente—. ¡Podemos borrarla! ¡Podemos empezar de cero! ¡Te perdono!

«Te perdono».

Hace diez minutos, esa frase me había parecido la audacia de un monstruo perdonando a su víctima. Ahora, entendía su significado real. Él me perdonaba por dudar. Me perdonaba por creer la mentira de Celeste. Me perdonaba por huir.

Me levanté. Tenía que moverme. Si me quedaba aquí, me encontraría, y en mi estado de confusión, no sabía cómo reaccionaría él ante mi miedo. La situación seguía siendo volátil; él estaba desesperado, y la gente desesperada hace cosas peligrosas, incluso si no son malvadas.

Miré hacia el acantilado. El sendero de los pescadores empezaba justo detrás del cenador.

Empecé a bajar. Tenía que ganar tiempo para pensar.

El camino era una pesadilla de barro líquido y piedras sueltas. Resbalé dos veces en los primeros diez metros, despellejándome las rodillas contra la roca volcánica. Me agarraba a los arbustos espinosos para no caer al vacío, sintiendo las espinas clavarse en mis palmas.

Arriba, la luz de la linterna de Declan se detuvo en el borde. Me había visto.

—¡Te veo! —gritó—. ¡No bajes! ¡Es peligroso!

Escuché pasos corriendo hacia el borde. Él venía a por mí. No para empujarme. Para agarrarme.

Aceleré, presa del pánico residual.

Entonces, mi pie derecho pisó una roca que parecía firme pero que solo estaba sujeta por el barro ablandado por la lluvia.

La piedra cedió.

El mundo giró. Perdí el equilibrio y caí rodando por la ladera, golpeándome contra raíces y piedras. El cielo y el mar se mezclaron en una licuadora gris.

Me detuve de golpe contra el tronco de un pino torcido que crecía horizontalmente desde la pared del acantilado, a unos cinco metros por debajo del borde. El impacto me sacó el aire de los pulmones con un sonido agónico.

Me quedé allí, colgando sobre el abismo, jadeando, viendo estrellas.

Me toqué el bolsillo.

La grabadora. No estaba.

El pánico, más agudo que el dolor de mis costillas, me hizo incorporarme. Busqué a mi alrededor en la oscuridad.

Allí.

Había caído unos metros más abajo, encajada precariamente en una grieta de la roca.

Me estiré para alcanzarla.

—No te muevas —dijo una voz desde arriba.

Levanté la vista.

Declan estaba en el sendero, tres metros por encima de mí. La lluvia le pegaba la ropa al cuerpo, esculpiendo su figura contra el cielo tormentoso. Parecía una gárgola gótica asomada al abismo. Tenía una cuerda en una mano. Y la pistola en la otra.

—Sube, Sloane —dijo. Apuntaba a mi cabeza. O tal vez apuntaba al espacio a mi lado. Su mano temblaba violentamente—. Sube o bajo yo.

Miré la grabadora. Miré el mar. Miré el arma.

—Dispara —le reté, gritando por encima del viento, una última prueba de fuego—. Dispara y la grabadora se cae al mar. Y nunca la recuperarás. Nunca tendrás el sonido de su muerte para torturarte por las noches.

Declan vaciló. Bajó el arma un milímetro. Su cara se contrajo en una mueca de dolor físico.

—Eres cruel —dijo, y su voz se rompió—. Eres cruel, Sloane. Yo te amo.

—Tú amas a tus fantasmas.

—Sube. Por favor. No quiero que te caigas. No puedo ver caer a nadie más.

No era una amenaza. Era una súplica.

Me estiré más hacia la grabadora. La agarré.

En ese momento, la roca bajo mis pies se desmoronó del todo.

Resbalé hacia el vacío.

—¡SLOANE!

Declan se lanzó hacia delante, soltando el arma, que cayó rebotando por el acantilado. Se estiró más allá de lo humanamente posible para agarrarme.

Nuestras manos se rozaron en el aire. Sus dedos quemados contra mis dedos helados.

Por un segundo, estuvimos conectados por la electricidad estática de la tormenta y del trauma. Y en sus ojos, iluminados por un relámpago lejano, no vi odio. Vi el terror absoluto de la pérdida.

Pero la física ganó. La gravedad tiró de mí.

Me dejé caer.

No al mar. Sino a una repisa inferior cubierta de musgo que había visto un segundo antes.

Aterricé con un golpe seco. Me pegué a la pared de roca, oculta bajo el saliente.

Arriba, Declan gritó mi nombre. Un aullido largo, animal y desgarrador que se mezcló con el viento. Creyó que había caído al mar.

Me quedé inmóvil, abrazando la grabadora muerta contra mi pecho, escuchando sus sollozos arriba. Lloraba como un niño. Lloraba como alguien que acaba de matar lo único que le importaba.

—Se acabó —susurró él arriba.

Pero yo sabía que no se había acabado. Solo habíamos cambiado de escenario. Ahora estábamos en mi terreno. En la oscuridad. En el frío.

Y yo tenía la voz del fantasma en mi bolsillo.

CAPÍTULO 26

El miedo tiene una frecuencia. Es un zumbido agudo en el oído interno que te impide escuchar los matices. Cuando huí de la casa, con la grabadora en el bolsillo y el ruido de mi propia sangre martilleando en mis sienes, solo escuché lo que esperaba escuchar: la confirmación de que Declan era un asesino.

Pero ahora, agazapada en la cueva marina al pie del acantilado, con la lluvia creando una cortina de agua frente a la entrada y el mar lamiendo las rocas negras a pocos metros, el miedo había dado paso a una frialdad analítica.

Declan no había bajado. Sus gritos se los había llevado el viento. Estaba sola.

Saqué la grabadora. Estaba mojada, fría y resbaladiza como un pez muerto. La luz roja de la batería parpadeaba agónicamente. Le quedaban minutos de vida.

—Una vez más —susurré, acercándome el aparato al oído.

Pulsé Play.

El sonido de la estática. El viento. Y luego, las voces.

Esta vez, no escuché con el pánico de la víctima. Escuché con el oído de la restauradora. Escuché las capas.

—Declan, por favor. Baja el arma. (Voz de Celeste).

Me concentré en el tono. No era súplica. No había temblor. Era... burlona. Había una nota de hastío teatral, como una actriz recitando

una línea que le aburre.

—No es un arma, mi amor. Es una herramienta. (Voz de Declan).

Su voz temblaba. Estaba rota. No era la voz calmada y psicópata que yo había imaginado en mi huida. Era la voz de alguien que está llorando.

—Vamos a arreglar esto. Vamos a purificar.

—¡No quiero morir! ¡Estoy embarazada!

Aquí. Aquí estaba el matiz. Celeste gritó esto, pero hubo un sonido justo antes. Un click metálico.

El sonido de un encendedor Zippo abriéndose.

—Lo sé. Por eso tenemos que hacerlo. El bebé no puede nacer en este mundo sucio. Tiene que nacer en el fuego. Como yo.

Rebobiné. Escuché de nuevo.

Esa frase... «Tiene que nacer en el fuego. Como yo».

No la dijo Declan.

La calidad del audio era engañosa, pero la cadencia... la respiración...

Era Celeste.

Celeste estaba hablando de sí misma. Ella era la que había nacido en el fuego. Ella era la que creía que el mundo estaba sucio.

Mi sangre se detuvo.

—¡Estás loco! —gritó Declan. No ella. Él. Él gritó «¡Estás loca!», pero la distorsión y mi propio prejuicio lo habían invertido.

—No. Soy un artista. Y esta... esta será mi obra maestra. (Celeste).

El sonido de lucha. El líquido derramándose.

Y entonces, el final.

—Huele a gasolina... —dijo Declan, con horror.

—Huele a redención. —Celeste. Susurrando. Con esa risa de cristal roto que Declan había mencionado en sus pesadillas.

La grabadora se apagó. La batería murió.

Me quedé en la oscuridad, con el sonido del mar rugiendo fuera, pero en mi cabeza solo había un silencio absoluto y devastador.

Lo había entendido todo al revés.

Cada palabra. Cada entonación.

Declan no la estaba amenazando. Declan la estaba suplicando. Celeste tenía el arma (o el encendedor). Celeste tenía la gasolina.

Celeste no era la víctima embarazada que intentaba huir. Celeste era la suicida mesiánica que quería llevarse a su marido y a su hijo no nato en una pira funeraria de «purificación».

«Si muero quemada, él encendió la mecha».

La frase del diario volvió a mí.

No era una acusación póstuma. Era la última jugada de una mente brillante y enferma. Sabía que él sobreviviría. Sabía que él cargaría con la culpa. Y escribió ese diario para asegurarse de que, incluso si el fuego no lo mataba, la sospecha lo hiciera.

Ella había preparado el escenario para destruirlo desde la tumba.

Y yo... yo acababa de caer en su trampa.

Yo había creído al fantasma en lugar de al hombre vivo que me había mostrado sus cicatrices.

Recordé a Declan en el garaje. «Yo estaba intentando detenerla».

No mentía.

Recordé a Declan en el borde del acantilado, extendiendo la mano, soltando el arma para intentar agarrarme.

«Eres cruel, Sloane. Yo te amo.»

Me llevé las manos a la cabeza, sintiendo cómo la culpa me aplastaba más fuerte que cualquier roca.

Lo había dejado arriba. Lo había dejado creyendo que yo había muerto. Que yo me había caído al mar por huir de él.

Para un hombre cuya vida estaba definida por no haber podido salvar a la gente que amaba... eso era el golpe final.

—Declan —grité, poniéndome de pie.

Tenía que volver. Tenía que subir ese acantilado maldito.

No huía de un asesino.

Corría hacia un hombre inocente al que acababa de destrozar.

CAPÍTULO 27

La subida fue un calvario. Mis uñas se partieron contra la roca. El barro me cubría como una segunda piel. Pero no sentía dolor. Solo sentía la urgencia febril de reescribir la historia que yo misma había contado mal.

Mientras trepaba por el sendero de los pescadores, mi mente repasaba el diario de Celeste. Ahora que tenía la clave de la cinta, cada entrada del diario se reordenaba en mi cerebro, cambiando de significado como un holograma cuando lo giras a la luz.

Entrada 1: «Es intenso y posesivo. Cerró las puertas con llave.»

Realidad: Ella intentaba escapar para hacerse daño. Él cerraba las puertas para mantenerla a salvo dentro.

Entrada 5: «Sentí una mano en mi espalda... moretones en forma de dedos.»

Realidad: Ella se tiró. Él intentó agarrarla. Los moretones eran de él tratando de evitar que rodara por las escaleras, no empujándola.

Entrada 12: «Huele a gasolina... miente sobre dónde está.»

Realidad: Él olía a gasolina porque la estaba siguiendo. Porque sabía que ella iba a quemar algo. Estaba en el almacén intentando apagar los fuegos que ella encendía. Mentía para protegerla. Para que nadie supiera que su mujer embarazada era una pirómana.

«Está construyendo una jaula con sus mentiras».

Sí. Estaba construyendo una jaula. Pero no para ella. Para la verdad. Para proteger al mundo de ella, y a ella del mundo.

Llegué al borde del acantilado.

Me arrastré sobre la hierba mojada, jadeando, tosiendo agua salada y lluvia.

El jardín estaba vacío. La linterna de Declan estaba tirada en el suelo, cerca del borde, con el haz de luz apuntando inútilmente hacia el cielo, como un faro caído.

No estaba allí.

Me levanté, tambaleándome.

—¡Declan! —grité. El viento me robó la voz.

Corrí hacia la casa.

La puerta del despacho, con el cristal roto por donde yo había huido, oscilaba golpeando contra el marco. Clanc. Clanc.

Entré.

El despacho estaba vacío. La silla de cuero volcada. Papeles por el suelo.

Fui al vestíbulo.

—¡Declan!

Silencio. Un silencio sepulcral que pesaba más que la tormenta.

Subí las escaleras corriendo, dejando un rastro de agua y barro en la alfombra persa.

Fui a nuestro dormitorio. Vacío. La cama hecha, burlonamente perfecta.

Fui al cuarto de invitados, el de la puerta destrozada. Vacío.

Bajé de nuevo.

La cocina. El salón. La biblioteca.

Nada.

No estaba en la casa.

El pánico empezó a mutar en terror.

Si él creía que yo estaba muerta... si él creía que había fallado otra vez...

¿A dónde iría?

Recordé la frase de la cinta. «Esta será mi obra maestra».

El Invernadero.

El lugar donde todo empezó. El lugar donde ella murió. El lugar que él había reconstruido obsesivamente, panel a panel, cristal a cristal.

Salí de la casa por la puerta trasera.

El invernadero se alzaba al final del jardín, una estructura espectral de cristal y hierro forjado. A diferencia de la casa, que estaba a oscuras, el invernadero tenía una luz tenue en su interior. Un resplandor naranja.

Fuego.

No. Por favor, no.

Corrí. Mis botas resbalaban en el césped empapado.

Llegué a las puertas de cristal. Estaban cerradas.

Pegué la cara al vidrio.

El interior estaba lleno de orquídeas. Cientos de ellas. Blancas, púrpuras, rojas. Declan las había cultivado de nuevo.

Y en el centro, sentado en un banco de hierro bajo la cúpula central, estaba él.

No había fuego real. El resplandor venía de unas lámparas de calor industriales que mantenían la temperatura tropical para las plantas.

Declan estaba sentado con la cabeza entre las manos. Estaba quieto. Inmóvil.

A su lado, en el suelo, había una lata roja.

Gasolina.

Y en su mano derecha, colgando fláccidamente entre sus rodillas, el Zippo plateado.

Estaba terminando lo que Celeste había empezado.

Golpeé el cristal con los puños.

—¡DECLAN!

No se movió. Parecía catatónico. Perdido en un lugar donde mi voz no podía llegar.

Probé el pomo. Cerrado.

Busqué una piedra, un ladrillo, algo.

Encontré una maceta de terracota grande junto a la entrada. La levanté con un gruñido de esfuerzo y la lancé con todas mis fuerzas contra el panel de cristal inferior.

El sonido del vidrio estallando fue agudo y liberador.

Declan levantó la cabeza lentamente.

Me metí por el agujero, cortándome la pierna con un trozo de cristal, pero no me importó.

El aire dentro del invernadero era denso, húmedo y caliente. Olía a tierra mojada, a flores dulces y empalagosas... y al hedor acre y penetrante de la gasolina.

Había rociado el suelo. Había rociado las flores.

—Declan —dije, poniéndome de pie entre los cristales rotos.

Él me miró.

Sus ojos estaban vacíos. No había sorpresa. No había alivio. Era como si estuviera viendo un fantasma.

—Ya estás aquí —susurró. Su voz era ronca, arrastrada—. Sabía que vendrías a buscarme. Celeste siempre viene.

Me confundía con ella. O con su fantasma.

—No soy Celeste —dije, caminando hacia él con cuidado, como si me acercara a una bomba sin detonar—. Soy Sloane. Estoy viva. No caí.

Me detuve a dos metros de él. El suelo estaba empapado de combustible. Un paso en falso, una chispa de mis botas, y todo volaría.

—Sloane murió —dijo él, mirando el encendedor en su mano. Lo abrió. Click. La llama pequeña y azul bailó en la oscuridad—. Yo la maté. Igual que a las otras.

—No mataste a nadie, Declan. Mírame. —Me toqué la cara, manchada de barro y sangre—. Soy real. Tócame.

Él negó con la cabeza.

—Todo lo que toco se quema.

Levantó el encendedor. Su pulgar acarició la rueda.

—¡NO! —Me lancé hacia él.

No pensé. No calculé. Simplemente me arrojé a través del charco de gasolina y le placajeé.

El encendedor salió volando de su mano. Aterrizó en el suelo de baldosas húmedas, lejos del charco principal, pero la llama seguía encendida.

Rodamos por el suelo. Declan no luchó. Estaba flácido, rendido.

Me arrastré sobre él y le agarré las solapas de la camisa, sacudiéndolo.

—¡Estoy viva, maldita sea! ¡Mírame! ¡Huelo a mar, no a humo!

Declan parpadeó. Sus ojos enfocaron mi cara. Levantó una mano temblorosa y me tocó la mejilla. Sus dedos estaban fríos, manchados de gasolina.

—¿Sloane? —Su voz se rompió—. ¿Eres tú?

—Soy yo. Escuché la cinta, Declan. Escuché el final. Sé que fue ella. Sé que tú intentaste salvarla.

Él cerró los ojos y un sollozo desgarrador sacudió su cuerpo.

—No pude —lloró—. Nunca puedo.

—A mí sí —dije, abrazándolo fuerte, sin importarme el olor a combustible—. A mí me has salvado. Al no disparar. Al intentar agarrarme.

Miré el encendedor en el suelo. La llama parpadeó y se apagó sola, ahogada por la humedad del ambiente o por falta de combustible.

El peligro inmediato había pasado. Pero estábamos sentados en un polvorín, dos personas rotas cubiertas de gasolina, llorando en el lugar donde una mujer se había quemado viva seis meses antes.

—Sácame de aquí —susurró Declan, aferrándose a mí como un niño —. Por favor, sácame de aquí antes de que ella vuelva.

Lo levanté. Le ayudé a caminar fuera del invernadero, lejos de los vapores tóxicos, hacia la lluvia limpia y fría de la noche.

Nos sentamos en la hierba mojada, bajo el aguacero, respirando aire puro.

Pensé que la pesadilla había terminado. Pensé que la verdad de Celeste era el último secreto.

Pero cuando Declan levantó la vista hacia mí, con los ojos limpios por las lágrimas y la lluvia, vi algo en ellos que me detuvo el corazón.

No era alivio. Era una culpa aún más profunda. Una culpa antigua.

—Hay algo más —dijo—. Algo que no sabes.

—No importa —le dije—. Sé que ella era la pirómana. Sé que ella quemó la casa.

—Sí —dijo Declan—. Ella quemó la mansión. Y ella quemó el almacén.

Me miró fijamente.

—Y ella quemó tu casa en 1998.

Asentí.

—Lo sé. Me lo dijiste. Eran niños. Fue un accidente. Un juego que salió mal.

Declan negó con la cabeza lentamente. Y esa negación fue más aterradora que cualquier hacha.

—No, Sloane. —Su voz era un susurro de muerte—. No fue un juego. Y no fue un accidente. Ella sabía perfectamente qué casa estaba quemando. Y yo... yo sabía por qué.

CAPÍTULO 28

La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna gris y constante, pero el frío se había instalado en nuestros huesos de forma permanente.

Llevé a Declan de vuelta a la casa principal. No opuso resistencia. Caminaba como un sonámbulo, apoyando todo su peso en mí. Olíamos a gasolina, una fragancia química que me daba náuseas y me recordaba lo cerca que habíamos estado de convertirnos en una noticia de sucesos.

Entramos en la cocina. La luz fluorescente bajo los armarios zumbaba, un sonido irritante y mundano que contrastaba con el horror gótico de la última hora.

—Siéntate —le dije, empujándolo suavemente hacia una silla.

Declan se dejó caer. Tenía la mirada perdida en un punto medio de la pared. Sus manos, esas manos cicatrizadas que habían intentado encender su propia pira funeraria, descansaban inertes sobre la mesa.

Busqué toallas. Busqué alcohol para limpiarnos la piel. Froté sus manos con fuerza, intentando borrar el olor a combustible, intentando borrar la intención.

—¿Por qué? —pregunté mientras limpiaba la suciedad de sus nudillos—. ¿Por qué ibas a hacerlo, Declan? Sabes que no la mataste tú. La cinta lo prueba.

Declan no me miró.

—La cinta prueba que ella estaba loca. Pero no prueba que yo sea inocente.

—¿De qué eres culpable? ¿De sobrevivir?

—De silencio —dijo. Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad dolorosa—. El silencio es el oxígeno del fuego, Sloane. Si le quitas el oxígeno, se apaga. Pero yo... yo le di aire. Durante veinte años.

Me detuve. El trapo en mi mano se quedó inmóvil.

—¿De qué estás hablando?

—Me dijiste que creías que el incendio de tu casa en el 98 fue un juego de niños. Que Celeste eligió tu casa porque estaba aislada. Un lienzo en blanco.

—Sí. Eso me dijiste.

—Te mentí. —Su voz no tembló. Era la voz de alguien que está enunciando hechos forenses—. Te mentí por omisión. Porque tenía miedo de que si sabías la razón... la verdadera razón... me dejarías ahí mismo en el garaje.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Cuál fue la razón, Declan?

Él retiró sus manos de las mías, como si no mereciera mi tacto.

—Siéntate, Sloane. No querrás estar de pie para esto.

Me senté frente a él. La mesa de la cocina se convirtió en un abismo entre nosotros.

—Celeste no eligió tu casa al azar —empecé a decir, anticipándome —. ¿Conocía a mi familia?

—No a tu familia. A tu padre.

Parpadeé.

—¿A mi padre? Mi padre era carpintero. No se movía en los círculos de los Vane.

—No. Pero mi padre sí se movía en los círculos de... placer. —Declan hizo una mueca de asco—. Mi padre, Richard Vane, tenía una «amiga» en Cedar Creek. Una mujer que vivía en el pueblo. Iba a visitarla durante esos veranos en el lago.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi padre?

—Esa mujer... la amante de mi padre... había sido novia de tu padre en el instituto. Antes de que él conociera a tu madre.

Fruncí el ceño.

—Eso es historia antigua. Chismes de pueblo.

—Para Celeste no eran chismes. —Declan se pasó la mano por el pelo húmedo—. Celeste estaba obsesionada con mi padre. Era una fijación enfermiza, casi electra. Quería ser la única mujer en su vida. Odiaba a mi madre, pero mi madre era intocable. Odiaba a las amantes.

—Sigo sin entender.

—Celeste escuchó una conversación telefónica de mi padre. Él estaba rompiendo con la mujer del pueblo. Ella le dijo que seguía enamorada de su ex, del carpintero. De Robert Mercer.

El nombre de mi padre en su boca sonó extraño. Profano.

—Celeste dedujo, en su lógica retorcida, que si eliminaba al «rival» del afecto de esa mujer, mi padre volvería a estar feliz. O tal vez solo quería castigar a cualquiera que hiciera infeliz a mi padre. No lo sé. Su mente era un laberinto de cristales rotos.

—Espera —dije, levantando una mano—. ¿Me estás diciendo que Celeste quemó mi casa... mató a mis padres... por celos vicarios? ¿Por una conexión de tercera mano con tu padre?

—Sí. —Declan bajó la mirada—. Fue premeditado, Sloane. Ella sabía quiénes vivían allí. Sabía que era la casa de los Mercer. Me obligó a buscar la dirección en la guía telefónica.

Me quedé helada.

—Tú buscaste la dirección.

—Yo tenía doce años. Ella me dijo que quería enviarles una broma. Una carta anónima. No sabía... te juro por Dios que no sabía que quería quemarlos.

—Pero fuiste con ella. Llevaste las cerillas.

—Fui con ella. —Asintió—. Y cuando vi el fuego... cuando intenté abrir la puerta y me quemé las manos...

Se detuvo. Tomó aire.

—Aquí viene la parte que no te he contado. La parte que me convierte en el monstruo.

Mi corazón latía tan fuerte que me dolía el pecho.

—Dímelo.

—Cuando mi padre llegó y nos sacó de allí... en el coche, mientras nos alejábamos y yo lloraba de dolor... le conté lo que habíamos hecho. Le dije que habíamos quemado la casa de los Mercer.

—Y él lo encubrió. Eso ya lo sé.

—Sí. Pero él me hizo una pregunta. Me preguntó: «¿Viste a alguien salir?».

Declan levantó la vista. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Le dije que no. Le dije que la casa estaba cerrada. Que no había visto salir a nadie.

—Y entonces él...

—Entonces él condujo más rápido. —La voz de Declan se rompió—. No llamó a emergencias, Sloane. No porque quisiera proteger a Celeste. Sino porque sabía que si la policía investigaba, encontrarían la conexión con su amante. Encontrarían el motivo. El escándalo destruiría su matrimonio y su reputación.

Me tapé la boca.

—Dejó que mis padres murieran para proteger su aventura.

—Sí. Y yo... yo me callé. —Declan se golpeó el pecho con el puño—. Durante la investigación. Durante los años siguientes. Sabía por qué habían muerto. Sabía quién lo había hecho. Sabía que no fue un accidente eléctrico. Y me callé. Acepté el soborno de mi padre: el internado, los coches, el dinero, el silencio.

Se levantó de la silla, incapaz de quedarse quieto.

—Me casé con ella para vigilarla, sí. Pero también me casé con ella porque era la única forma de asegurar que el secreto nunca saliera. Me convertí en el guardián de la tumba de tus padres, Sloane. Cada vez que la miraba a ella, veía tu casa ardiendo.

Se giró hacia mí.

—No soy el niño héroe que intentó salvarlos. Soy el hombre que protegió a la asesina durante veinte años para salvar su propio apellido.

El silencio en la cocina era absoluto.

Ahí estaba. El segundo giro. El golpe emocional.

Declan no había encendido la cerilla. Pero su silencio había avivado las llamas durante dos décadas.

Me levanté. Sentía las piernas de plomo.

—Sabías quién era yo —dije—. Cuando me contrataste.

—Sí.

—Sabías que estaba restaurando los libros de la mujer que mató a mi familia.

—Sí.

—¿Cómo pudiste? —La pregunta salió en un susurro—. ¿Cómo pudiste tocarme? ¿Cómo pudiste besarme con esa boca llena de ceniza?

—Porque quería que me perdonaras —dijo él, y la desnudez de su egoísmo fue impactante—. Quería expiar mi culpa amándote.

Pensé... estúpidamente pensé que si te daba todo... si te daba la casa, el arte, mi vida... compensaría lo que te quité.

—No puedes comprar a mis padres con un estudio de arte, Declan.

—Lo sé. —Bajó la cabeza—. Ahora lo sé.

Me miró con una resignación total.

—Vete, Sloane. La carretera estará despejada por la mañana. Vete a la policía. Dales la cinta. Dales mi nombre. Cuéntales todo. No voy a detenerte. Ya no.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta del patio, hacia la oscuridad y la lluvia.

—¿A dónde vas? —pregunté, con el miedo volviendo a mi garganta.

—A terminar lo que empecé en el invernadero —dijo sin girarse—. Pero esta vez, sin fuego. El agua es más limpia. El acantilado es rápido.

—¡Declan, no!

Pero él ya había salido.

Y yo me quedé sola en la cocina, con la verdad completa en mis manos. Él era culpable. Culpable de cobardía, de encubrimiento, de egoísmo.

Pero mientras lo veía desaparecer en la noche, me di cuenta de que la justicia no me daría consuelo. Verlo morir no me devolvería a mis padres.

Y a pesar de todo... a pesar del horror y la mentira... mi cuerpo quería correr tras él. Porque él era el único otro habitante de mi infierno personal.

CAPÍTULO 29

La lluvia había parado, pero el mundo seguía mojado y resbaladizo. Corrí tras él. No hacia el invernadero esta vez, sino hacia el borde del acantilado, donde el sendero se cortaba abruptamente sobre el Pacífico.

Lo encontré allí. De pie. Mirando al vacío.

No estaba en posición de saltar. Estaba simplemente parado, dejando que el viento lo golpeara, como si esperara que una ráfaga lo suficientemente fuerte tomara la decisión por él.

—¡Declan!

Se giró lentamente. Su cara estaba vacía. Ya no había máscaras. Ni el empresario, ni el amante, ni el monstruo. Solo un hombre hueco.

—Te dije que te fueras, Sloane.

—No me voy a ir —dije, avanzando con cautela—. No hasta que terminemos esto.

—Está terminado. Sabes la verdad. Celeste los mató por celos delirantes. Mi padre lo encubrió por egoísmo. Y yo fui el cómplice silencioso que permitió que sucediera. Fin de la historia.

—No es el fin. —Llegué a su lado. El mar rugía abajo, un sonido furioso y constante—. Tú eras un niño, Declan. Un niño abusado por un padre poderoso y manipulado por una psicópata.

—No me excuses —espetó con violencia—. Tengo treinta y dos años ahora. Podría haber hablado hace diez años. Podría haber hablado

cuando mi padre murió. Pero no lo hice. Seguí protegiendo el secreto. Seguí protegiendo el dinero.

—Protegías a tu esposa —dije.

—Protegía mi culpa. —Me miró, y sus ojos eran pozos de dolor—. Si hablaba, tenía que admitir que mi vida entera estaba construida sobre las cenizas de la tuya. Tenía que admitir que cada lujo que tenía, cada privilegio, estaba pagado con tu orfandad.

Me agarró por los hombros.

—Mírame, Sloane. De verdad. No veas al hombre que te gusta. Ve al hombre que dejó que crecieras sola en casas de acogida mientras yo iba a los mejores colegios de Europa. Ve al hombre que sabía la verdad y te dejó sufrir.

Lo miré.

Vi el dolor. Vi la vergüenza. Pero también vi las cicatrices en sus manos. Las cicatrices que se hizo intentando abrir esa puerta cuando tenía doce años.

El acto físico de intentar salvarlos era real. El instinto fue real. La corrupción vino después. Vino con el adoctrinamiento de su padre.

—Veo a alguien que ha estado castigándose a sí mismo durante veinte años —dije—. Veo a alguien que se casó con su propia pesadilla como penitencia.

Declan soltó una risa amarga.

—¿Crees que eso es suficiente? ¿Un poco de sufrimiento emocional compensa tres vidas?

—No. Nada compensa. —Le toqué el pecho, sobre el corazón—. Pero tirarte por ese acantilado tampoco compensa nada. Solo añade otro cuerpo a la cuenta.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —gritó, desesperado—. ¡Dime qué hacer! ¡Haré lo que me pidas! ¿Quieres que vaya a la cárcel? Iré. ¿Quieres que queme el dinero? Lo haré.

—Quiero que vivas —dije. Y me sorprendió descubrir que era verdad —. Quiero que vivas con ello. Igual que yo he tenido que vivir con ello.

Declan se derrumbó. Cayó de rodillas en el barro, abrazándose a mi cintura, sollozando contra mi vientre.

—Lo siento. Lo siento tanto, Sloane.

Le acaricié el pelo. Estaba frío y mojado.

En ese momento, entendí la verdadera naturaleza de nuestra relación. No era un romance de cuento de hadas. No era un thriller de víctima y verdugo.

Era una tragedia compartida.

Él era el guardián de mi dolor. Y yo era la única persona que podía absolverlo.

Pero la absolución tiene un precio.

—Declan —dije suavemente—. Si quieres que te perdone... hay una cosa que tienes que hacer.

Él levantó la vista.

—Lo que sea.

—Tenemos que ir a la policía. No para que te encierren. Sino para que se sepa la verdad. Para que el nombre de mis padres deje de ser un «accidente». Para que se sepa que fue un crimen.

Declan se tensó. El miedo volvió a sus ojos. El miedo al escándalo, el miedo inculcado por su padre.

—Sloane... eso destruirá todo. La empresa. La fundación. Thea...

—Thea intentó comprarme —dije con dureza—. Thea es igual que tu padre. Tú no eres como ellos, Declan. O al menos, dices que no lo eres.

Me agaché hasta quedar a su altura.

—Demuéstralo. Deja de proteger a los muertos. Empieza a proteger a los vivos. Protégeme a mí dándome la justicia que merezco.

Declan miró al mar. Miró a la casa, oscura y enorme, el monumento a los secretos de los Vane.

Y luego me miró a mí.

—Lo haré —dijo. Y esta vez, su voz sonó sólida—. Lo haré. Mañana.

—Mañana —acepté.

Le ayudé a levantarse.

Caminamos de vuelta hacia la casa. Pero no entramos. Nos quedamos en el porche, viendo cómo el amanecer empezaba a romper la oscuridad del este, tiñendo el cielo de un gris perla.

La tormenta había pasado. El monstruo había sido nombrado.

Declan no era el asesino. Pero su silencio había sido el arma.

Y yo... yo estaba enamorada del hombre que sostenía el arma, y ahora tenía que decidir si podía vivir con la sangre en sus manos, o si debía obligarlo a lavárselas en público, aunque eso significara perderlo para siempre.

CAPÍTULO 30

El amanecer trajo consigo el sonido de helicópteros.

No era la policía. Eran los equipos de rescate y limpieza de carreteras, contratados probablemente por Thea o por el estado, para despejar el deslizamiento.

Estábamos en la cocina, bebiendo café rancio. No habíamos dormido.

Declan estaba sentado frente a mí, vestido con ropa seca, pero con la mirada todavía húmeda de la noche anterior.

—Van a llegar pronto —dijo, mirando por la ventana hacia el camino de entrada.

—Sí.

—Tengo la cinta —dijo él, sacando la grabadora del bolsillo. Me la puso sobre la mesa—. Y tengo el diario. Están aquí. Son tuyos.

Miré los objetos. Las pruebas.

—¿Qué vas a decirles? —pregunté.

—La verdad. —Declan tomó un sorbo de café. Sus manos ya no temblaban—. Les diré que Celeste provocó el incendio de la mansión. Les entregaré la cinta. Y luego... les contaré lo de 1998.

—Te acusarán de encubrimiento. Obstrucción a la justicia. Cómplice después del hecho.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Mis abogados intentarán reducir la pena. Dirán que era menor de edad, que fui coaccionado por mi padre. Pero habrá un juicio. Habrá prensa. Será feo.

—Irás a la cárcel, Declan.

—Probablemente. Un tiempo.

Me miró. Y vi el amor en sus ojos. Un amor triste, resignado, pero limpio por primera vez.

—Vale la pena —dijo—. Si eso hace que tú puedas dormir por las noches sabiendo que se hizo justicia. Vale la pena.

Sentí una punzada en el pecho. Una punzada de egoísmo puro.

Si él iba a la cárcel... yo lo perdía.

Si él confesaba... el mundo entero sabría mi historia. Mi tragedia sería titular de noticias otra vez. «La niña del incendio y el millonario asesino».

Y Thea. Thea iría a por mí. Con todo el poder de los Vane.

—Declan... —empecé, y me odié por lo que iba a decir—. ¿Y si no decimos lo de 1998?

Declan me miró, sorprendido.

—¿Qué?

—Ya no se puede juzgar a Celeste por eso. Está muerta. Tu padre está muerto. No hay nadie a quien castigar más que a ti.

—Pero tú mereces la verdad. El mundo merece saberlo.

—Yo ya sé la verdad. —Alargué la mano y cubrí la suya sobre la mesa—. Tú me la has dado. Eso es lo que importa.

—Sloane... eso es complicidad. Te estarías convirtiendo en lo que yo fui.

—No. —Apreté su mano—. Estoy eligiendo mi futuro. Si vas a la cárcel, el pasado gana. El incendio gana. Si nos quedamos aquí... si reconstruimos esto... nosotros ganamos.

Era una racionalización peligrosa. Lo sabía. Estaba cruzando la línea moral que él había cruzado hacía veinte años. Estaba eligiendo el amor sobre la justicia. Estaba eligiendo proteger al «monstruo» porque era mi monstruo.

Declan me miró con una mezcla de asombro y terror.

—¿Me estás pidiendo que mienta otra vez?

—Te estoy pidiendo que cierres la puerta —dije, usando su propia metáfora—. Que dejemos el fuego fuera. Entregamos a Celeste por el incendio de la mansión. Decimos que estaba loca, que se suicidó. La cinta lo prueba. Pero el resto... el resto se queda entre nosotros.

—Sloane... no podrás vivir con eso. Te comerá por dentro.

—Ya estoy comida por dentro, Declan. Tengo cicatrices. Tú también. —Me levanté y fui hacia él. Me senté en su regazo, rodeando su cuello con mis brazos—. Somos dos cosas rotas que encajan. No quiero que te encierren. Quiero que te quedes conmigo.

Me besó. Fue un beso desesperado, cargado de gratitud y de una nueva forma de culpa compartida.

—Te amo —susurró contra mi boca—. Dios, te amo tanto que duele.

—Yo también te amo.

En ese momento, escuchamos el sonido de neumáticos sobre la grava. Los equipos habían llegado. O tal vez la policía.

Declan se separó de mí. Me miró a los ojos una última vez.

—¿Estás segura? —pregunté.

Dudé. Un segundo. Pensé en mis padres. En si ellos querrían que el hombre que encubrió su muerte se pudriera en una celda, o si querrían que su hija fuera feliz, aunque fuera una felicidad manchada.

—Estoy segura —dije.

Declan asintió. Guardó la grabadora en su bolsillo.

—Entonces, vamos a contarles una historia.

Se levantó, me tomó de la mano y caminamos hacia la puerta principal para recibir al mundo exterior.

Habíamos tomado nuestra decisión. Habíamos elegido el silencio.

Pero el problema con el silencio es que nunca es total. Siempre hay un eco. Un rescoldo que queda encendido bajo la ceniza, esperando el momento perfecto para volver a prender.

Y mientras abríamos la puerta a la luz gris de la mañana, tuve la terrible certeza de que acabábamos de encender una mecha mucho más lenta, y mucho más destructiva, que cualquiera de las anteriores.

CAPÍTULO 31

El contacto con el mundo exterior fue brutal.

En el momento en que abrimos la puerta principal, el ruido de los helicópteros se volvió ensordecedor. El viento de las aspas agitaba los árboles del jardín, creando una tormenta artificial que nos golpeaba la cara.

Vi hombres uniformados bajando por cuerdas desde el helicóptero de rescate que flotaba sobre el camino de entrada bloqueado. Vi vehículos todoterreno de la policía estatal luchando por subir el montículo de barro del deslizamiento.

Me quedé paralizada en el umbral.

Entré en shock.

No fue un desmayo dramático. Fue una disociación. De repente, dejé de sentir mis manos. El sonido se volvió algodonoso, distante. Mi visión se redujo a un túnel estrecho.

La realidad de lo que habíamos decidido —mentir a la policía, ocultar un homicidio de hace veinte años, vivir con un asesino por omisión— me golpeó con la fuerza física de un mazo.

¿Qué he hecho?, pensé. ¿En qué me he convertido?

Mis rodillas cedieron.

Declan me sostuvo. Su brazo rodeó mi cintura con firmeza, manteniéndome en pie.

—Respira —susurró en mi oído. Su voz era lo único claro en medio del caos—. Respira, Sloane. Estamos juntos en esto.

Pero no se sentía como si estuviéramos juntos. Se sentía como si yo estuviera cayendo y él me estuviera arrastrando al fondo.

Los primeros oficiales llegaron corriendo por el jardín. Llevaban chalecos reflectantes y armas en las caderas.

—¡Señor Vane! ¡Señorita Mercer! ¿Están heridos?

Declan levantó una mano para detenerlos, proyectando esa autoridad innata de los millonarios que hace que incluso la policía dude.

—Estamos bien —gritó por encima del ruido de los rotores—. Solo conmocionados. Necesitamos un momento.

Se giró hacia mí, dándoles la espalda a los oficiales, creando una pequeña burbuja de privacidad en el porche.

—Sloane, mírame.

Lo miré. Estaba pálido, pero sus ojos ardían con una determinación feroz.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sacó algo.

No era la grabadora. La grabadora ya estaba en mi bolsillo.

Tampoco era el diario.

Era un sobre grueso, sellado con lacre, y una llave pequeña de hierro negro.

Me tomó la mano, que colgaba inerte a mi costado, y me puso los objetos en la palma, cerrando mis dedos sobre ellos con fuerza.

—Toma esto —dijo.

—¿Qué es? —Mi voz sonó lejana, como si viniera de debajo del agua.

—Es tu seguro. —Declan acercó su cara a la mía, bloqueando mi visión de los policías que se acercaban—. En ese sobre hay una confesión firmada. De todo. De 1998. De Celeste. De mi silencio. Y la llave... la llave abre una caja de seguridad en Zúrich donde hay copias digitales de todo, más pruebas financieras contra mi padre que nunca salieron a la luz.

Me quedé mirando su mano sobre la mía.

—¿Por qué me das esto? —susurré—. Acabamos de acordar que no diríamos nada.

—Porque te conozco —dijo él, con una tristeza infinita—. Sé que eres buena. Y sé que un día, quizás mañana, quizás dentro de diez años, te mirarás al espejo y me odiarás por lo que te dejé hacer hoy. Te odiarás a ti misma por amarme.

Me acarició la mejilla con el pulgar.

—Cuando llegue ese día... no quiero que tengas miedo. No quiero que pienses que estás atrapada. Quiero que tengas el poder de destruirme.

—Declan...

—Es un arma, Sloane. —Apretó mi puño—. Una pistola cargada apuntando a mi cabeza. Ténla. Guárdala. Y si alguna vez... si alguna vez ves la sombra del monstruo en mis ojos... aprieta el gatillo. Entrégalo a la policía.

Me estaba dando la llave de su propia ejecución. Era el acto de amor más retorcido y absoluto que jamás había visto.

—Señor Vane, tenemos que evacuar el área —insistió un oficial, llegando hasta nosotros.

Declan se separó de mí. La máscara pública volvió a su rostro.

—Por supuesto, oficial. Mi prometida está un poco mareada. ¿Podrían ayudarnos?

Prometida.

La palabra flotó en el aire, una mentira más para la colección.

Guardé el sobre y la llave en mi bolsillo, junto a la grabadora de la muerte de Celeste. Ahora llevaba el peso de tres vidas en mis vaqueros.

Caminamos hacia los oficiales.

Y entonces, lo olí.

No era el olor a combustible de los helicópteros.

No era el olor a ozono de la tormenta.

Era humo.

Humo de madera. Humo de papel. Humo de trementina.

Me detuve en seco, girando la cabeza hacia el viento.

—¿Sloane? —preguntó Declan.

—Huele a humo —dije.

Declan frunció el ceño.

—Serán los escapes del...

—¡NO! —grité, señalando hacia el ala este de la casa.

Una columna de humo negro y denso se elevaba hacia el cielo gris, saliendo de las ventanas del estudio de arte.

Mi estudio.

El lugar donde Declan me había dicho que pintara la luz.

Y en medio del humo, vi una lengua de fuego naranja lamiendo el marco de la ventana.

—¡FUEGO! —gritó uno de los policías.

El shock se rompió. La adrenalina inundó mi sistema de nuevo, caliente y familiar.

No había terminado. La pesadilla no había terminado.

Alguien había encendido la mecha. Otra vez.

CAPÍTULO 32

El fuego no es un accidente en la familia Vane. Es una herramienta de gestión corporativa. Es la forma en que equilibran los libros contables cuando los números rojos se vuelven demasiado sangre.

—¡El estudio! —gritó Declan, soltándome la mano y echando a correr hacia el ala este, olvidando su cojera, olvidando la policía, olvidando todo salvo el instinto pavloviano de correr hacia el humo.

—¡Espere, señor Vane! —Los policías intentaron detenerlo, pero Declan conocía la anatomía de su casa mejor que nadie. Desapareció por el sendero lateral del edificio, devorado por las sombras del jardín.

Yo corrí tras él. Ignoré las órdenes de los oficiales, ignoré el sentido común. El miedo se había transformado en una claridad helada: esto no era un accidente. Thea no estaba en el hospital. Thea estaba aquí.

Llegamos a la terraza de piedra que daba al estudio de arte.

La escena era bíblica. El cristal de los ventanales había estallado por la presión térmica, y el interior del estudio era un infierno contenido. Los lienzos que yo había pintado —mis mares, mis tormentas, mis intentos de capturar la luz— se retorcían y ennegrecían, la pintura burbujeando como piel quemada. Las cajas de madera con los óleos ardían con llamas de colores químicos: verdes tóxicos, azules

eléctricos. El aguarrás derramado actuaba como un río de lava líquida que alimentaba el desastre.

Y allí, frente al altar de fuego, de espaldas a nosotros, había una figura.

Llevaba un impermeable amarillo brillante, manchado de barro hasta las rodillas, una incongruencia visual grotesca contra el fondo naranja y negro. En su mano derecha sostenía una bengala de carretera roja que chisporroteaba, goteando fósforo ardiente sobre el suelo de madera noble.

—¿Thea? —La voz de Declan fue un susurro de incredulidad rota.

La figura se giró lentamente.

Era Thea. Pero no la Thea de los trajes blancos y la arrogancia de hielo. Esta Thea tenía el pelo rubio pegado al cráneo por el sudor y la lluvia, los ojos desorbitados y la boca curvada en una mueca que no era ni sonrisa ni llanto, sino una rictus de tensión insoportable.

—¡Thea! —gritó Declan, avanzando hacia el borde de la terraza—. ¿Qué has hecho?

Thea levantó la bengala como si fuera un cetro de poder.

—¡Protegiendo la inversión! —gritó. Su voz no era histérica; era aterradoramente lúcida, fría, ejecutiva. Era la voz de Vane Holdings —. ¡Estoy cerrando el balance, Declan! ¡Alguien tenía que tener las agallas para hacerlo!

—¡Estás loca! ¡Sal de ahí! ¡Vas a quemarte!

—¡No! —Thea dio un paso atrás, acercándose peligrosamente a las cortinas que ya empezaban a humear—. ¡Tú no puedes hacerlo! ¡Eres débil! ¡Siempre fuiste débil! ¡Papá lo sabía! ¡Por eso me dejó a mí a cargo de las cuentas reales!

Me señaló con la bengala ardiente. El fósforo rojo trazó una línea en el aire.

—¡Ella es el pasivo tóxico, Declan! —gritó, mirándome con un odio que trascendía lo personal; era el odio de un cirujano hacia un tumor

—. ¡Ella es el cabo suelto! ¡Ella sabe lo de 1998! ¡Sabe lo de Celeste! ¡Va a destruirnos! ¡Va a hundir las acciones! ¡Va a manchar el apellido!

Entendí, con un horror frío que me caló más hondo que la lluvia, lo que estaba pasando. Thea no estaba teniendo un brote psicótico. Estaba ejecutando una estrategia de control de daños extrema. Para ella, yo no era una persona. Era un riesgo financiero. Un error en la hoja de cálculo que debía ser borrado. Y el fuego era la goma de borrar de la familia Vane.

El incendio del estudio no era un acto de vandalismo. Era un intento de ejecución. Si yo hubiera estado ahí dentro... si Declan no me hubiera sacado...

—¡Nadie va a destruir nada! —Declan levantó las manos, intentando calmarla, usando el tono que se usa con los suicidas y los terroristas —. ¡Sloane está con nosotros! ¡Ella es familia ahora! ¡Ella no va a hablar!

—¡MIENTES! —chilló Thea, y por primera vez su voz se quebró, dejando ver el miedo absoluto a perder su estatus—. ¡Siempre mientes para proteger a tus putas! ¡Protegiste a Celeste y mira lo que costó! ¡Millones en sobornos! ¡Años de limpieza! ¡Y ahora esta restauradora de basura que hurga en el pasado!

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¡No voy a dejar que le quites el legado a mis hijos!

Lanzó la bengala.

No me la lanzó a mí. La lanzó con precisión fría hacia una pila de latas de disolvente industrial y barnices que yo había dejado apiladas cerca de la puerta principal del estudio.

El tiempo se dilató. Vi la bengala girar en el aire, roja y brillante. Vi cómo aterrizaba.

¡BOOM!

La explosión fue sorda, una onda de presión que nos golpeó el pecho. Una bola de fuego azul y blanca floreció instantáneamente, devorando el oxígeno de la habitación.

—¡THEA! —gritó Declan.

La fuerza de la explosión sacudió la estructura debilitada del ala este. Una viga maestra del techo, ya comprometida por el fuego anterior, se partió con un gemido de madera torturada. Cayó cruzando la salida, levantando una barrera de escombros ardiendo entre Thea y nosotros.

El fuego rugió, separándonos con una cortina de calor insoportable.

Thea había sido lanzada hacia atrás por la explosión. Estaba en el suelo, al otro lado del muro de fuego. Se movía débilmente. Tosía. Pero estaba atrapada. El fuego la rodeaba en un círculo perfecto, cerrándose sobre ella como una soga.

Declan no lo dudó. Ni un microsegundo.

—¡Tengo que sacarla! —gritó, su cara iluminada por el resplandor infernal.

—¡Declan, no! —Le agarré del brazo con ambas manos, clavando mis dedos en su chaqueta mojada—. ¡Es demasiado peligroso! ¡El techo se va a caer! ¡Los bomberos están llegando!

Se giró hacia mí. Y lo que vi en sus ojos me rompió el corazón.

No veía a Thea, la mujer adulta que acababa de intentar matarme para proteger su cartera de acciones. Veía a la niña del lago. Veía a Celeste en el invernadero. Veía a mis padres en la casa de madera. Veía a todas las personas que no había podido salvar del fuego a lo largo de su vida maldita.

Esta era su oportunidad. No de salvar a su hermana, sino de salvarse a sí mismo de la culpa que lo estaba comiendo vivo. Era redención o suicidio. Y a él no le importaba cuál de las dos fuera.

—¡Es mi sangre! —Se soltó de mi agarre con un tirón violento que casi me tira al suelo—. ¡No voy a dejar que se queme! ¡No otra vez!

¡No mientras yo respire!

Se lanzó a través de la cortina de humo, saltando sobre la viga en llamas, desapareciendo en el naranja.

Lo vi llegar hasta Thea. La levantó en brazos como si fuera una muñeca de trapo.

Pero entonces, el edificio gimió.

Un sonido terrible, profundo, geológico. Como si la casa estuviera gritando.

Una sección entera del techo, justo encima de la entrada por la que Declan había pasado, se desplomó. Toneladas de pizarra, madera y yeso ardiendo cayeron, bloqueando su salida. Bloqueando el camino de vuelta hacia mí.

—¡DECLAN!

El humo negro y denso lo cubrió todo, llenando el espacio donde él había estado un segundo antes.

Ya no los veía. Solo oía el rugido del fuego, un sonido como de mil bestias masticando a la vez.

Estaba fuera, en la terraza, a salvo. El aire frío de la mañana me golpeaba la espalda. Los policías corrían hacia mí desde el jardín principal, gritando que me alejara, que la estructura era inestable.

Pero yo no podía moverme. Mis botas parecían clavadas en la piedra.

Declan estaba dentro. Atrapado.

Y yo... yo era Sloane Mercer. La niña del armario. La superviviente que contaba hasta diez. La chica que se paralizaba ante una cerilla y que había construido su vida alrededor del miedo a quemarse. Tenía pirofobia clínica. El fuego era mi muerte.

Pero el hombre que tenía la llave de mi futuro, el hombre que me había dado el arma para destruirlo, el único hombre que entendía el idioma de mis cicatrices, estaba ardiendo ahí dentro.

Miré a los policías. Estaban a cincuenta metros. Tardarían demasiado. No tenían equipos.

Miré el fuego.

Era una bestia viva. Naranja. Roja. Hambrienta. Indiferente.

Me había quitado a mis padres. Me había quitado mi infancia. Me había quitado mi paz.

No iba a dejar que me quitara a Declan.

Inhalé una bocanada de aire frío y sucio, llenando mis pulmones hasta que dolieron. Apreté los puños hasta que mis uñas se clavaron en la carne.

Y corrí.

No lejos del fuego.

Hacia él.

CAPÍTULO 33

El miedo es un muro. El amor es el ariete.

Crucé el umbral del estudio y el mundo se convirtió en un horno. El calor me golpeó como una onda física, secándome los ojos instantáneamente, quemándome la garganta.

—¡Declan! —grité, pero el humo se tragó mi voz.

Me agaché. Instinto de supervivencia. El aire respirable está abajo.

Me arrastré sobre las baldosas calientes, tosiendo, con los ojos llorosos.

El estudio era irreconocible. Era una caverna de llamas. Los lienzos que yo había pintado se retorcían y ennegrecían, las imágenes del mar convirtiéndose en ceniza. Mi arte moría para alimentar el fuego.

Vi una forma oscura al otro lado de los escombros del techo caído.

Declan.

Estaba de rodillas, tosiendo violentamente. Tenía a Thea en brazos. Ella estaba inconsciente, con el impermeable amarillo derretido en algunas partes.

Él intentaba levantarse, pero la viga caída le había atrapado la pierna.

—¡Declan!

Él levantó la cabeza. Su cara estaba negra de hollín. Sus ojos, inyectados en sangre, se abrieron al verme.

—¡Vete! —graznó—. ¡Sloane, sal de aquí!

—¡No!

Me levanté y corrí hacia él, saltando sobre charcos de pintura ardiendo. El calor era insoportable. Sentía que se me chamuscaba el pelo. Mi piel picaba como si tuviera mil hormigas de fuego encima.

Llegué a su lado.

—La pierna... —dijo él, señalando la viga.

Era una viga de madera maciza, ardiendo en un extremo. Le inmovilizaba el tobillo contra el suelo. No parecía rota, pero estaba atrapado.

Agarré la viga.

La madera estaba caliente. Hirviendo.

Grité de dolor cuando mis manos tocaron la superficie, pero no solté.

—¡A la de tres! —le grité—. ¡Uno! ¡Dos! ¡TRES!

Tiré hacia arriba con todo lo que tenía. Con la fuerza de veinte años de rabia. Con la fuerza de la niña que no pudo abrir la puerta del armario.

La viga se movió. Unos centímetros.

—¡AHORA! —aullé.

Declan tiró de su pierna. Gritó de dolor, pero la sacó.

La viga cayó de nuevo con un golpe sordo, levantando una nube de chispas que nos bañó.

—¡Arriba! —Le agarré de la camisa—. ¡Tenemos que salir!

Declan miró a Thea, que yacía inerte en el suelo.

—No puedo llevarla... mi pierna...

Su tobillo estaba en un ángulo extraño. No podía cargar peso.

Miré a Thea. La mujer que había intentado matarme. La mujer que había encendido este fuego.

Si la dejábamos, moriría. Y Declan cargaría con otra muerte en su conciencia para siempre.

—Ayúdame a levantarla —dije.

Entre los dos, arrastramos a Thea. Yo la cogí por los hombros, Declan por las piernas, cojeando y gruñendo de dolor.

El fuego rugía a nuestro alrededor. El techo crujía, preparándose para el colapso final.

La salida estaba bloqueada por el fuego de los disolventes. Un muro de llamas azules.

—¡No podemos pasar! —gritó Declan.

Miré a mi alrededor, frenética.

El ventanal. El gran ventanal que daba al acantilado.

El cristal ya no estaba, pero el fuego había prendido en el marco y en las cortinas.

—¡Por ahí! —señalé.

—¡Es una caída de tres metros al jardín!

—¡Mejor que quemarse!

Arrastramos a Thea hacia el ventanal.

El calor era tan intenso que sentía que mi ropa iba a prenderse en cualquier momento.

Llegamos al borde.

—¡Tírala! —ordené.

Empujamos el cuerpo inerte de Thea por el ventanal. Cayó sobre los arbustos mojados de abajo.

—¡Ahora tú! —Le grité a Declan.

—¡Tú primero!

—¡Joder, Declan, salta!

El techo encima de nosotros gimió.

Empujé a Declan. Él cayó, rodando por el terraplén.

Miré hacia arriba. Una viga en llamas se desprendía justo sobre mi cabeza.

Salté.

Sentí el calor en mi espalda, como el aliento de un dragón intentando morderme una última vez.

Aterricé en el barro, rodando, golpeándome el hombro.

Detrás de mí, el techo del estudio se derrumbó con un estruendo apocalíptico, enviando una columna de fuego y chispas hacia el cielo lluvioso.

Me quedé tumbada en el barro, jadeando, sintiendo la lluvia fría en mi cara quemada.

Estaba viva.

Había entrado en el fuego. Y había salido.

Me incorporé.

Declan estaba a unos metros, arrastrándose hacia mí.

Nos encontramos en medio del barro. Nos abrazamos con una violencia desesperada, manchándonos mutuamente de ceniza, sangre y lluvia.

—Lo hiciste —sollozó él contra mi cuello—. Entraste.

—Te dije que no me iría —susurró, con la garganta en carne viva.

Miramos hacia el estudio. Era una pira funeraria. Todo mi trabajo. Todo el «nuevo comienzo». Todo reducido a cenizas.

A unos metros, los paramédicos y los bomberos llegaban corriendo, rodeando el cuerpo de Thea.

Declan me miró. Su cara estaba negra, pero sus ojos grises brillaban con una claridad que nunca había visto antes.

—Se acabó —dijo—. El fuego se lo ha llevado todo.

Asentí.

Se había llevado el estudio. Se había llevado las pruebas físicas que pudieran haber quedado ahí.

Pero no se había llevado la grabadora de mi bolsillo. Ni la llave de Zúrich.

Y no nos había llevado a nosotros.

Habíamos sobrevivido a la purificación. Pero ahora, tendríamos que vivir con las cicatrices.

CAPÍTULO 34

El amanecer sobre las ruinas humeantes del estudio de arte no fue poético. Fue forense.

La luz gris de la mañana reveló la magnitud del desastre. El ala este era un esqueleto negro. El olor a productos químicos quemados y madera mojada era tan fuerte que se pegaba al paladar.

Estaba sentada en el estribo de una ambulancia, con una manta térmica naranja sobre los hombros, viendo cómo los paramédicos estabilizaban a Thea.

Thea estaba viva. Tenía quemaduras graves en las piernas y había inhalado humo, pero viviría. Viviría para enfrentar cargos por incendio provocado, intento de homicidio y destrucción de la propiedad.

Declan estaba a unos metros, hablando con el sheriff del condado. Le habían vendado el tobillo y tenía la cara limpia de hollín en las zonas donde las lágrimas o el agua habían corrido, dándole el aspecto de una máscara tribal rota.

Me miró.

En sus ojos vi la pregunta. ¿Mantenemos el plan?

Asentí imperceptiblemente.

El sheriff se acercó a mí, libreta en mano.

—Señorita Mercer. Los paramédicos dicen que está bien, salvo por el shock y algunas contusiones. ¿Puede hablar?

—Sí —dije. Mi voz sonó a lija.

—El señor Vane nos ha contado una historia increíble. Dice que su hermana provocó el incendio. Dice que su difunta esposa, Celeste Vane, fue quien provocó el incendio anterior de la mansión y se suicidó.

—Es verdad —dije.

Metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros sucios y saqué la grabadora digital. Milagrosamente, no se había roto en mi caída en el acantilado.

—Aquí está la prueba —dije, entregándosela—. Es una grabación de la noche en que murió Celeste. Ella confiesa. Ella... ella no estaba bien.

El sheriff tomó la grabadora con una bolsa de evidencia.

—¿Y el incendio de hoy?

—Thea Vane vino anoche. Estaba alterada. Decía que quería «limpiar» el nombre de la familia. Culpaba a Declan de la locura de Celeste. —Miré hacia la camilla donde subían a Thea—. Intentó matarnos. Declan la salvó. Se rompió la pierna sacándola del fuego.

Era una versión de la verdad. Una versión editada, pulida y restaurada, como un mueble al que le has quitado las termitas y barnizado las grietas.

La verdad sobre Celeste salió a la luz. La verdad sobre Thea salió a la luz.

Pero la verdad sobre 1998... esa se quedó en mi bolsillo, junto con la llave de Zúrich que Declan me había dado.

—Gracias, señorita Mercer. —El sheriff se alejó.

Declan cojeó hacia mí. Se sentó a mi lado en la ambulancia.

—Se han llevado a Thea —dijo. Su voz estaba vacía—. Va a ir a un hospital penitenciario.

—Es lo mejor —dije.

—Sí.

Nos quedamos en silencio, viendo cómo los bomberos recogían las mangueras.

—Lo hemos hecho —susurró Declan, tomando mi mano bajo la manta térmica. Su agarre era fuerte, desesperado—. Hemos sobrevivido. El pasado está enterrado, Sloane. Celeste es la villana oficial. Thea está fuera de juego. Somos libres.

Me giré para mirarlo.

Estaba magullado, quemado, roto. Y me amaba. Me amaba con una intensidad que había desafiado al fuego.

—Somos libres —repetí.

Pero mientras lo decía, sentí el peso del sobre lacrado en mi bolsillo. El sobre con su confesión firmada sobre la muerte de mis padres.

Habíamos enterrado la verdad para salvar nuestro futuro. Pero al hacerlo, habíamos plantado una semilla de podredumbre justo en los cimientos de nuestra «libertad».

Declan me besó la sien, creyendo que habíamos ganado.

Yo cerré los ojos y solo vi humo.

CAPÍTULO 35

Dicen que el amor lo puede todo. Es la mentira más grande que nos cuentan. El amor es poderoso, sí. Puede hacerte entrar en un edificio en llamas. Puede hacerte perdonar lo imperdonable.

Pero el amor no puede cambiar la historia.

Habían pasado tres días desde el incendio. Nos habíamos trasladado a un hotel de lujo en Seattle mientras los peritos evaluaban Blackwood Manor. Declan quería estar cerca de los mejores médicos para su tobillo. Y quería estar lejos de las cenizas.

Estábamos en la suite. Una habitación de cristal y acero con vistas a la ciudad lluviosa. Todo era limpio. Todo era nuevo. No había olor a humo aquí.

Declan estaba en el balcón, hablando por teléfono con sus abogados. Le oía dar instrucciones sobre la defensa de Thea (iba a pagarle los mejores psiquiatras) y sobre la fundación benéfica que planeaba abrir en nombre de Celeste, para «cerrar el capítulo».

Cerrar el capítulo.

Yo estaba sentada en la cama, con el sobre lacrado en mis manos.

El Seguro de Vida.

Declan me lo había dado para que tuviera poder sobre él. Para que me sintiera segura.

Pero cada vez que lo tocaba, no sentía seguridad. Sentía el calor de la puerta del sótano de mi infancia. Sentía el dolor de mis padres

muriendo mientras el padre de Declan conducía un coche de lujo lejos de la escena, con un Declan de doce años llorando en el asiento trasero.

Declan entró en la habitación. Colgó el teléfono y me sonrió.

—Ya está todo en marcha —dijo, acercándose. Se sentó en el borde de la cama y me acarició la pierna—. Los arquitectos dicen que el ala este se puede reconstruir en seis meses. Quiero que diseñes el nuevo estudio, Sloane. Esta vez, con sistemas contra incendios de grado industrial.

Se rió. Una risa ligera, aliviada.

—Y he pensado... que podríamos viajar mientras tanto. Italia. Florencia. Te encantaría el arte. Podríamos ir a ver los Uffizi. Podríamos...

—No puedo —dije.

La risa de Declan se apagó. Retiró la mano de mi pierna lentamente.

—¿Qué no puedes? ¿Viajar? Es pronto, lo entiendo. Podemos esperar a que tu...

—No puedo estar contigo, Declan.

El silencio que siguió fue más pesado que el de la biblioteca quemada. Fue el silencio del vacío.

Declan se puso pálido.

—¿De qué estás hablando? —Su voz tembló—. Sloane, hemos pasado por el infierno. Literalmente. Te salvé. Me salvaste. Acordamos...

—Acordamos mentir —le corté suavemente—. Y lo hice. Mentí a la policía. Te protegí. Y no me arrepiento, porque no quiero que vayas a la cárcel. No te mereces una jaula.

Me levanté y caminé hacia la ventana, alejándome de su campo gravitatorio.

—Pero no puedo construir una vida sobre la tumba anónima de mis padres.

—No es anónima —protestó él, levantándose y cojeando hacia mí—. Yo sé lo que pasó. Tú lo sabes. Lo honramos con nuestra memoria.

—Lo ocultamos con nuestro silencio —corregí, girándome para enfrentarlo—. Declan, cada vez que te miro... veo al hombre que amo. Pero también veo al niño que se calló durante veinte años. Y veo al hijo del hombre que dejó morir a mi familia.

—Yo no soy mi padre.

—Lo sé. Pero te beneficiaste de sus pecados. —Señalé la suite de lujo, su ropa cara, su poder—. Todo esto... el dinero que usaste para contratarme, el dinero que usas para «arreglar» a Thea... todo está manchado. Y si me quedo contigo, yo también me mancho.

—¡Me da igual el dinero! —gritó él—. ¡Lo donaré todo! ¡Viviremos en una cabaña!

—No se trata del dinero, Declan. Se trata de la mentira. —Le mostré el sobre—. Me diste esto para que me sintiera segura. Pero esto no es un seguro. Es un recordatorio. Si me quedo contigo, tendré que guardar este secreto para siempre. Tendré que mirar a mis hijos a los ojos algún día y saber que su padre encubrió la muerte de sus abuelos.

Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

—No puedo hacerlo. Soy restauradora. Mi trabajo es sacar la verdad a la superficie, no barnizarla para que parezca bonita.

Declan llegó hasta mí. Me agarró las manos. Estaba llorando.

—No me hagas esto, Sloane. Por favor. Tú eres lo único bueno que tengo. Si te vas... las sombras volverán.

—Entonces tendrás que aprender a encender tu propia luz —dije, soltándome suavemente de su agarre.

Puse el sobre sobre la mesa de cristal.

—Toma. No lo quiero.

—¿Vas a... vas a ir a la policía? —preguntó, con el terror de un niño en los ojos.

Negué con la cabeza.

—No. Te prometí que no lo haría. Y cumplo mis promesas. Tu secreto está a salvo conmigo, Declan. No por complicidad. Sino por misericordia.

Me acerqué a él una última vez. Le besé la mejilla. Olía a sándalo y a lágrimas.

—Te amo —le susurré al oído—. Te amo más que a nada. Pero me amo a mí misma lo suficiente como para no vivir en una mentira.

—Sloane... —Intentó abrazarme, pero me aparté.

Cogí mi bolsa. Ya la tenía preparada.

—Adiós, Declan.

Caminé hacia la puerta.

—¡Sloane! —gritó a mi espalda. Un sonido desgarrador.

Me detuve con la mano en el pomo.

—Restaura la casa —le dije sin girarme—. Pero no la restaures para mí. Restáurala para ti. Saca el hollín. Deja que entre la luz.

Abrí la puerta y salí.

Cerrarla detrás de mí fue lo más difícil que había hecho en mi vida. Más difícil que entrar en el fuego.

Porque el fuego solo mata el cuerpo. Pero dejar al amor de tu vida para salvar tu alma... eso mata una parte de ti que nunca vuelve a crecer.

Bajé por el ascensor, llorando en silencio, sabiendo que había hecho lo correcto. Y odiando cada segundo de ello.

EPÍLOGO

Un año después.

Mi nuevo taller en Seattle es pequeño. Mucho más pequeño que el sótano climatizado que tenía antes. Está a pie de calle, en un barrio tranquilo donde los árboles pierden las hojas en otoño y los vecinos se saludan.

Huele a cera de abeja, a papel viejo y a café.

Ya no tengo pesadillas con el fuego. O al menos, no tan a menudo.

He pasado el último año reconstruyéndome. No con cinta adhesiva, como le dije una vez a él, sino con oro. Como la técnica japonesa del Kintsugi. Reparar las grietas con oro para que las cicatrices se conviertan en la parte más valiosa de la pieza.

Publiqué el libro hace un mes.

No es una novela. Es una memoria técnica sobre la restauración de libros dañados por el fuego. Pero entre las líneas sobre procesos químicos y tipos de encuadernación, está la historia. Mi historia. Está contada en metáforas, en los márgenes, en la descripción de cómo el hollín se incrusta en las fibras del papel igual que el trauma se incrusta en la memoria.

Se titula Cenizas de otra vida.

El cartero entra, haciendo sonar la campanilla de la puerta.

—Paquete para usted, señorita Mercer.

Firmo el recibo.

Es una caja de madera plana. Pesada. Viene sin remitente, pero reconozco la caligrafía en la etiqueta de envío. Esa letra elegante, aristocrática, que una vez escribió «Te quiero» en una nota de cocina.

Mi corazón da un vuelco, un eco doloroso y familiar.

Llevo la caja a mi mesa de trabajo.

Abro la tapa.

Dentro, sobre un lecho de terciopelo negro, hay un libro.

Es la edición de La edad de la inocencia de Edith Wharton. La de 1920. La que estaba en la biblioteca de Blackwood Manor.

La saco con manos temblorosas.

Está restaurada. Impecablemente restaurada. La cubierta azul cobalto brilla, limpia de hollín. El lomo está reforzado.

Abro el libro.

Busco la página setenta y cuatro.

La mancha de té sigue ahí.

Sonrío, con los ojos llenos de lágrimas. Él la dejó. Me hizo caso. «Las cicatrices cuentan historias».

Hay una nota dentro del libro. Un papel grueso, color crema.

Sloane,

He vendido la empresa. He creado un fondo fiduciario para víctimas de incendios y negligencias corporativas. Lleva el nombre de tus padres.

Blackwood Manor ya no es una ruina. Terminé el ala este. La pinté de azul cobalto. Es un centro de retiro para artistas ahora. Hay luz. Mucha luz.

Thea está en un lugar seguro, recibiendo la ayuda que nunca le dimos.

Leí tu libro. Entendí lo que escribiste sobre el Kintsugi. Sobre cómo nos rompemos y nos arreglamos.

Gracias por no arreglarme tú. Gracias por obligarme a arreglarme yo mismo.

Todavía vigilo las sombras por la noche. Pero ahora, cuando amanece, no tengo miedo de abrir los ojos.

Siempre tuyo,

D.

Cierro el libro y lo aprieto contra mi pecho.

No hay un billete de avión a Italia. No hay una petición de volver.

Y eso es lo que lo hace perfecto.

Él ha entendido. Yo he entendido.

Nos amamos. Probablemente nos amaremos siempre, de esa manera oscura y profunda en que solo pueden amarse dos supervivientes. Pero nuestro amor era un incendio. Y los incendios, por muy hermosos que sean, no pueden durar para siempre sin consumir lo que tocan.

Ahora somos cenizas. Pero las cenizas son fértiles. De ellas crecen cosas nuevas.

Miro por la ventana de mi taller. Ha dejado de llover. El sol está saliendo, reflejándose en los charcos de la acera.

Coloco el libro en el estante de honor, junto a la foto de mis padres.

—Fin —susurro.

Y por primera vez en mi vida, la palabra no suena a final. Suena a comienzo.